

3 NOVELAS DE PRINCESAS Y BÁRBAROS



# CARNE MEDIEVAL

— ❖ —  
GEMA PEREZ



---

# CARNE MEDIEVAL

---

*3 Novelas de Princesas y Bárbaros*



Por **Gema Perez**

© Gema Perez, 2019.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Gema Perez.

Primera Edición.

***Autora Best Seller en Fantasía Épica y Fantasía Oscura***

*Dedicado a;*

*Belén, por ser mi magia durante muchos años.*

*Guillem, por reforzar mi pasión por la escritura y la fantasía.*

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> **[Haz click aquí](#)** <--

**[La Bestia Cazada](#)**

**[Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero](#)**



~~2,99€~~

***Gratis***

--> **[www.extasiseditorial.com/amazon](http://www.extasiseditorial.com/amazon)** <--

*para suscribirte a mi boletín informativo  
y conseguir libros el día de su lanzamiento  
GRATIS*

# Índice

**Señorita Victoriana** — *Romance, Pasión y Erótica en el Londres Victoriano*

**Entregada a los Bárbaros** — *Sumisa y Esclava de los Salvajes*

**Esclava Salvaje** — *Vendida como Mascota y Humillada por el Licántropo*

**Bonus** — *Preview de “La Mujer Trofeo”*



# Señorita Victoriana

## *Romance, Pasión y Erótica en el Londres Victoriano*

### I

Un par de manzanas en su bolsillo habían sido el botín del día, la joven ladrona, corre por las calles evadiendo de manera casi magistral a transeúntes y carruajes que se ubican en medio del camino. Su velocidad supera enormemente a la de sus persecutores, pero, aun así, el riesgo de ser atrapada es latente.

El corazón late de manera descontrolada mientras sus ojos buscan un camino libre para poder escapar, el precio que tendrá que pagar por estas dos manzanas robadas, posiblemente será mucho más alto que el valor monetario de las mismas si es capturada.

Sus pies descalzos y completamente sucios se han acostumbrado finalmente al calor del suelo debido a los rayos solares, por lo que, ya han perdido sensibilidad y le permiten moverse sin demasiados retrasos. Sus vestiduras se encuentran rasgadas debido al tiempo de las mismas, lo que ha hecho que los tejidos cada vez se hagan mucho más frágiles.

— ¡Detengan a la ladrona!

Gritos se escuchan en todo lugar, mientras los transeúntes, observan atónitos como la chica pasa rápidamente junto a ellos sin ni siquiera poder reaccionar. Un par de colaboradores intentan tomar a la chica, pero esta se escabulle con facilidad, parece una maestra escapista.

Después de correr unas tres calles, ya la joven ladrona se encuentra completamente agotada, pero sabe perfectamente que, si se detiene, deberá pagar las consecuencias de sus actos. Nada será peor que vivir encerrada durante un tiempo indeterminado en los calabozos de la ciudad de Londres, por lo que, debe sacar energías de donde no tiene, para poder

salir airoso de esta situación.

No es la primera vez que Delilah se encuentra en medio de una persecución de este tipo, la falta de empleo y la hambruna que se vive en la ciudad la ha obligado a convertirse en una ladrona a tiempo completo, por lo que, esto le ha costado una reputación terrible y el puesto bajo el ojo de las autoridades, de quienes suele esconderse la mayoría del tiempo. Sus pies pisan con precisión el camino, evadiendo obstáculos e intentando perder a los guardias que se mueven con mucha velocidad.

Por suerte, estos no cuentan con sus caballos habituales, es lo que le ha dado algo de oportunidad de ganar algo de tiempo. un carruaje se encuentra a la mitad del camino, justo a punto de arrancar, por lo que, esta sería la única oportunidad de Delilah de poder escapar de sus enemigos.

Quizá parezca mucha algarabía por dos simples manzanas, pero si fuese así de insignificante, quizá, le habrían dejado ir. Pero Delilah ha convertido esto en una práctica constante, disfrazándose continuamente para no ser identificada.

Ha desarrollado habilidades impresionantes para poder colarse entre las personas y conseguir algo de alimento para poder sobrevivir día a día. Muchas han sido las oportunidades en las cuales no ha sido percibida y ni siquiera los comerciantes se dan cuenta de que han sido robados, pero en esta oportunidad, un pequeño error la ha puesto en evidencia. Delilah ha vivido en la ciudad de Londres durante toda su vida, con tan solo 21 años de edad, ha tenido que sacrificar sus sueños y objetivos para poder sobrevivir.

Las cosas no han salido demasiado bien para ella, pero, aunque considera que es una joven feliz, sueña enormemente con el día en que podrá llevar a su mesa exquisitos manjares que pueda compartir con sus familiares y amigos.

Pero la situación financiera en Londres se ha convertido en algo realmente deplorable y decadente, en la que solo unos pocos pueden darse el lujo de disfrutar de una comida decente. La monarquía se ha encargado de

empobrecer a todos, lo que les permite tener el control absoluto de cada uno de los habitantes de la ciudad.

Cientos de familias han tenido que emigrar para poder conseguir un estilo de vida un poco más digno, ya que, la excesiva pobreza que se vive en este lugar, ha comenzado a matarlos uno a uno. A medida que el tiempo transcurre, las cosas no parecen mejorar sino para aquellos que tienen alguna conexión con el rey.

Esta es la única manera existente de poder tener una vida normal, conectarse con los poderosos y lamer las botas de la monarquía. La familia de Delilah siempre ha sido muy orgullosa, sobre todo su padre adoptivo, quien ha tenido múltiples oportunidades de trabajar junto al rey, pero su orgullo no se lo ha permitido.

Con su madre enferma y un padre negado completamente a doblegarse ante los deseos del rey, Delilah se ha visto en la obligación de salir a las calles a robar para poder llevar alimento a su casa.

Dos simples manzanas no podrían llenar el estómago de tres miembros de aquella familia, pero al menos apaciguaría un poco el apetito y les daría algo de energía. Las prácticas ilegales de esta joven son desconocidas para su padre, quien confía plenamente en el hecho de que su hija realiza trabajos de limpieza en algunas de las casas para poder ganarse algunas monedas.

Nada más alejado de la realidad, ya que, el dinero es realmente preciado para los habitantes de Londres, por lo que, los trabajos suelen pagarse con alimento u objetos. Vender estas pertenencias le tomaría algo de tiempo a Delilah, así que, el hambre no esperaría a que ella pudiese conseguir algunas monedas para adquirir comida.

Esta situación de desesperación y pobreza, había llevado a la chica a tomar una decisión realmente delicada, donde a diario arriesgaba su libertad e integridad para poder adquirir la preciada comida que los mantendría vivos durante un día más.

— ¡Ladrona, vuelve aquí con esas manzanas! — Gritó el guardia.



El sobrepeso, armaduras y espadas, hacían que estos hombres se movieran con algo de lentitud, pero, aun así, estaban preparados físicamente para la guerra. Una simple plebeya no podía ser una amenaza para ellos, pero las continuas quejas y denuncias realizadas en contra de una ladrona que tenía azotados a los miembros del círculo de comerciantes ya habían acabado con la paciencia de las autoridades.

En el momento en que aquel carruaje se posó justo frente a ella, sus manos aferraron a la estructura, casi al momento en que el hombre agitó las riendas para hacer que sus caballos comenzaran a moverse.

Era la única oportunidad de escape para la chica, quien se encontraba realmente agotada. Los sujetos, completamente frustrados, lanzaron sus espadas contra el suelo mientras veían como el carruaje se alejaba. Gritos de alerta y órdenes de detención se escuchaban continuamente.

La fuerte corrupción y los constantes azotes en contra de los más frágiles, habían conseguido que todos en el pueblo desconfiaran absolutamente de las autoridades. Ni los guardias, vigilantes, o protectores, eran garantía de seguridad, ya que estos mismos, utilizaban el abuso de poder para poder adueñarse de las pocas pertenencias de los ciudadanos.

Estas prácticas, aunque eran penalizadas, se habían convertido en el día a día de los pobladores de Londres, quienes vivían sumidos en la depresión y desesperación al no poder salir de esta situación tan compleja.

Los pocos que podían escapar de aquel lugar, juraban no regresar jamás, ya que, la cantidad de sufrimiento, desidia y agonía que vivía el pueblo londinense, los obligaba arriesgar sus propias vidas para poder conseguir algo mejor.

Las autoridades monárquicas habían determinado una ley destinada a el control de salida de la ciudad, ya que, tarde o temprano el pueblo quedaría completamente solitario y al rey no le convenía esta situación.

La mano de obra pagada a un precio casi ofensivo, era una de las ventajas de poder tener a los pobladores bajo su yugo, ya que, podrían realizarse trabajos de construcción, limpieza y cuidado de sus propiedades pagando una completa miseria.

Lo que había sido un paraíso en algún momento, lentamente se fue convirtiendo en un verdadero infierno, justo donde habitaba Delilah junto a su familia, y de donde no tenía esperanzas de salir pronto.

Su madre adoptiva había contraído una enfermedad respiratoria que la mantenía en cama la mayoría del tiempo. No podían arriesgarse a escapar de la ciudad contando con esta contrariedad.

La madre de Delilah sabía perfectamente que era una carga para ellos, por lo que, esperaba con ansias el día en que la muerte llegara por ella. Esto, aunque destrozaría completamente el corazón de Delilah, les daría finalmente un poco de libertad de poder escapar y conseguir un mejor porvenir en otras tierras.

Todos estaban absolutamente convencidos de que tarde o temprano las cosas comenzarían a mejorar, pero los pactos existentes con otras monarquías y la venta de esclavos, se había convertido en un negocio redondo para el rey, quien utilizaba a los pobladores de Londres y los vendía a otras tierras a precios exorbitantes.

Básicamente, esto era lo que mantenía las finanzas monárquicas siempre en su máxima capacidad, algo que se manejaba de manera clandestina y oscura, ligado a la gran cantidad de desapariciones que se habían estado llevando a cabo en la ciudad.

Todos conversaban acerca de este suceso, donde muchos se habían venido sumando con respecto a las historias vinculadas a las desapariciones extrañas de múltiples personas.

Algunos aseguraban que solo se trataba de afortunados que lograron escapar, pero esto se veía desmentido inmediatamente por el hecho de que se comenzaban a encontrar algunas de sus pertenencias y esto no era característico en aquellos que escapaban, quienes intentaban llevar consigo todo lo que podían de sus pocas pertenencias.

No solo el hambre y la necesidad eran los males de la vieja ciudad de Londres, el miedo y la incertidumbre de estas desapariciones extrañas que se estaban llevando a cabo, se convirtieron en acompañantes de cada uno de los habitantes, quienes, al no saber qué era lo que estaba ocurriendo

realmente, preferían permanecer encerrados en sus casas para evitar algún inconveniente.

Durante la luz del día, todo funcionaba con absoluta normalidad, vendedores de frutas y hortalizas se distribuyen por todas las calles intentando ganar algo de dinero, cambiar enseres o subsistir.

Los pocos que aún contaban con tierras, eran perseguidos y amenazados constantemente por la monarquía, quienes buscaban incansablemente que estos se pusieran al servicio de ellos, y la productividad fuese atribuida y acreditada al rey.

Era mucho más fácil para ellos arrebatarse el trabajo a quien se había dedicado de manera absoluta a la producción, que hacer una inversión nueva e intentar hacer que el pueblo creciera.

Al no tener demasiados medios de producción y los recursos cada vez se agotaban con mayor rapidez, el mercado de la trata de personas se convirtió en el principal medio para hacer dinero para aquellos hombres poderosos y pudientes de la ciudad.

Delilah había escuchado en repetidas ocasiones algunas historias acerca de estas extrañas desapariciones, pero sentía que todo se trataba de un mito o una creación de pánico para que todos permanecieron sumisos y encerrados en sus casas.

Siempre se había hablado de aquellas reuniones clandestinas entre adversos a la monarquía, quienes, al intentar despertar una rebelión, por lo general, siempre eran capturados y encerrados para ser sometidos a torturas, las cuales solían terminar muy mal en ocasiones.

Dos hermanos de su padre y algunos conocidos habían sido parte de esta cadena de acontecimientos extraños que se estaban desarrollando, y Delilah, a pesar de que no tenía educación y era una simple plebeya, había comenzado a atar cabos referentes a estos sucesos tan aislados. Una constante era que siempre ocurrían en la noche, y las personas que desaparecían, en su mayoría eran hombres fuertes que podían llevar a cabo duras tareas.

Cuando una mujer desaparecía, era muy esporádicamente, ya que, los escapes de la ciudad no solían llevarse a cabo de manera solitaria, y menos si era una mujer. En los límites se encontraban guardias merodeando constantemente, lo que evitaba que abandonaran el lugar sin autorización.

Aquellos que argumentaban una salida con motivos, por lo general tenían un tiempo opera volver, y si no lo hacían, se tomaban represalias en contra de sus familiares por traidores al régimen monárquico que se había implementado.

— Parece que estás metida en graves problemas, jovencita. — Dijo el conductor del carruaje.

— Por favor, no se detenga. Muévase tan rápido como sea posible.

— Apuesto a que te atraparon robando algo de alimento.

— Sí, dos simples manzanas. — Respondió la chica mientras acomodaba sobre el carruaje.

— Tengo prisa y un destino fijo, así que, no puedo llevarte a donde desees, tendré que dejarte en el camino si de alguna forma te funciona.

— Por el momento, solo necesito alejarme lo más que pueda de estos guardias. Si me ponen las manos encima, creo que no veré la luz de nuevo.

— Últimamente, todos están muy alertas, pronto tendremos la visita de monarcas de un reino vecino. Debes andar con cuidado, jovencita.

Delilah permanecía en el carruaje, atenta a todo lo que ocurría, sabía perfectamente que no podía confiar en absolutamente nadie, y menos en un extraño quien apenas acaba de conocer.

Era una chica joven, hermosa y llena de vitalidad, y aunque estaba sucia y su color no era el más agradable, era una tentación muy fuerte para un hombre solitario en el camino. Inicialmente, este se mostró amistoso y muy agradable, pero a medida que transcurría los minutos, este se fue dando cuenta de cuáles eran las cualidades y características de la joven prófuga.

Sus ojos voltean constantemente a visualizar a la chica, quien, de alguna forma, comenzó a identificar cierta conducta extraña en este sujeto.

— ¿Por qué una chica tan bonita se encuentra completamente sola? Podrías conseguir a un hombre que te provea alimento y ropas. — Dijo el sujeto.

Por lo general, tener un carruaje en Londres era un sinónimo de poder, al menos financiero, ya que, aquellos que tenían carruajes los utilizaban para transportar alimentos y mercancías para la venta, lo que significaba que eran comerciantes y esto era un sinónimo de dinero. El hombre no parecía ser demasiado adinerado, pero por sus palabras, algo tenía que ofrecer a Delilah.

— ¿Has pensado en alejarte de toda esta vida y conseguir algo mejor? — Dijo el hombre.

— Mientras pueda ayudar a mi familia, estaré tranquila. — Respondió la chica.

— Soy un maleducado, mi nombre es Sebastián. Soy dueño de 500 hectáreas de terreno, me dedico a la ganadería y agricultura. — Respondió.

Sus palabras confirmaron la sospecha de Delilah, quien asumió que este hombre, tarde o temprano comenzaría sus movimientos hacia ella e intentaría manipularla.

— Podrías viajar conmigo durante algunos días. Te hará bien alejarte de todo esto. — Dijo el hombre.

Confiar en los hombres no era el estilo de Delilah, quien sabía perfectamente que las tentaciones transformaban a las personas. Convertirse en la compañera de este viejo sujeto de unos 60 años de edad no parecía ser una amenaza demasiado intensa, pero debía pensar con cuidado cada movimiento que pensaba dar.

— ¿Hacia dónde te diriges? Soy Delilah.

— Mis tierras están a unos cuantos kilómetros de aquí, si aceptas venir

conmigo, prometo proveerte de alimento y ropa, después podrás volver a casa.

— Era evidente que nada era gratis en aquel contexto, pero en ese punto, Delilah ya no tenía absolutamente nada más que perder, así que, aceptó.



## II

Su estancia en la mansión de Sebastián no había sido tan desagradable como ella aspiraba, ya que, había sido recibida por las sirvientes de este hombre como si se tratara de una princesa.

Las órdenes de Sebastián habían sido bastante precisas, por lo que, había establecido que fuese tratada como su invitada especial. La desconfianza había sido una constante en la vida de Delilah, quien había crecido completamente engañada junto a sus padres, ya que, estos siempre le habían ocultado totalmente que ella era adoptada.

Esto no impidió que la chica se mantuviese cercana a ellos, pero después de descubrir que sus padres habían muerto estando ella muy pequeño, se sentía completamente sola en el mundo e intentaba buscar el finalmente cuál sería su destino.

Su continuo vagar por el mundo, le había proporcionado una gran cantidad de experiencias y conocimientos que superaban la sabiduría de cualquiera que hubiese pasado por la escuela o la universidad.

Mientras muchos hacían alarde de conocimientos académicos impresionantes, lo único de lo que podía hacer alarde Delilah de su capacidad de salir adelante en medio de la adversidad.

Había entrado a una mansión impresionante, aunque lucía bastante discreta desde las afueras. Tras llegar en el carruaje hacia los dominios de Sebastián, la chica veía impresionada la gran cantidad de terreno que este hombre poseía bajo su poder.

La discreción no le permitía indagar acerca de cuáles eran las razones para que este hombre tuviese tanto dinero, y al saber que, la mayoría de los empresarios y comerciantes poderosos de la ciudad estaban vinculados con la monarquía, prefería no hacer demasiadas preguntas. Tal y como se lo había prometido Sebastián, Delilah había sido provista de ropas, aunque modestas, alimento y un lugar donde dormir.

La primera noche en que Delilah durmió en aquella mansión, fue difícil

conciliar el sueño ante la posible amenaza de que durante la noche entrara un asaltante sexual y abusara de ella. No confiaba en lo absoluto en Sebastián, ya que, no estaba acostumbrada a recibir cosas buenas por parte de desconocidos.

Pero, aunque la preocupación la invadía, poco a poco, durante los días siguientes, Delilah consiguió sentirse un poco más cómoda y confiada estando cerca de este sujeto, quien se mostraba como alguien respetuoso, refinado y muy educado.

Pero algo que resultaba realmente curioso para la joven pueblerina era el hecho de que en todos esos días que había estado allí, no había visto un solo hombre, ya que, todos los trabajadores de aquel lugar, incluyendo sirvientes, cocineros y encargados de cuidar a los animales, eran del sexo femenino.

El único hombre en todo el lugar era Sebastián, y esto despertaba enormemente la curiosidad de la chica, quien no se atrevía a preguntar la razón de esto. Era un hombre realmente misterioso y silencioso, que mostraba una gran sonrisa la mayor parte del día.

Delilah era invitada a la mesa como un huésped privilegiado, disfrutando de deliciosos platillos que preparaban las cocineras particulares de Sebastián. Con cada minuto que pasaba en aquel lugar, más crecía la incertidumbre y la curiosidad por saber cuáles eran los motivos que hacían llevar a este hombre a tener un comportamiento tan cordial con Delilah.

Las ganas de irse de aquel lugar, fueron desapareciendo con el pasar de los días, ya que, la sensación de agrado y tranquilidad que podía obtener en aquella mansión no podía compararse con absolutamente nada que conociera.

Había dejado de huir de las autoridades, no tenía que robar para comer y mucho menos debía exponerse con sus pies descalzos para moverse por el pueblo. La vida que conocía Delilah se había transformado, y aunque sabía que esto era por tiempo limitado, aprovechaba al máximo esta situación para por lo menos llevarse un buen sabor de boca mientras tenía que volver a su rutina tarde o temprano.

Sebastián nunca hacía alusión a su partida, él parecía estar bastante contento por tenerla allí, pero, aunque Delilah estaba satisfecha con el trato y las atenciones, sabía que todo esto no sería gratis y que tarde o temprano alguien pasaría una factura a su nombre.

Solía pasar algunas de las tardes en un enorme jardín ubicado en la parte trasera de la mansión, columpiándose en una tabla de madera, sostenida por un par de cadenas que habían sido dispuestas por orden de Sebastián.

Las flores, los árboles de durazno, y la sensación de libertad y tranquilidad, hacían que Delilah se encontrara en un estado de paz que nunca había logrado alcanzar en ninguna otra situación.

Esto la mantenía relajada y calmada, por lo que, era el lugar ideal para vivir. Pero esta idea debía salir de la cabeza de Delilah, ya que, esto no iba a ser para siempre, y estaba completamente acostumbrada a salir abruptamente de estas situaciones de confort que se planteaban frente a ella para demostrarle tarde o temprano que el mundo no estaba hecho de dulce como ella llegaba a pensar en ciertas ocasiones.

— Parece que has estado muy tranquila. Es un bonito día ¿no?

— No te escuché venir, Sebastián. Me has dado un tremendo susto.

— No fue mi intención asustarte. Necesito hablar contigo, ¿tienes un minuto? — Dijo el hombre con un rostro bastante preocupado.

Era la primera vez que Delilah veía a este hombre comportarse tan frío, porque, como ya se ha mencionado antes, la mayoría del tiempo estaba sonriente y muy tranquilo. Su ceño fruncido y su mirada perdida, era un sinónimo de que algo raro estaba pasando, por lo que, Delilah debía actuar con precaución.

— Si deseas hablar ahora, no tengo ningún problema. — Dijo la chica.

— Creo que lo mejor será hablar durante la cena. Ponte algo bonito, debo anunciarte algo importante. — Dijo Sebastián.

Conversar con Sebastián durante los últimos días no había sido fácil, ya que, tras recibir la visita de importantes aristócratas, se había enfocado completamente en atender a sus visitantes.

Pero esto no había impedido que Delilah siguiera disfrutando de sus beneficios, ya que, seguía siendo tratada como una invitada especial. Sebastián se había visto acompañado durante los últimos días por Lady Lystra, hija de uno de estos importantes aristócratas que se había quedado en la mansión por petición propia.

Su visita al lugar le había dejado una sensación increíble de tranquilidad y paz, algo que experimentaba solo al encontrarse en la mansión de Sebastián, por lo que, decidió quedarse mientras su padre, un importante miembro de la alta alcurnia inglesa, abandonaba el territorio acordando un nuevo encuentro con su hija en unas semanas. La última vez que la chica y su padre se vieron, no imaginaron el curso trágico que tomarían los acontecimientos en los próximos días.

Sebastián era un hombre que estaba acostumbrado a obtener lo que quería, y aunque por lo general era bastante paciente, no en todas las ocasiones estaba dispuesto a esperar una respuesta positiva por parte de aquellos a quienes demandaba órdenes e instrucciones.

Tener tanto poder, propiedades y dinero, no han servido de nada para un viejo solitario como Sebastián, por lo que, había decidido rodearse de una gran cantidad de mujeres para tratar de apaciguar esta soledad que lo consumía hambriento de la necesidad de cariño y atención, necesitaba alguien a su lado que se encontrara cerca de él la mayoría del tiempo, por lo que, Delilah había sido una de estas candidatas posibles a convertirse en la esposa obligatoria para Sebastián.

Aunque desconocía esta realidad, la chica siempre había experimentado cierta desconfianza que la mantenía alerta y a la expectativa. Pero afortunadamente, las cosas no habían salido tan mal para Delilah, pero el desenlace de toda esta situación y su etapa de tranquilidad y paz estaba por terminar.

Delilah era una chica acostumbrada al dinamismo, a moverse, estar constantemente explorando, por lo que, podía vérselo caminar por las tierras de Sebastián en busca de algo interesante para conocer cada milímetro de aquel lugar.

Pero había espacios que no habían sido explorados por Delilah, así que, aquella tarde, decidió caminar por los establos, uno de los lugares favoritos de ella en todo ese terreno.

Visitar a los caballos y acariciarlos, la relajaba enormemente, por lo que, decidió qué era momento de hacerle una breve visita a sus buenos amigos equinos. Pero antes de entrar en los establos, escuchó algunas voces, por lo que, por primera vez, se topaba con alguien en este lugar.

Quienes se encontraban dentro del edificio de madera, parecían tener una acalorada discusión bastante subida de tono, donde pudo reconocer el tono de voz de uno de los participantes.

Su presencia en aquel lugar era completamente irrelevante, y si era descubierta, podría meterse en graves problemas, ya que, la intromisión era un sinónimo de descortesía y mala educación.

Sebastián y Lystra, se encontraban dentro de aquel establo, paseando mientras el aristócrata presentaba sus animales a la bella millonaria. Pero el deseo e intereses existentes en este sujeto hacia la chica, superaban cualquier sentimiento racional, ya que, la rubia de labios carnosos, despertaba un deseo ardiente que necesitaba saciar muy pronto.

Aunque se trataba de un hombre mayor, de avanzada edad y quizá mucho podrían especular acerca de su virilidad, aún Sebastián tenía mucho para dar, y lo que despertaba Lystra en él, era algo salvaje y animal.

— Las oportunidades que tienes a mi lado, son infinitas, Lystra. — Dijo Sebastián mientras intentaba convencer a la millonaria joven acerca de quedarse a su lado y contraer matrimonio.

— ¿Acaso has perdido la cabeza? Soy joven y bella. Jamás podría terminar a lado de un viejo decrepito como tú. — Dijo Lystra, mientras soltaba de la mano del hombre.

Hizo un intento por abandonar aquel establo, ante lo que, posiblemente Delilah sería descubierta. La joven plebeya se ocultó detrás de un grupo de sacos de alimento, mientras su corazón se encontraba agitado.

Estaba presenciando una fuerte discusión entre el hombre que le había

dado albergue y una importante joven perteneciente a la alta sociedad de Inglaterra. Para ellos, se encontraban completamente solos y nadie los estaba observando, por lo que, encontrarse en medio de esta situación tan tensa, no parecía ser tan importante para la chica.

Pero para Sebastián, era una oportunidad de oro de poder manipularla y persuadirla, ya que, la soledad era su cómplice. Al vincularse con esta hermosa chica, que no solo contaba con belleza sino con una gran cantidad de poder, gracias a las influencias de su padre, posiblemente podrían elaborar una alianza bastante significativa que daría como resultado un incremento en las finanzas de estos dos sujetos.

Para la bella rubia esto no era importante, ya que, su principal prioridad era la libertad y el poder disfrutar de su belleza y su juventud, ya que, podría codearse con el hombre que deseara.

— Creo que ha sido un error quedarme en este lugar. Debo volver con mi padre cuanto antes. — Dijo la rubia antes de intentar dejar a Sebastián allí solo.

— Tú no eres quien para tratarme de ese modo. Harás lo que te digo y te casarás conmigo. — Dijo Sebastián.

Delilah asomaba la mitad de su rostro para poder visualizar lo que estaba ocurriendo, encontrándose frente a una escena completamente inesperada para ella. La hermosa chica intentó salir de allí, pero fue interceptada por Sebastián, quien extrajo de su bolsillo un pequeño cordón de nylon con el que apretó fuertemente la garganta de la chica. Delilah sintió una necesidad increíble de intervenir, pero el pánico hizo que esta se paralizara casi completamente, evitando que reaccionara de manera natural.

Sus ojos se encuentran abiertos completamente, mientras en ellos se refleja la escena de un asesinato cruel y desalmado. Quien le había dado la posibilidad de convertirse en su protegida, su huésped favorita y consentida, era un completo asesino demente, quien, al no conseguir lo que deseaba, actuaba como un ser malévolo, llegando hasta el punto de quitarle la vida a una persona inocente. La hermosa Lystra intentaba



liberarse, pero sus dedos frágiles no podían contra la fuerza y la presión que ejercía Sebastián en el cordón.

La estaba estrangulando y estaba eliminando por completamente el flujo de aire hacia sus pulmones, por lo que, esta se retuerce desesperadamente para poder sobrevivir. La lucha se llevó a cabo durante unos pocos minutos, ya que, ante la imposibilidad de defenderse, la chica simplemente se rindió y dejó que su vida fuese tomada por las manos de Sebastián.

— Lamento haberte hecho esto. Eras una chica muy hermosa. — Dijo Sebastián mientras dejaba que el cuerpo de la chica se desplomara en el suelo.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Delilah, quien no había sido capaz de intervenir para salvarle la vida a esta joven. No existía ningún tipo de vínculo entre ella y la chica, ya que, eran dos completas desconocidas.

Simplemente se habían cruzado un par de oportunidades y habían intercambiado algunas sonrisas y gestos de agrado, pero esto no significaba que no debía sentir cierta empatía y dolor al ver cómo la habían asesinado.

Sebastián guardó el cordón en su bolsillo y acomodó su traje antes de abandonar el granero. Tan solo en un par de horas debía reunirse con Delilah, por lo que, era hora de tomar un baño y alistarse para la cena. Por lo general, nadie entraba al granero después de esa hora, por lo que, dejó el cuerpo de Lystra tendido en medio del granero para encargarse de él en otro momento.

El importante millonario no sería vinculado jamás con un asesinato. El dinero y las influencias que manejaba le permitían mantenerse protegido y blindado ante la posibilidad de ser culpado del mismo.

Abandonó el granero y caminó hacia la mansión, dejando a Delilah atónita frente a un cuerpo sin vida de una importante millonaria. Tras ver que no había nadie cerca, Delilah caminó hacia el cuerpo e intentó verificar si realmente se encontraba sin vida.

Movió el cuerpo de Lystra un poco para tratar de desertarla, pero sus ojos

rojos completamente abiertos la impactaron tanto, que se vio obligada a retroceder. En el compartimento lateral del bolsillo de Lystra había un pequeño papel que sobresalía, el cual llamó la atención de Delilah. La joven plebeya observaba el vestido con mucha impresión, ya que, estaba elaborado con incrustaciones de piedras preciosas, dignas de una chica de alta sociedad.

Nunca en su vida hubiese soñado con tener algo así, y menos cuando sus principales prioridades son llevar algo de comida y medicina para sus padres adoptivos. La curiosidad la consumía, por lo que, tomó el papel sin dudar y al verificar de qué se trataba, no pudo evitar sentirse tentada a violar las reglas morales que conocía.

Tenía que salir de allí cuanto antes, no podía seguir viviendo en la casa de un asesino, por lo que, era el momento de continuar su camino y avanzar. La supervivencia de Delilah dependía de una sola cosa, huir, pero sin dar a entender que conocía algo de lo que había ocurrido en aquel lugar, ya que, esto traería como consecuencia una persecución que no terminaría nada bien para ella. La hora de la cena estaba cerca, y aunque debía acudir obligatoriamente, aquella misma noche debía huir tan lejos como fuese posible.

### III

— No has probado ni un bocado, ¿te ocurre algo malo? — Preguntó Sebastián al ver el rostro de preocupación de la chica y cierta indiferencia ante la cena.

— No, todo está completamente bien. Solo que no tengo apetito. — Respondió la chica.

— La cena está deliciosa, como siempre. Anda, prueba un bocado y verás como tu apetito se despierta instantáneamente.

Ante la necesidad de no levantar sospechas, Delilah probó un bocado del delicioso pavo al horno que se había preparado aquella noche especial por mandato de Sebastián. Los planes del millonario empresario eran claros, y al no tener éxito con Lystra, ahora iría por su plan B.

— Te dije que tenía algo muy importante que informarte. ¿Estás lista? — Preguntó Sebastián.

Para ese momento, Delilah no tenía ni la menor idea de lo que estaba a punto de proponerle el millonario, ya que, desde su llegada, la había tratado muy bien pero no había mostrado ningún tipo de interés, ni había invadido su privacidad.

Creo que debo ir al baño, solo espera unos segundos y volveré enseguida. Interrumpió la chica antes de ponerse de pie y abandonar la mesa justo antes de escuchar las palabras de Sebastián. Se dirigió rápidamente hacia el cuarto de baño ubicado en la parte superior de la mansión, encerrándose allí para meditar lo que debía hacer.

Sentía que algo no estaba bien y que pronto se vería involucrada en graves problemas, por lo que, salió silenciosamente del cuarto de baño y se dirigió hacia su habitación, cerrando la puerta con mucho cuidado.

No tenía demasiado tiempo para actuar, por lo que, Delilah tomó todas sus pertenencias y la metió en una bolsa. Podía verse entre todas estas cosas que había recogido, el vestido perteneciente a Lystra, a quien había desnudado completamente antes de abandonar el estable.

Si lograba vender este vestido en el mercado, podría conseguir una gran cantidad de dinero para poder alimentar a su familia, algo es en lo que siempre pensaba. Había vivido unos días como una princesa, pero ahora era momento de volver a la realidad y debía comportarse con el filo correspondiente que ameritaba estar en las calles.

No se sentía orgullosa del todo de haberle arrebatado sus vestiduras a aquella hermosa mujer aristócrata, también se había hecho con sus pendientes, zapatos y accesorios. Pero lo más importante que había obtenido Delilah, había sido el pase a una fiesta privada que se llevaría a cabo en los próximos días en la ciudad de Londres.

Era una celebración exclusiva de la alta alcurnia de la sociedad, a la que solo podían ingresar personas que tenían una gran cantidad de poder y se codeaban con la realeza, la monarquía y los multimillonarios de Inglaterra.

Al tener acceso exclusivo a esta celebración, podría encontrar quizá una forma de salir de esa vida llena de miseria que tenía que afrontar cada día. Por lo general, estos lugares estaban repletos de viejos millonarios, hambrientos de tener entre sus manos a una joven millonaria, tal y como lo había hecho Sebastián.

Su interés casi enfermizo hacia Lystra, había llevado cometer una estupidez, pero pronto se descubriría que detrás de esta muerte, no solo había intereses de Sebastián, sino que, el poder y los hilos de la corrupción, movían absolutamente cada paso de los hombres pudientes de Inglaterra.

A Londres acudirían absolutamente todos los hombres que cualquier mujer soñaría, refinados, educados y con mucho poder. Haber encontrado a Lystra completamente muerta en aquel establo, había sido su boleto de ingreso a esta celebración, y aunque aún tenía que lidiar con la idea de que no había ayudado a esta chica, no podía interferir con el destino de la misma, ya que, se había relacionado de una manera bastante íntima con Sebastián.

Lystra no quería un compromiso, mucho menos casarse con este hombre, pero el dinero era seductor, y ante el ofrecimiento de una gran cantidad de

ventajas, Lystra había sucumbido en un par de noches a entrar a la habitación de Sebastián y habían follado como bestias.

La propia Delilah había escuchado como estos hacían el amor de una manera casi demente, algo en lo que ella nunca había participado. A sus 21 años de edad, Delilah era completamente virgen y no se había entregado por primera vez a un hombre, había muchas razones para determinar el porqué de esta condición, pero entre las más relevantes se encontraba el hecho de que no había encontrado a un hombre especial que valiera esta entrega.

En las calles se codea con hombres sucios y malolientes, nunca la había motivado a enamorarse, pero pronto estaría frente a sujetos que superaban enormemente las expectativas de cualquier chica.

Después de guardar absolutamente todo dentro de una bolsa, Delilah colocó todo estratégicamente justo al lado de la ventana. Debía volver rápidamente con Sebastián, ya que, de lo contrario, despertaría sus sospechas y podría tener el mismo destino que Lystra.

La paciencia no era una virtud en Sebastián, quien, tras esperar durante algunos minutos, pensó que la chica se estaba tardando demasiado. La cena se enfriaba, y esto iba en contra de los planes del millonario.

Se puso de pie y caminó directamente hacia la parte de arriba para encontrarse nuevamente con Delilah, quien justo en ese instante, salió de su habitación muy sonriente.

— Pensé que habías ido al cuarto de baño. Fue lo que dijiste. — Dijo Sebastián con cierta sospecha.

— Necesitaba retocarme un poco y no tenía mis cosas a la mano. ¿Volvemos al comedor? — Respondió Delilah.

La chica pasó justo a un lado de Sebastián, quien la observó fijamente intentando descifrar si esta sabía algo o sospechaba algún comportamiento extraño de este.

Tras volver nuevamente al comedor, ambos se sentaron en sus respectivos lugares, pero esta vez, Delilah debía comportarse de una manera más

natural, por lo que, comenzó a disfrutar de aquella cena a pesar de que sentía unos nervios increíbles.

La principal razón de estos nervios era el hecho de que debía huir de aquella mansión en las próximas horas, y aunque el lugar no contaba con demasiada seguridad o restricciones, debía hacerlo de manera perfecta sin ser descubierta, ya que, de lo contrario irían tras su cabeza.

Ya tenía demasiados problemas hasta ese momento como para sumar un inconveniente más, por lo que, era su deber seguir la corriente hasta el momento en que tuviese la oportunidad de largarse de aquel lugar y dejar en evidencia a este asesino que había cegado la vida de Lystra.

Aunque este detalle era algo que inclusive a la propia Delilah le perjudicaría, porque esta, de manera casual, contaba con rasgos bastante similares a los de la millonaria difunta.

El cabello tenía casi la misma tonalidad de amarillo, sus ojos eran verdes, labios carnosos y sus rostros eran finos y perfilados, no eran idénticas, pero con un poco de maquillaje y un peinado preciso, podría llegar a ser bastante similar a Lystra.

Sebastián parecía tener un gusto bastante definido por las chicas, por lo que, esto representaba una ventaja para Delilah, quien se haría pasar por Lystra en aquella celebración que se llevaría a cabo en Londres.

— He estado pensando mucho en los últimos días y creo que puedo ofrecerte una vida mucho más agradable a mi lado. — Dijo Sebastián.

La chica no podía creer que este hombre estuviese diciéndole estas palabras cuando apenas hace algunas horas había asesinado a su más reciente pareja. Aunque Lystra y Sebastián no habían tenido absolutamente nada serio, habían estado juntos en la cama y sus sesiones de sexo eran bastante intensas.

Aquella mujer había complacido al viejo millonario de forma carnal y le había entregado su cuerpo de una manera absoluta, a cambio de una gran cantidad de poder y pertenencias.

Delilah no estaba dispuesta a entrar en la misma dinámica, ya que, aunque



no tenía absolutamente nada en el mundo, no podía confinarse a vivir al lado de un asesino durante el resto de su vida.

— ¿A qué te refieres? Recuerda que tengo una familia de la cual debo encargarme. — Respondió Delilah.

— No seas mal agradecida, Delilah. Te he dado absolutamente todo en este lugar. Comodidades, comida, un techo, una cama donde dormir. ¿Así es como me lo agradeces?

— Todos los beneficios que me has dado en este lugar me los has dado por decisión propia. Nada de esto te lo he pedido yo. — Respondió la chica.

Sebastián había comenzado a alterarse, por lo que, esto representaba un serio peligro para la chica. El único que sabía hasta ese momento que Lystra estaba muerta, eran Sebastián y Delilah, por lo que, si la chica tenía planes específicos de usurpar la identidad de esta joven, el único elemento que podía representar un peligro para sus objetivos era este hombre.

El error que había cometido la joven millonaria que ahora estaba muerta, había sido descuidarse y darle la ventaja a Sebastián, pero Delilah sabía perfectamente la clase de hombre que era este sujeto, por lo que, no estaba dispuesta a dejarse envolver ni darle un solo segundo de ventaja al viejo traicionero.

— Necesito una compañera. Ya estoy viejo, y en cualquier momento podría morir. Puedes heredar todo lo que tengo si solo te quedas a mi lado. — Dijo el hombre.

Aunque era una oferta bastante atractiva y podría ser bastante simple quedarse al lado de este hombre y complacerlo en sus deseos, Delilah no estaba dispuesta a vivir con la zozobra constante de que en el momento en el que decidiera cambiar de parecer, la asaltara a medianoche intentando sofocarla, tal y como lo había hecho con Lystra.

Hasta el momento, no sabía cómo había logrado permanecer en aquel lugar durante tanto tiempo, ya que, fácilmente, si la hubiese querido asesinar, lo hubiese hecho de una manera muy simple durante la noche.

Delilah tenía un concepto muy errado de Sebastián, ya que, pensaba que era un hombre honesto, frágil e inofensivo. Ver cómo asesinaba a una mujer a sangre fría, había puesto a Delilah completamente a la defensiva y lista para defenderse de cualquier intento de Sebastián por atacarla.

— No tengo intereses de ser millonaria o poderosa, Sebastián. Mi única intención es retribuirle a mis padres todo lo que hecho por mí. No me interesas como hombre.

Sebastián, quien sostenía en sus manos los cubiertos de plata con los cuales se encontraba disfrutando de la deliciosa cena, los colocó a un lado del plato de comida y tomó la servilleta para limpiar un poco su boca.

Respiró profundamente y miraba de forma fija la comida que se encontraba sobre la mesa. Abruptamente, se puso de pie y volteó completamente la mesa haciendo un desastre absoluto en el lugar.

Delilah observaba atónita el arrebato de ira del sexagenario millonario, quien después de batir la mesa contra el suelo, se fue directamente en contra de ella, quien se encontraba sentada.

— Sebastián, cálmate. No puedes actuar así. — Dijo Delilah.

El hombre estaba completamente herido en su orgullo, ya que, habían sido dos rechazos continuos en un mismo día, algo que era completamente devastador. Delilah no tenía nada que ofrecerle, y este había visto el parecido impresionante que existía entre Lystra y ella, por lo que, el plan B de hacerla pasar por esta, no tenía forma de fallar. Había matado a una mujer muy importante, la hija de un acaudalado millonario que no dudaría en aplastarlo si descubría lo que había ocurrido.

Era por esto que, su única salida de este problema era confundir a Delilah e intentar que esta se hiciera pasar por Lystra. La negativa inicial de casarse con él, le había destrozado por completo los planes a Sebastián, quien, ante la desesperación de verse expuesto ante las posibles consecuencias de sus actos, decidió perder el control.

Pero Delilah no era una chica tonta, por lo que, en el momento en que vio la reacción de Sebastián, tomó un pequeño cuchillo en su mano y lo

colocó justo aun lado de ella oculto bajo su vestido.

— Te casarás conmigo, quieras o no. No abandonarás esta casa jamás. — Dijo Sebastián mientras caminaba directamente hacia ella, con una calma que reprimía una violencia brutal.

— Debes entender que no se trata de ti, Sebastián. Abandoné responsabilidades que necesito retomar. Eres un muy buen hombre, sé que encontrarás a alguien.

— No se trata de encontrar a alguien, maldita sea. Tienes que ser tú. — Respondió el hombre.

Ya el tiempo se estaba agotando y la paciencia de Delilah se estaba terminando. El nivel de desesperación que mostraba este sujeto superaba cualquier cosa conocida hasta por él mismo, era capaz de hacer de todo para poder conseguir sus objetivos, por lo que, la vida de Delilah se encontraba en peligro.

— Creo que debo irme esta misma noche. Con o sin tu consentimiento. — Dijo Delilah antes de ponerse de pie.

El aristócrata se colocó justo frente a ella y metió la mano en su bolsillo tal y como lo había hecho cuando se encontraba con Lystra. Delilah estaba preparada para absolutamente todo, ya que, sostenía el cuchillo de manera discreta en su mano.

No te preocupes, Delilah. Voy a tu habitación y descansa. Perdona mi insolencia. Duerme y en la mañana te llevaré de regreso a la ciudad. Dijo el hombre con su habitual sonrisa.

Delilah estaba acostumbrada a moverse en las calles, rodeada de personas que mentían, engañaban y actuaban en función únicamente de su propio interés, por lo que, ver el comportamiento de Sebastián en ese preciso instante, la hizo entender que se encontraba frente a un sujeto despreciable y manipulador. Sabía que tenía una sola oportunidad para poder salir de allí, y no importaba si debía tomar la vida de Sebastián en sus manos, ya que, era la de él o la de ella.

La mansión se encontraba completamente sola aquella noche, por lo que,

ante una contienda entre la joven y el anciano millonario, uno de los dos sería el único que saldría con vida.

Delilah se dio vuelta, siguiendo las instrucciones del caballero, ya que, debía ir a su habitación para dormir el resto de la noche. Sebastián extrajo su mano del bolsillo de su chaqueta, sosteniendo el mismo cordón de nylon que había utilizado para estrangular a Lystra. En un movimiento rápido y casi inesperado, lo colocó justo en el cuello de Delilah, apretando con mucha fuerza para cegar su vida en muy poco tiempo.

Delilah sintió como este hombre la sacudió con mucha facilidad, quedando sorprendida ante la fuerza que mostraba el anciano. Pero no era tonta, y se había preparado para esta situación, así que, mientras el hombre apretaba con mucha fuerza y le robaba el aire, esta utilizó el cuchillo que tenía en su mano y lo encajó en el área abdominal del millonario.

— ¿Qué has hecho, miserable? — Preguntó el hombre mientras se llevaba la mano directamente a la herida.

Delilah tosía continuamente intentando recuperar el aire que le había sido robado, cayendo al suelo mientras sus manos masajean su garganta para tratar de apaciguar el dolor.

— Eres una asquerosa rata. — Dijo el viejo mientras buscaba apoyo en una silla.

La sangre fluía constantemente, y ya no había marcha atrás. El cuchillo se había quedado incrustado hasta la base en el abdomen de Sebastián, quien no tenía oportunidad de salir con vida de una situación como esta.

## IV

No había oportunidad para dejar cabos sueltos, por lo que, Delilah debía encargarse de ocultar el cuerpo de Sebastián, el cual fue a dar irónicamente en el mismo lugar donde había quedado su primera víctima.

Los cuerpos de Lystra y Sebastián, fueron ocultados debajo de unas tablas en el granero, donde posiblemente descansarían durante la eternidad. Era momento de salir de allí, por lo que, Delilah tomó sus cosas, se dirigió hacia uno de los carruajes, y tras agitar las riendas de los caballos, huyó tan rápido como pudo de aquella mansión.

Detrás, dejaba un hecho deplorable y oscuro, algo que nunca imaginó que ocurriría en aquel contexto. Había llegado a aquella mansión para relajarse, despejarse y tratar de recuperar la tranquilidad, pero en su lugar, había presenciado un asesinato y sus manos se había manchado de sangre al haber asesinado al dueño de aquel lugar.

Su única oportunidad para poder recuperarse de aquella situación era asistir a la celebración pautada para dentro de algunos días, por lo que, debía ocultarse el tiempo que fuese necesario antes de hacer acto de presencia en aquella fiesta.

Cada noche que durmió en la intemperie, sentía una gran cantidad de temor y despertaba de forma abrupta y acelerada, al imaginar que era encontrada por los guardias y abusaban de ella.

La vida de Delilah se había transformado drásticamente, ya que, sus crímenes habían sido menores, simples robos que se argumentaban en la hambruna que enfrentaba cada día. Pero ahora era responsable de un asesinato, y no le había quitado la vida a un hombre cualquiera, sino a un hombre de poder que tenía influencias e importantes conocidos en la alta sociedad.

Los problemas comenzaron a multiplicarse para la chica, y aunque no se sentía abrumada por ello, sabía perfectamente que tenía que resolver esta situación tarde o temprano.

Su objetivo era conseguir a un hombre millonario que pudiera protegerla y le diera la seguridad que ella necesitaba, tanto para a sí misma como para sus familiares. Delilah no podía considerarse a sí misma una asesina, pensaba que era solo una sobreviviente.

Si no hubiese tomado la precaución de sostener aquel cuchillo entre sus manos, posiblemente sería ella quien estaría muerta en ese momento. No sabía a ciencia cierta qué era lo que ocurría con Sebastián y cuáles eran sus intenciones con todas aquellas chicas, pero lo que sí sabía era que uno de los dos iba a salir vivo de aquella confrontación, y para su fortuna, había logrado hacerlo ella.

Tras mantenerse oculta en el bosque, habitado en el carruaje que se había robado de aquella mansión, Delilah finalmente se preparaba para acudir a la celebración aquella noche. Se había colocado el vestido de Lystra, el cual le quedaba perfecto el cuerpo.

Se ajustaba a su figura de manera excepcional, como si hubiese sido elaborado especialmente para ella. Esto no podía ser una casualidad, así que, Delilah estaba frente a una oportunidad que posiblemente no se volvería a presentar jamás.

Con los recursos que tenía, y algunos de los implementos que había robado de la mansión, logró elaborar un peinado bastante similar al que utilizaba Lystra, entalló su vestido y utilizando zapatos de tacón, la chica finalmente ya estaba lista para acudir a la fiesta.

Utilizó el carruaje para acercarse tanto como fuese posible al gran salón destinado para aquella reunión. El lugar estaba abarrotado de personas, y seguían llegando más continuamente.

No solo estaba la alta sociedad de Londres presente en aquel lugar, sino que habían acudido importantes aristócratas de Inglaterra, quienes llevaban sus mejores trajes y vestiduras para disfrutar de una noche magnífica y espectacular.

Delilah quedó completamente impresionada al entrar al lugar, ya que, fue tratada como una miembro más de la alta sociedad. Fue guiada directamente hasta su mesa, acompañada de uno de los sirvientes del



lugar.

— Está muy hermosa hoy, señorita Lystra. — Dijo el joven.

Al parecer, el plan de Delilah había dado resultados, ya que, no había sido identificada por absolutamente nadie. Era increíble, y solo aquellos que eran extremadamente cercanos a Lystra, podían determinar la diferencia.

Hasta el momento todo había ido con normalidad, había disfrutado de los manjares exquisitos que llegaban a la mesa, había ingerido una gran cantidad de vino había compartido con importantes hombres que la habían invitado a bailar durante el transcurso de la noche.

Se había codeado con todas las personas de aquel lugar de una forma muy natural, era como si Delilah hubiese nacido en el lugar y en el momento equivocado, ya que, se desenvolvía de manera eficaz en medio de aquel entorno.

Hombres millonarios, mujeres refinadas, platillos deliciosos, eran los principales protagonistas de aquel lugar que era invadido por la buena música y muestras teatrales. Solo podían ingresar aquellos que contaban con una gran cantidad de poder y prestigio, por lo que, Delilah comienza su cacería cerca de la medianoche, ya que, es momento de identificar cuál será su víctima, o al menos el nombre de quien se aprovechará ese día.

Ya lo ha decidido, no puede volver otra vez al mismo modo de vida que llevaba cuando habitaba en las calles, después de disfrutar de tantas comodidades y compartir este tipo de lujos, no podía permitirse a sí misma, regresar nuevamente a las calles y caminar descalza mientras el hambre la carcomía poco a poco.

Las intenciones de Delilah han cambiado drásticamente, y su forma de ver el mundo se ha transformado, ya que, es imposible pensar en llevar vestiduras rasgadas y malolientes, después de haberse colocado un vestido que podría costar una fortuna incontable.

Desde algún ángulo, la chica lo veía como un simple favor del destino, algo que se merecía después de haber sufrido tanta necesidad y desidia. Lo que conocía de la ciudad de Londres era totalmente diferente a lo que

veía en aquel salón, ya que, la hambruna, la necesidad y la desesperación que se respiraba en las calles era algo completamente diferente a lo que se vivía y se compartía en aquel salón.

Nadie hablaba absolutamente nada de la crisis financiera que atravesaba Londres, no se comentaba absolutamente nada acerca de la cantidad de personas que habitaban en las calles completamente desesperadas intentando subsistir de cualquier forma, todos parecían vivir en una negación absoluta, y esto, en lo más profundo de su ser, enloquecía a Delilah.

No podía creer que hombres tan poderosos y educados, fuesen tan fríos y desentendidos con el hecho de que había personas muriendo cada día por no tener nada que llevar a sus bocas durante días.

El hambre era desesperante, y mientras algunos intentaban sobrevivir, otros simplemente se rendían y dejaban de luchar. Esta opción ni siquiera podía contemplarse entre las posibilidades de Delilah, quien no solo pensaba en ella, sino que tenía que contemplar el hecho de que su madre adoptiva se encontraba muy enferma, y su padre, quien se había negado completamente a trabajar para el rey, se había entregado a la depresión.

No saber absolutamente nada de ellos durante días, consterna a Delilah, quien deseaba con todas sus fuerzas poder tener el poder y dinero suficiente para poder ayudarlos sin tanto problema.

La noche apenas comenzaba para la usurpadora, quien se hacía pasar por una chica refinada y con clase, sabiendo perfectamente que su nivel de educación era bastante limitado.

Aun así, Delilah parecía tener un talento para la actuación que hasta a ella misma impresionaba, ya que, en cada oportunidad que conversaba con alguno de los aristócratas, era tratada como una miembro más de aquella alta sociedad.

Sabía perfectamente como hablaba Lystra, la había escuchado, había visto sus maneras, y hacía un esfuerzo enorme por intentar imitarla. Había que ser bastante detallista y meticuloso para poder determinar que esta chica no era quien decía ser.

Durante toda la noche bailó con importantes hombres millonarios que constantemente hacían énfasis en la belleza de la chica, por lo que, pudo determinar rápidamente que había una gran oportunidad de tener éxito aquella noche.

Sentía como las manos de aquellos hombres la tocaban con mucha sutileza, la trataban con delicadeza y mucho tacto, algo muy diferente al trato que recibía por parte de aquellos que simplemente querían abusar de ella, viéndola como objeto sexual sin valor alguno cuando habitaba en las calles.

Delilah había tenido que afrontar duras pruebas, atravesar difíciles episodios en los cuales su vida casi siempre terminaba en peligro, por esta razón, había aprendido a defenderse ella sola, ya que, dependía de sí misma para poder salir airosa en cada una de estas situaciones. Pero cuando la noche parecía estar apagándose, su encuentro con un caballero cambiaría definitivamente el curso de los acontecimientos.

Mientras se encontraba sentada en su mesa con la mirada perdida en el horizonte y sosteniendo una copa de vino, un caballero se detuvo justo a su lado, parecía que su paso iba dirigido hacia otro lugar, pero al detallar la belleza de esta joven, no pudo evitar detenerse para contemplarla.

— Disculpa, ¿está sola? — Preguntó el caballero.

— ¿Ves a alguien más aquí? — Respondió Delilah, quien ya se encontraba un poco pasada de copas.

— ¿Te molesta si te acompaño? — Respondió el hombre.

Delilah ni siquiera se había tomado el esfuerzo de visualizarlo, ya que, su mirada se encontraba fija en un punto perdido, como si quisiera escapar de esa realidad en ese preciso instante. No había visto ni siquiera el rostro del hombre, por lo que, este sintió un poco de curiosidad ante el desplante de la hermosa rubia.

— Disculpa, te pregunté si puedo acompañarte... — Repitió el hombre.

En ese momento, Delilah pareció salir automáticamente de su trance, ya que, volteó para detallar al hombre, hizo un recorrido desde sus botas

hasta su rostro. Se trataba de un hombre delgado, joven, fuerte y refinado, cuyas ropas hacían referencia a la gran cantidad de dinero y poder que tenía este sujeto.

Era casi imposible para la chica negarse ante un ofrecimiento como este, ya que, por primera vez en la noche estaría acompañada de un hombre apuesto y elegante, aunque la elegancia era una constante en absolutamente todos.

La mayoría eran hombres de avanzada edad, ya que, para conseguir el éxito y el poder de los que hacían alarde, tuvieron que trabajar mucho durante años. No entendía como un hombre tan joven podía codearse entre estos sujetos, al menos que fuese el hijo de un acaudalado millonario, y este, no era el objetivo de la chica.

— Claro, siéntate. Disculpa mi insolencia. — Respondió Delilah.

— ¿Puedo saber el nombre de una mujer tan hermosa como tú? — Respondió el caballero mientras se extendía su mano para estrechar la de la chica.

Sus ojos eran negros, su piel blanca y el cabello oscuro. Fue casi imposible para Delilah poder evitar quedarse anclada en los ojos profundos y misteriosos de este hombre que había llegado de manera espontánea a su lado.

Entendía que ella era una presa fácil en medio de tantas personas, ya que, la mayoría de las mujeres iban acompañadas de sus parejas. Durante toda la noche había sido objeto de atención por parte de los invitados solteros, ya que, llevar a la cama a una mujer tan despampanante como Delilah sería una victoria para cualquiera.

— Puedo traerte una copa de vino si lo deseas... —Ofreció el hombre, quien aún no recibía respuesta de la chica.

— Eres muy amable. Te lo agradecería.

Mientras este sujeto se alejó, Delilah tuvo tiempo de trazar una estrategia vinculada a su nuevo acompañante, ya que, de todas las opciones que había tenido hasta el momento, esta era la que más le llamaba la atención.

Pero no podía exponerse como una chica fácil y regalada, así que, si el hombre estaba realmente interesado en ella, debía mostrar el interés absoluto y soportar su comportamiento insoportable durante el resto de la noche.

— Vino para la bella mujer. Aun no se tu nombre. ¿Me tendrás en ascuas toda la noche? — Preguntó el refinado hombre.

— Ya no quiero vino, ponlo en la mesa. — Respondió Delilah.

Su intención era poner a prueba la tolerancia del caballero, pero si este se marchaba agotado, estaría perdiendo una importante oportunidad que seguro la haría arrepentirse.

— Al parecer, es algo caprichosa. Pero soy muy paciente con las mujeres hermosas, por lo que, no tienes que preocuparte. — Respondió el hombre.

— Eres muy gentil, pero, ¿qué te hace pensar que una chica como yo necesita la compañía de alguien como tú? — Respondió Delilah.

— Es posible que no la necesites, pero te aseguro que, si me regalas algunos minutos de tu tiempo, no querrás separarte de mí después de ello.

— Es una buena respuesta, es un placer conocerte. Mi nombre es Lystra. — Respondió la astuta chica.

— Bien, para mí es un absoluto placer saber el nombre de tan hermosa mujer. Mi nombre es Edric. — Respondió el caballero mientras estrechaba la mano delicada de la joven.

Con cada palabra que compartían, más incrementaba la obsesión de Edric hacia la chica, ya que, la forma en que hablaba, su mirada, su sonrisa y la picardía que irradiaba, hacían que este sujeto se descontrolara completamente.

Edric era un hombre bastante misterioso y con ciertas prácticas y costumbres que diferían enormemente con su aspecto y lo que proyectaba, por lo que, era nombre de cuidado.

Este ponía el ojo sobre cualquier chica y no descansaba hasta conseguir su objetivo, por lo que, Delilah, o Lystra, como ahora se hace llamar la

tramposa joven, había entrado en este territorio donde Edric estaba acostumbrado a poner las reglas.

Era un hombre muy poco conocido en Londres, de hecho, muchos eran la primera vez que veían este rostro codeándose entre la alta alcurnia. Se paseaba por aquel lugar con una imponencia intimidante, por lo que, se le pudo ver solo la mayoría del tiempo.

Solía escoger a sus “víctimas” con mucho detalle, ya que, tenía gustos bastante específicos por las mujeres. Hacía demasiadas preguntas, y esto no hacía sentir nada cómodo a Delilah, quien debía inventar una gran cantidad de mentiras para poder crear una visión sólida acerca de ella en aquel lugar.

Su personaje era de una chica refinada, conocedora del mundo y con una belleza que era prácticamente incomparable con la de cualquier mujer que Edric hubiese conocido jamás.

Pero su mirada transmitía algo que resultaba muy intimidante para Delilah, algo que la obligaba a bajar la mirada o desviarla hacia otro lugar mientras mantenían una conversación. Era una mirada penetrante, invasiva y profunda, como si quisiera indagar en lo más profundo del alma de Delilah.

Las mentiras siempre tenían patas cortas, pero en este caso, Delilah había sabido manejar perfectamente su interacción con Edric, un hombre lleno de gracia y atractivo que poco a poco va haciendo uso de todos sus recursos para poder manipular a esta bella joven que finge haber conocido el mundo en su totalidad, pero Edric ha llegado para cambiar las cosas.

El anillo de oro que lleva Edric en su mano derecha llama mucho su atención, y aunque la confianza aun es poca, Delilah no puede evitar preguntar la procedencia de tan reluciente joya, aunque la respuesta fue un poco desconcertante e inquietante.

— Es un anillo muy hermoso. ¿Puedo saber en dónde lo obtuviste?

— Lo robé a un importante aristócrata hace algunos minutos. Eres muy observadora...

## V

Si algo había quedado claro en esta situación era que la maldad y la conveniencia podían tomar diferentes formas, ya que, podía vestirse de una hermosa chica aristócrata o de un viejo inofensivo en busca de ayudar a otras personas.

Cualquiera podía ser un asesino, un ladrón o un depredador sexual, ya que, el dinero simplemente servía para ocultar ciertas prácticas de algunos miembros de la sociedad, quienes sentían una fuerte debilidad por la sangre, el sexo y lo retorcido.

Mientras Delilah conversa con su nuevo compañero, no deja de darle vueltas en la cabeza a la idea de que, si es descubierta y la vincula con el asesinato de la verdadera Lystra, podría meterse en graves problemas y hasta podrían adjudicarle esta responsabilidad.

De alguna forma, se siente culpable por no haber ayudado a esta joven, pero al menos, de alguna forma había conseguido hacer justicia, ya que, había dado el mismo término al hombre que la había asesinado.

Ahora, en medio de esta situación tan complicada, Delilah se encuentra completamente sola en busca de un destino diferente al que ha tenido que enfrentar durante sus 21 años de vida.

Nunca había tenido la oportunidad de disfrutar las riquezas y los beneficios que proporciona el dinero, la libertad, el compartir con importantes miembros de la sociedad y disfrutar de esos deliciosos manjares que solamente podían encontrarse en estos círculos. No hay forma de que se permita regresar a las calles a robar, ya que, de alguna u otra forma, ha subido de nivel en el mundo criminal.

— Y, ¿cómo es que una mujer tan bella se encuentra sola en un lugar como este? Es algo que no comprendo. — Dijo Edric mientras caminaba con la chica por uno de los jardines.

— Asistiría con mi padre, pero surgieron algunos inconvenientes y no pudo asistir. — Respondió Delilah intentando salir de aquella situación.

— Pues ha sido una fortuna para mí encontrarte, ya que, durante toda la noche no he dejado de admirar tu belleza y el poder que tienes de cautivarme.

Las palabras de este hombre podían intimidar a la chica, pero no solo por lo que representaban o significaban, sino por la forma en que se dirigía a ella, utilizando un tono de voz grueso y profundo, acompañado de una mirada penetrante y una sonrisa que la hipnotizaba y la convertía en una presa fácil e inofensiva, lista para ser atacada por un feroz lobo hambriento de sexo.

La virginidad en aquel entonces era valorada enormemente por los aristócratas, quienes solían pagar grandes sumas de dinero a los padres de las chicas para asegurar la virginidad de las mismas.

El matrimonio por conveniencia era algo muy común en esta época, por lo que, encontrar a una joven hermosa, solitaria y virgen era una acción bastante similar a ganarse la lotería.

Edric desconocía por completo que había detrás de aquel hermoso vestido y cuáles eran las intenciones de esta chica a quien conocía por el nombre de Lystra. Por su parte, Delilah había entendido perfectamente lo que estaba ocurriendo, y si no controlaba sus impulsos e instintos, posiblemente terminaría follando con este hombre muy pronto.

Sentía curiosidad, por primera vez, su cuerpo parecía hablarle en torno a esta situación. Tenía una gran necesidad de conocer su sexualidad y disfrutar de esos placeres de los que tanto había escuchado.

No podía permitirse entregarle su cuerpo a cualquier sujeto al azar, pero después de haber conversado durante largas horas con Edric, había encontrado en él cierto atractivo que despertaba en ella una gran cantidad de deseo y nerviosismo en proporciones similares.

No sabía cómo actuar ante los continuos cortejos e intentos de intimidarla con palabras bonitas o frases elaboradas, ya que, era la primera vez que un hombre tan refinado e imponente, se hallaba frente a ella intentando seducirla.



Pero Delilah se quedaba sin recursos, y aunque sabía que no debía actuar de esa forma, al pensar en que tenía que volver al carruaje aquella noche y dormir nuevamente en la intemperie, supo que tenía que resolver la situación e intentar manipular todo a su favor.

— Hemos hablado de la mayoría de la noche acerca de mí. ¿Acaso tú no piensas hablarme de tu vida? — Preguntó Delilah de forma inesperada.

— Pregunta lo que quieras, Lystra. De mí sabrás lo que deseas. — Respondió Edric.

— Es algo bastante similar a lo que me planteas hace un rato. ¿Cómo es que un hombre como tú se encuentra completamente solo en un lugar así?

— Tengo que decir que soy muy selectivo. Me gustan las mujeres de una forma muy particular. Me gusta ver en sus almas y encontrar algo interesante, contigo lo he hecho.

— Así que ves en las almas... Y, ¿qué es lo que has visto en la mía?

— Si me dejas pasar la noche contigo, te prometo que te lo revelaré en la mañana. — Respondió Edric mientras llevaba sus manos hacia la cintura de la chica.

Esto tomó por sorpresa a Delilah, quien no había visto este tipo de comportamientos en este caballero durante toda la noche. La había tratado con mucho respeto, pero al encontrarse completamente solos en medio del jardín, este dio rienda suelta a todas sus intenciones de conquistar a esta hermosa mujer.

En otro contexto, Delilah hubiese quitado las manos del hombre de su cuerpo, se habría dado media vuelta y se hubiese marchado para dejarlo completamente solo en ese lugar.

Pero había algo de este hombre que le agradaba enormemente, y no podía comportarse como una chica malcriada e impulsiva. Había una gran cantidad de intereses y conveniencias en medio de aquella situación, quizá esto era lo que los mantenía conversando durante toda la noche.

Tanto Edric, como Delilah, se encontraba frente a una gran mentira, ya que, ambos habían expuesto una personalidad y una vida completamente

diferente a la que realmente había detrás de la fachada.

Pero, aunque esto era un hecho, ninguno de los dos conocía más que aquello que había decidido compartir su acompañante, y aunque era difícil de aceptar, ambos tenían un mismo interés y un único objetivo en mente, por lo que, no había más remedio que llevar a cabo lo que por magnetismo y atracción estaba destinado a suceder.

La forma en que se habían conocido y la manera en que Edric había abordado a esta bella rubia de ojos verdes, había sido muy natural, y aunque todo se encontraba sobre bases elaboradas de mentiras y engaños, parecían sentirse muy cómodos al estar juntos.

De cierto modo, eran personas del mismo tipo, aunque lo desconocían totalmente. Estando allí, el uno frente al otro, cercanos, y sintiendo la respiración del otro tan cercana, supieron que la química existente entre ellos era increíble.

— Perdona si no puedo controlarme. Siento una enorme atracción hacia ti y he luchado contra ella desde el momento en que te vi.

— No te conozco, Edric. Creo que debemos ir con calma.

— ¿Quién me garantiza que volveré a verte después de esta noche? Quizá desaparecerás y no volveré a verte nunca. ¿Perderás esa oportunidad que nos ha dado el destino? — Dijo Edric.

La duda se adueñó del corazón y de la mente de Delilah, quien no sabía a ciencia cierta cómo comportarse. Su cuerpo demandaba ciertas cosas, mientras la racionalidad y el sentido común iba completamente en dirección opuesta.

No era la manera correcta de hacer las cosas, y aunque necesitaba ir deprisa, siempre había encontrado un término bastante aparatoso cuando intentaba adelantarse a los acontecimientos.

Apenas acaba de conocer a Edric hacía algunas horas, y el interés de este en llevarla a la cama es fulminante. Las probabilidades de encontrar a un hombre tan atractivo, especial y ardiente como este en el futuro, son casi inexistentes, por lo que, Delilah lleva a cabo una lucha interna para

determinar cuál es la mejor decisión.

No puede pensar de forma ligera y entregarle su tesoro máspreciado a cualquier hombre que recién aparece con una sonrisa bonita e intenta seducirla.

Pero lo que irradia Edric es algo sobrenatural, algo misterioso que la llena de un deseo increíble. Con tan solo estar cerca de él y sentir su respiración, Delilah experimenta un ardor en su vientre y su latido se ha acelerado de una forma anormal.

Puede sentir como su corazón late del miedo, la emoción y la adrenalina, ya que, siente una gran cantidad de estímulos en su cuerpo que no la dejan pensar con claridad.

— Vayamos a otro lugar. Ven conmigo y te mostraré que no hay nada que temer. He analizado cada detalle de ti y me ha fascinado. No te niegues a esta oportunidad, sé que sientes lo mismo que yo. — Dijo Edric.

El caballero utilizaba palabras sencillas, nada elaborado como solían hablarle otros hombres de aquel lugar. Se comunicaba con ella como si se tratara de un encantador de serpientes, derribando las múltiples murallas que había levantado la chica antes de llegar a ese sitio.

Solo estaba a unos pocos pasos de poder ingresar finalmente a la zona blindada de Delilah, ya que, si está sucumbía ante ese deseo ardiente que hacía estallar una gran cantidad de calor en su entrepierna, terminaría entregándole su cuerpo a este sujeto sin saber cuál era el futuro después de esto.

Las manos de Edric comenzaron a deslizarse lentamente desde su cintura hacia su espalda, acariciando la piel expuesta de la chica, debido a la abertura del vestido. Sintió los dedos del caballero rozando la tersa piel, mientras esta se estremecía y sentía como que su respiración la delataba.

— Estás excitada. Puedo sentirlo. — Dijo Edric susurrándole al oído.

— No hagas eso. Ya no aguanto más. — Dijo Delilah con una gran sonrisa en su rostro.

El estímulo que estaba experimentando en ese momento simplemente con

conectarse con su compañero, era algo que le hacía flotar. Sus ojos se cerraron y experimentó esa sensación increíble de ser tocada con tanta sutileza y delicadeza.

Estaba acostumbrada a llevar golpes de la vida, a ser maltratada, humillada, pero, aunque sabía que todo era una completa farsa, por primera vez, se sentía importante, querida, necesitada y cuidada.

Edric le había hecho sentir esa seguridad absoluta de que mientras estuviesen juntos, absolutamente nada más importaba. Necesitaba saber que había más allá y cuáles eran las sensaciones más intensas que podía experimentar, por lo que, ya era casi imposible resistirse.

— ¿Dices que podemos ir a otro lugar? — Preguntó Delilah.

— Iremos al lugar que desees, mi hermosa Lystra.

— Pues salgamos de aquí y vayamos a un lugar en el que podamos estar tu y yo solos.

— Tus deseos son órdenes. Nos veremos afuera en 10 minutos. — Respondió el caballero antes de ausentarse.

Delilah se estaba metiendo en un dilema bastante complejo, ya que, abandonar este lugar con un completo desconocido sin saber cuáles serían las consecuencias de semejante acto.

Había visto con sus propios ojos como un hombre aparentemente débil asesinaba a una chica, un hombre como Edric, fuerte y corpulento no tendría problema con hacer lo mismo si se le diera la oportunidad.

Sentía algo de miedo y las expectativas eran bastante elevadas, pero la curiosidad la superaba. Delilah está acostumbrada a vivir del miedo y la incertidumbre, por lo que, es el momento de indagar e investigar qué es lo que este misterioso caballero es capaz de proporcionarle.

Lo que en un principio había sido una conversación de intereses y conveniencia, ahora se había convertido rápidamente en una batalla interna para la chica para poder controlar el deseo y la atracción que este hombre había despertado en ella.

Se encuentra completamente sola en el jardín, el cual esta iluminado con velas, lo que hace que todo sea tenue y cálido. Su rostro proyecta cierta felicidad, pero el miedo es imposible de ocultar.

Delilah sabe que, si no se arriesga por completo en medio de esta situación, sus oportunidades de conseguir éxito eran casi nulas. Después de tomar una bocanada de aire y respirar profundamente, decide volver al interior de la sala y caminar a través de esta para salir de allí.

Tras superar la duda, finalmente, Delilah logra superar sus miedos y logra salir del salón, ubicándose a las afueras de lugar, a la espera de la aparición de su acompañante.

Después de 15 minutos, pensó que este se había burlado de ella, ya que, su ausencia era inminente. Pero al ver un carruaje negro llevado por caballos, y un conductor bastante misterioso de piel pálida y barba prominente, su atención se vio captada de manera instantánea.

No había manera de que supiera que se trataba de Edric, pero una corazonada la impulsó a creer que sí. El carruaje se detuvo justo frente a ella, mientras esta admiraba a los imponentes caballos que parecían haber sido sacados de los criaderos más prestigiosos. La puerta se abrió y aquel rostro pálido y atractivo que le había conquistado durante toda la noche, se mostró sonriente frente a ella.

— Entra, hace frío y te congelarás. — Dijo Edric mientras extendió su mano para ayudar a la chica a subir al vehículo.

Realmente las temperaturas eran bajas, y la chica ya está comenzando a ti tiritar de frío.

— Pensé que te habías arrepentido y habías decidido irte. — Dijo Delilah al acomodarse dentro del carruaje.

— Jamás le haría eso a una mujer como tú. Gracias por aceptar mi invitación. — Respondió Edric.

— Es un carruaje muy hermoso. Te debe haber costado una fortuna.

— No, también lo robé. — Respondió Edric.

Este tipo de comentarios generaban cierta curiosidad en Delilah, quien no sabía realmente si se trataba de una broma o estaba hablando en serio. No conocía nada en lo absoluto de la personalidad de este caballero, por lo que, era imposible determinar si estaba siendo sincero o simplemente era un juego.

Se veía que era un hombre con clase, con conocimientos, no podía tratarse de un simple ladrón como él mismo aseguraba, pero todo era posible, así que, Delilah no podía creer en absolutamente nada de lo que se posaba frente a sus ojos.

Ella misma era una prueba de que las mentiras podían llegar muy lejos, y al haber usurpado la identidad de Lystra, había entrado en un juego de engaños y mentiras que podría traer graves consecuencias.

Pero, a pesar de que sabía que era algo muy delicado, no podía asumir que todo era negativo, ya que, esta misma situación la había llevado a conocer a este hombre espectacular que la cautiva tan solo con una sonrisa.

— ¿A dónde vamos? — Preguntó Delilah.

— Es una sorpresa, será un lugar muy especial. — Respondió.

— ¿Por qué tanto misterio? — Preguntó la joven en busca de información.

— ¿No te gustan las sorpresas? Conozco un lugar hermoso en el cual te sentirás muy cómoda.

Estaban completamente extasiados el uno con el otro, y ante la cercanía de un encuentro inevitable, Delilah experimenta una gran cantidad de nervios que la superan.

— No debes tener miedo, lo único que ocurrirá esta noche será determinado por ti. Eres mi invitada especial. — Dijo Edric.

## VI

— Es el lugar más hermoso al que he ido. — Dijo Delilah al dejarse llevar por la emoción al llegar a una hermosa cabaña.

El lugar estaba completamente pintado de blanco, a la orilla de un lago hermoso que a la luz de la luna lucía impresionante. Esta parecía ser la imagen de una postal, por lo que, la chica se dejó deslumbrar por el hermoso paisaje nocturno. Edric había dado en el clavo, y había conseguido impresionar a la chica con esta hermosa cabaña que se ubicaba en el área boscosa.

Un lago privado, mucha vegetación y una cabaña solitaria y tranquila sería el lugar perfecto para que compartiera una velada romántica. Estaba completamente claro que las intenciones de Edric eran poseer a aquella joven esa misma noche, aunque aún Delilah experimentaba una gran cantidad de miedo en su corazón. El hombre había notado cierta irregularidad durante toda la noche, pero había hecho caso omiso de estas para poder conseguir su objetivo.

— Está muy bien si quieres seguir observando el lago, pero hace mucho frío. Te recomiendo venir en la mañana, la vista es espectacular.

— Tienes razón, me estoy congelando. Vamos a adentro. — Respondió Delilah.

Tras encender una fogata, Edric buscaba aumentar la temperatura dentro de la casa, ya que, realmente las temperaturas habían bajado muchísimo y sus manos estaban entumecidas.

Tras conseguir el fuego, ambos se posaron frente a la fogata, mientras conversaban continuamente. Delilah era una chica inteligente hasta cierto punto, por lo que, mantener una conversación con ella era muy sencillo.

Tenía la habilidad de mentir e inventar absolutamente todo, basándose en sus experiencias en las calles. Resultaba muy entretenido para Edric escuchar hablar a esta joven, por lo que, se había quedado encantado tras conocerla.

Pero no habían ido a aquel lugar a tener una amena conversación, eso había quedado absolutamente claro desde el momento en que decidieron abandonar la celebración.

La hermosa mujer, quien ya estaba agotada de llevar tacones durante la mayor parte del día, decidió deshacerse de ellos y descansó sus pies para calentarlos cerca de la fogata.

— Puedes ponerte cómoda si así lo deseas. — Dijo Edric con la intención de ayudar a la chica a deshacerse de ese vestido.

Las vestiduras que llevaba la hermosa mujer eran un poco aparatosas, ya que, estaban elaboradas con piedras preciosas y una gran cantidad de detalles que resultaban incómodos tanto para ella como para quien intentaba acercarse. La chica sintió un poco de vergüenza, pero el caballero tenía toda la razón.

— ¿Te importaría ayudar? Resulta un poco difícil quitarme este vestido.

— Será un placer

La chica se encontraba temblorosa, ya que, el momento en que estaría con un hombre por primera vez cada vez estaba más cerca. Sintió como las manos de aquel caballero se colocaron justo en su espalda, liberando un broche de seguridad ubicado en la parte superior de su cuello.

Tras hacer esto, dejó que sus dedos se deslizaran lentamente por la superficie de su espalda, mientras la chica, con sus ojos cerrados, se estremecía al experimentar la sutileza demostrada por el caballero.

El deseo se respiraba en el ambiente, y tras ser liberada de aquel vestido que resultaba tan aparatoso, la chica se encontró completamente desnuda frente a su compañero. Este estaba extasiado con la figura de esta, por lo que, se tomó solo unos cuantos minutos para contemplarlo.

Sus pechos eran simétricos, de un tamaño pequeño pero apetitosos. Sus pezones rosados erectos invitaban al pecado, mientras su vientre plano y virginal pedía a gritos ser poseído.

Era un completo espectáculo, algo que debía ser contemplado con mucho detalle antes de ser degustado. Edric comenzó a caminar alrededor de la



chica con un paso muy lento, mientras su mirada se paseaba sobre la chica detallando cada línea, cada detalle y cada imperfección, las cuales podían notarse en algunos partes de su rodillas y codos.

Delilah era una chica que se había tenido que adaptar a las calles, y siempre resultaban caídas, rasguños o heridas que dejaban sus respectivas huellas que no se borrarían con el tiempo.

Edric era un hombre observador, y sabía perfectamente que una chica aristócrata no tendría estas marcas, por lo que, se despertó cierta sospecha que iba hilvanando una teoría en su mente.

Pero no era momento de juzgar o criticar, tenía frente a él a una mujer hermosa, casi perfecta y deseable, por lo que, era momento de disfrutar de aquel privilegio que le había provisto la rubia. Se acercó a ella por la espalda, colocando sus manos sobre sus hombros. La vista era perfecta, podía ver su espalda estilizada, delgada y muy bien formada.

Sus glúteos, sus muslos y sus pantorrillas se veían espectaculares desde el punto de visión de Edric. Masajea sus hombros con mucha suavidad, mientras la chica movía su cabeza de un lado al otro para disfrutar del masaje cuyo objetivo era relajarla y disminuir la tensión.

Estaba completamente desnuda, su cuerpo se mostraba como Dios la trajo al mundo frente a un hombre que apenas había conocido unas horas atrás, por lo que, Delilah se desconoce completamente.

En su cabeza comienza la construcción de una nueva personalidad, ya no es la chica callejera que lucha por sobrevivir, en ese momento es Lady Lystra, por lo que, debe comportarse como una mujer completamente diferente.

Se mueve con suavidad, con lentitud y con precisión, intentando disfrutar de un encuentro que está por llevarse a cabo y que posiblemente no olvidará jamás. Siempre ha vivido a la defensiva, ya que, el mundo ha sido realmente agresivo con esta chica.

Pero en este momento, sus escudos han caído, y Delilah está completamente decidida a entregarse a este hombre en cuerpo y alma.

Conocerá los placeres carnales, la tentación de ser poseída, el disfrute de un orgasmo intenso, el roce y la fricción de dos cuerpos ardientes, todo esto será parte del encuentro, según las expectativas de la chica.

Edric lleva sus dedos hasta el cabello de la chica, liberando el peinado de la misma, permitiendo que su cabello caiga sobre sus hombros de manera libre, mientras este masajea el cuero cabelludo y se pega al cuerpo de la chica.

Delilah puede sentir un bulto presionando contra sus glúteos, sabe perfectamente de qué se trata y lo que significa, ya que, el hombre está realmente excitado y dispuesto a darle lo que ella tanto desea, pero no es capaz de asumirlo. El sexo siempre ha sido un tema evadido por Delilah, ya que, nunca se había visto tan tentada a sucumbir a los deseos carnales.

Este hombre parece haber dejado caer un hechizo sobre ella, ya que, es imposible combatir y resistirse ante todas las tentaciones que se despierta en ella. No hace absolutamente nada para impedir los movimientos de Edric, es permisiva y se pone a completa disposición de los deseos de este.

Sabe que podría estar cometiendo un error y que podría estar en peligro, pero, aunque es un hombre oscuro y misterioso, el nivel de excitación y deseo que despierta en ella la sobrepasa.

— Tienes una espalda espectacular. — Dijo Edric mientras sus dedos se deslizan sobre ella.

Acto seguido, sus labios hacen contacto con su piel, comenzando a besarla suavemente mientras disfruta del dulce sabor de aquella piel virginal. Poco a poco sus besos van descendiendo, generando escalofríos en la chica, quien experimenta ciertos espasmos involuntarios producto de los estímulos nerviosos. Cada beso se acerca más a los glúteos de la chica, mientras las manos del caballero se posan sobre la cadera de la misma.

No hay ninguna limitación, su cuerpo está a completa disposición de Edric, quien decide besar sus glúteos y morderlos suavemente. Sus manos ahora se encuentran sobre los mulos de la chica, quien parece temblar de los nervios.

Cada beso hace que la usurpadora de 21 años gane un poco de confianza, y mientras su confianza aumenta, también aumentan los niveles de excitación. Edric ya no puede soportar, por lo que, introduce su mano derecha en el medio de sus muslos, haciendo un poco de presión para separarlos.

Los pies de Delilah se mueven unos centímetros, generando el espacio suficiente como para que la mano del caballero llegue a su entrepierna. Es la primera vez que un hombre la toca de esa manera, siente algo de pudor y vergüenza, pero aun así lo permite.

Tiene la mano del caballero justo sobre su vagina, la cual está empapada en fluidos y ardiente en temperatura. Desconoce completamente esta sensación y comienza a disfrutarlas una a una, ya que, a pesar de que siempre ha sentido curiosidad por tocarse ella misma, era algo completamente diferente que la mano de un hombre se posara sobre esta zona.

El dedo medio del caballero comienza hacerse espacio y la penetra lentamente, ante lo que, Delilah experimenta un poco de dolor. Un gemido sale de manera involuntaria, lo que demuestra claramente que está disfrutando de los estímulos del caballero.

Poco a poco el dedo comienza adentrarse mucho más, hasta meterlo hasta la base. Una vez dentro, comienza a moverlo con suavidad, mientras la chica experimenta un placer combinado con dolor que comienza a desaparecer gradualmente.

Los gemidos son continuos, y Edric se siente satisfecho ante esta reacción, ya que, esperaba un poco más de timidez por parte de Delilah. Los movimientos comienzan a hacerse un poco más precisos, introduciendo y extrayendo lentamente el dedo medio de las profundidades de la vagina de la chica.

La humedad que experimenta Delilah en su zona genital es tal, que permite la penetración de manera sencilla. El dedo está completamente lubricado, y Edric, curioso de conocer el sabor de la chica, que lo extrae y lo lleva directamente a su boca.

Se pone de pie para liberarse de su pantalón, mientras Delilah escucha lo que está ocurriendo. Puede escuchar las correas y el cinturón liberarse, sus ropas son refinadas y muy costosas, por lo que, el hombre se toma su tiempo para desvestirse.

Una vez que lo consigue, se posa nuevamente detrás de la chica, esta vez presionando su miembro erecto contra sus glúteos. Delilah no sabe qué hacer, sus manos se encuentran a un lado de su cuerpo y no tiene ni idea de cómo continuar. Edric toma una de sus muñecas y la lleva directamente hacia su miembro, mientras la chica lo sostiene con algo de seguridad.

Toma la iniciativa y se da media vuelta, encontrándose frente a frente con este hombre a quien desea más que cualquier otra cosa en el mundo. Sostiene su miembro, lo siente cálido, grueso y duro, es la primera vez que tiene pene entre sus manos, por lo que, es cuidadosa y muy sutil.

Edric la guía poco a poco y le va dando indicaciones para que esta comience a desenvolverse, finalmente, sus labios se juntan. Cuando Delilah probó los labios de Edric, sintió que estaba probando el néctar más dulce del mundo, pues este le propinó un beso tan profundo en intenso, que prácticamente le robó el alma en ese preciso instante.

La chica estaba completamente desarmada, indefensa y sin ningún tipo de oportunidad de resistirse, ya que, los niveles de excitación la superaban enormemente. Mientras frotaba el miembro del caballero, sus besos llovían de manera continua, sus lenguas entrelazaban, sus labios se succionaban, había mordidas, juegos y evasiones, por lo que, ambos parecen compenetrarse cada vez más.

La mano de Edric se posa justo sobre el clítoris de la chica, realizando suaves movimientos circulares mientras frota la zona. Sabe perfectamente cómo estimular una mujer, y Delilah es la afortunada que le ha tocado irse a la cama aquella noche con aquel sujeto.

Después de calentar los motores, ambos se dirigen directamente a la cama, recostándose suavemente mientras Edric acaricia el abdomen de la chica y sus dedos van directamente hacia los pechos. Realiza masajes suaves, mientras esta se encuentra inmóvil y a la espera de una nueva

instrucción.

Edric tiene el control absoluto de todo, por lo que, se decide a comenzar el acto. Separa un poco sus piernas y se posa sobre ella, masturbándose justo en la puerta de su vagina para comenzar a penetrarla suavemente. El rostro de Delilah expresa algo de dolor, su ceño se frunce, muerde sus labios, sus manos aprietan con fuerza las sábanas, mientras un gemido reprimido le da a entender que experimenta un dolor profundo pero soportable. Edric entra cada vez más en ella, mientras la respiración de Delilah es acelerada y los latidos de su corazón parecían retumbar en toda la habitación.

Está asustada, temerosa, pero no es capaz de detenerse en medio de aquel acto que la está convirtiendo en mujer. Ha tenido muchas experiencias en la vida, pero las últimas semanas han sido una completa locura.

Nunca imaginó, que, tras robarse aquellas manzanas, un hecho completamente aislado la llevaría a terminar en medio de esta situación. Sus manos comienzan a relajarse y decide colocarlas sobre la espalda de su compañero. Siente los Músculos tensos de Edric, quien hace un esfuerzo increíble por tratar de satisfacerlas.

Hace frío fuera, pero dentro de aquella habitación, las temperaturas se han disparado. El sudor comienza a correr por la espalda del caballero mientras la chica siente la humedad en sus dedos, este la penetra poco a poco y comienza a rebotar sobre ella.

Delilah no quiere que esto pare jamás, es un placer inexplicable que recorre todo su cuerpo y la hace sentir libre. Ni todo el dinero del mundo podría compararse con la satisfacción y gusto que experimenta en ese preciso instante, por lo que, ella también comienza a participar en el encuentro. Los movimientos de su cintura complementan los movimientos de Edric.

Las contracciones vaginales estimulan enormemente al caballero, y a pesar de que esta lo hace de manera involuntaria, es un acto que contribuye enormemente al placer de su compañero. La besa con calidez y humedad, mientras que, el aroma que despide solamente puede

compararse con lujuria y sexo.

Edric comienza perder el control, y cada vez le hace el amor con mucha más intensidad, su cuerpo se encuentra sobre ella, inmovilizándola y dejándola sin escape, mientras las embestidas de su miembro, la llevan poco a poco hacia este placer incontenible que la hará explotar en un orgasmo descomunal.

El caballero ha descubierto el tesoro que guardaba esta joven, la cual está llena de más misterios de los que él puede llegar a imaginar. Ambos son seres misteriosos y llenos de vivencias, las cuales aún permanecen guardadas bajo llave, debido a la inexistencia de confianza.

Delilah debe guardar su secreto de forma absoluta, ya que, siendo un hombre tan refinado y con clase, seguramente no querrá estar con ella al saber la clase de mujer que es, alguien de la calle, sin dinero y sin ningún tipo de educación, algo que no resulta atractivo para los aristócratas.

Hasta el momento, no han hablado acerca de la procedencia de Edric, quien ha sido un hombre bastante hermético que ha intentado mantenerse a raya durante las conversaciones.

Utiliza su talento para cortejar a la chica e intentar llevarla hasta el escenario en el que se encuentra ahora, pero no había revelado detalles acerca de lo que hacía y sus prácticas para ser un hombre tan poderoso.

Mientras tiene el cuerpo de la chica tan cerca, Edric decide olvidar por completo sus problemas y las dudas, simplemente se entrega al placer y disfruta de la exquisitez ofrecida por esta joven.

La vitalidad que irradia Delilah es algo sin precedentes, nunca había estado con una chica así, quien, a pesar de estar insegura y llena de miedos, le ha demostrado a Edric su completa entrega y deseo de ser su mujer sin limitaciones. El caballero comienza a acercarse al punto del clímax, mientras Delilah desconoce por completo el significado del orgasmo.

Cada vez se generan más explosiones de sensaciones en la zona genital, algo que se hace incontenible con cada segundo que pasa. Los gemidos

son cada vez más ensordecedores, pero al no haber nadie en aquel lugar, no tienen ningún tipo de pudor.

Espasmos involuntarios se generan en sus piernas, descargas eléctricas viajan por su espalda y terminan en su cuello, su cuerpo se contorsiona, grita descontroladamente y en medio de una tormenta de sensaciones y sentimientos, Delilah estalla en un orgasmo brutal que la hace cerrar sus piernas y se convierte en una especie de prensa que intenta sofocar a Edric.

Este disfruta de la reacción de la chica, lo que es un sinónimo perfecto de satisfacción y lujuria. Este, complacido por la reacción de la chica, se ve estimulado enormemente y es llevado de manera automática a una reacción similar.

Pero es un hombre que sabe lo que le gusta, y al ser un poco extremo con sus gustos, extrae su miembro desde lo más profundo de la chica y se posa justo frente a su rostro. Delilah desconoce completamente lo que está a punto de ocurrir y la naturaleza de los actos de Edric, pero este se encuentra frente a ella sacudiendo su miembro de manera salvaje justo frente a su rostro.

— Abre la boca y muéstrame tu lengua. — Ordenó el hombre.

Ella estaba allí para complacerlo, no era momento de oponerse a absolutamente nada. Edric continuó masturbándose de manera intensa, explotando en un orgasmo que llenó de sus fluidos la boca de la chica.

Delilah no sabía qué hacer, ya que, no manejaba en lo absoluto este tipo de eventos. Edric eyaculó sobre su rostro, y tras correrse de una manera salvaje, quedó completamente satisfecho tendido a un lado de la chica.

— Puedes lavar tu rostro, después ven y acuéstate a mi lado. — Dijo el caballero tras cerrar sus ojos y respirar profundamente.

## VII

Las órdenes eran precisas, y Edric sabía perfectamente lo que quería. Era un hombre decidido, firme y muy seguro de sí mismo, por lo que, una simple chica de pueblo se encontraba completamente indefensa frente a un hombre como este. Le encantaba hasta los huesos, el hombre le había hecho el amor de una manera magistral, y tras verse al espejo después de aquel encuentro, Delilah no podía reconocerse a sí misma.

Era un completo desastre, su cabello estaba completamente despeinado y su rostro estaba absolutamente barnizado de los fluidos del caballero. Lavó su rostro con el agua y no podía evitar dejar de sonreír, ya que, aquella experiencia había sido completamente una locura.

Su virginidad había sido arrebatada, pero había sido entregada completamente con absoluto gusto. Aquel hombre le había demostrado que podía tocar las nubes con sus dedos y disfrutar de un placer inigualable que solo la carne puede proveer.

No podía esperar al momento en que se repitiera toda aquella tormenta de sensaciones que explotaban justo en el momento en el que la excitación tomaba el control de su cuerpo.

Con solo cerrar sus ojos, podía recordar el cuerpo desnudo de Edric sacudiéndose sobre ella, contrayendo sus músculos, haciendo fuerza con sus brazos para mantener el equilibrio mientras sus caderas se movían de manera constante embistiéndola de una manera magistral.

La chica se toma su tiempo para asearse y volver a prepararse y estar lista para reencontrarse con su amante en la cama, pero sabe perfectamente que no debe aferrarse a esta situación, ya que, todo puede terminar en cualquier momento, pues todo se basa sobre una mentira.

Quizá sea una buena idea revelar todo y mostrarse tal cual es, pero seguramente, la reacción de Edric no será la más indicada. La chica debe mantener su mentira hasta el momento en que esta sea insostenible, y allí



deberá enfrentar las consecuencias de sus actos.

La verdadera Lystra se encuentra sepultada en un establo, mientras ella usurpa su identidad para disfrutar de lo que la original hubiese obtenido en las mismas condiciones.

Edric no es alguien que se pueda engañar con facilidad, y al parecer, el juego siempre ha estado a su favor, ya que, se siente tranquilo de haber poseído a esta joven ardiente que le ha demostrado que la vitalidad y juventud siempre son una buena combinación en la cama.

Con 28 años de edad, el acaudalado millonario se proyecta como un hombre poderoso y audaz, con un talento increíble para conquistar a las mujeres y dominarlas a su gusto.

Aunque puede tener a cualquier mujer de Londres, se ha obsesionado con Delilah, y tampoco puede resistir la necesidad de volver a tenerla entre sus brazos y sentir su tersa piel rozando la suya.

Los gemidos de Delilah han quedado fijados en su mente, los puede escuchar casi constantemente con solo hacer un pequeño esfuerzo. La experiencia lo ha sobrepasado, y ha quedado completamente satisfecho de haber conocido a esta rubia.

Pero la cantidad de incongruencias que se han generado desde el momento en que se han conocido, le han dejado una gran cantidad de cabos sueltos que debe atar en cualquier momento. Edric no es un hombre que puede engañarse, vive de lidiar con tramposos, estafadores y hombres de la peor calaña, por lo que, una simple chica no será alguien que le genere dolores de cabeza.

Tras salir del cuarto de baño, la chica camina desnuda directamente hacia la cama, convirtiéndose en un completo espectáculo para el caballero que yace tendido completamente desnudo cubriendo únicamente su zona genital con una delgada sábana de seda blanca.

— ¿Cómo te sientes? ¿Te encuentras bien? — Preguntó Edric al ver el rostro agotamiento de la chica.

— Necesito dormir. Estoy agotada. — Dijo la chica mientras entraba a la

cama y tomaba una sábana para cubrirse.

— Ven a mis brazos, quiero tenerte cerca de mí el resto de la noche. —  
Dijo Edric mientras hacía espacio para abrazar a la chica.

La joven se acercó a él y al sentir el cuerpo del hombre arropándola, se sintió protegida y segura, pero esto no podía ser una acción a la que se debía acostumbrar, ya que, esto aparentaba ser algo pasajero.

El resto de la noche permanecieron en la misma posición, Delilah no tenía valor para separarse de él y este sentía una sensación muy gratificante al escuchar la respiración de la chica tan cerca de él. Sentir como su corazón latía y prácticamente se sincronizaba con el de él, lo hizo relajarse a tal punto que se quedó profundamente dormido.

Delilah y Edric se habían quedado prácticamente inconscientes hasta la mañana siguiente, ninguno de los dos podía recordar cuando había sido la última vez que habían descansado de una manera tan efectiva. Se levantaron completamente descansados y relajados, dándose un beso de buenos días que marcó el inicio de algo que era completamente inesperado para los dos.

Se habían conectado de una forma mucho más intensa de lo que esperaban, para Edric, todo había iniciado como un simple objetivo de llevar a la cama a esta inexperta chica, quien se había mostrado como miembro de la realeza, pero ciertos comportamientos habían delatado su verdadera naturaleza.

Edric estaba completamente decidido a destapar toda la mentira que se hallaba detrás de la historia que había contado la aparente Lady Lystra, quien debía ser alguien más, ya que, el propio Edric está vinculado con la familia de esta chica, y aunque había guardado en secreto su conocimiento de la verdadera Lystra, algo muy turbio estaba a punto de destaparse.

Si quería conseguir algo más de acción con esta chica, debía guardar silencio un poco más, y saber manejar la situación para determinar hasta donde era capaz de llegar esta ardiente chica para mantener su mentira.

— ¿Te gustaría pasear por el lago en bote? — Preguntó Edric.

Acariciaba el cabello de la chica, quien aún le costaba abrir los ojos debido a la gran iluminación que entraba en la habitación. Un gran ventanal se encontraba frente a ellos y el paisaje era absolutamente hermoso, era temprano en la mañana y era ideal para salir a despejar su mente, algo que era necesario para ambos.

— No tengo más ropa. Mis únicas vestiduras no son apropiadas para esa actividad. ¿Se te ocurre otra cosa?

— Me subestimas demasiado, Lystra. Puedes encontrar vestidos acordes en el armario, siempre estoy preparado. — Respondió Edric mientras salía de la cama completamente desnudo.

Había una gran cantidad de vino y confusión durante la noche anterior, por lo que, la oscuridad y la adrenalina no habían permitido que Delilah disfrutara por completo el espectáculo de hombre que la había poseído.

Al ver a Edric salir de la cama completamente desnudo y detallar sus formas y detalles, quedó completamente impresionada ante las dimensiones de su miembro y la perfección de sus músculos.

— ¿Por qué me ves de esa forma? — Preguntó Edric de forma curiosa.

Delilah no pudo evitar sonrojarse, ya que, su mirada estaba fija en su miembro, que, a pesar, de estar flácido, mostraba unas dimensiones impresionantes. No podía creer que se había devorado a aquel sujeto durante la noche, y aunque su desempeño había sido bastante pobre debido a la inexperiencia, sentía un gran apetito aún despierto por seguir conociendo más de su sexualidad.

— No te avergüences, puedes ver cuanto quieras. A fin de cuentas, solo estamos tú y yo en este lugar. — Dijo el hombre mientras se acercaba a la chica y besaba sus labios.

Edric se dio media vuelta y caminó directamente hacia el cuarto de baño, era el momento de asearse y alistarse, dándole tiempo a la chica para que esta se preparara para la salida matutina.

Después de unos 40 minutos, ambos caminaban juntos directamente hacia

un pequeño muelle donde se encontraba anclada una pequeña barcaza que era utilizada para dar paseos en el lago, el cual era un lugar completamente silencioso y tranquilo.

La chica subió al bote con la ayuda de Edric, quien sostuvo su mano hasta estar completamente seguro de que la chica se encontraba bien. Después de estabilizarse y sentarse, la chica como su vestido de lino floreado y su sombrero de color beige, el cual había tomado del armario indicado por Edric. Posteriormente, el caballero subió al bote también y se sitúa justo detrás de la chica, tomando el par de remos para comenzar a moverse hacia el centro del lago.

Los movimientos eran constantes y suaves, dándole la posibilidad de moverse hacia lugares desconocidos que explorar para la chica. Estaba completamente extasiada y encantada de lo que estaba viviendo, nuevamente se había desconectado de su vida llena de tragedia y necesidad, compartiendo con un hombre espectacular que la trataba como una dama.

Delilah no se imaginaba si había posibilidades de haber conseguido esto siendo una chica corriente y pueblerina, al hacerse pasar por una aristócrata, había accedido a un hombre espectacular a quien seguramente debería engañar por mucho tiempo para mantenerlo a su lado.

Pero lo que no sabía Delilah era que este hombre no necesitaba a una millonaria a su lado, lo único que deseaba Edric era una compañera que pudiese entender todos sus ángulos.

Hasta ahora, la chica simplemente conocía una faceta de este hombre, quien se había mostrado completamente caballeroso, comprensivo y atento. Pero había algo mucho más oscuro que se ocultaba detrás de un rostro perfecto y perfilado, blanco y con una mirada oscura y misteriosa.

Periódicamente, Delilah volteaba para encontrarse con la mirada de Edric, quien sonreía de forma agradable al saber que la chica estaba disfrutando del paseo. La brisa golpeaba su rostro, el cantar de las aves la relajaba, y al ver el reflejo de la luz solar sobre el lago, la chica se desconectaba completamente de todos sus problemas.

De pronto, comenzó a creerse ella misma la propia Lady Lystra, estaba experimentando el fenómeno de comenzar a creerse sus propias mentiras, ya que, esta era la vida que ella consideraba que se merecía.

Se había esforzado enormemente por conseguir éxito, pero la necesidad, la pobreza y la enfermedad la rodeaban constantemente sembrándola en una tierra infértil y desolada donde siempre terminaba en el mismo punto llena de desesperación y desesperanza.

Encontrarse ahí acompañada de un hombre increíble, atractivo y rodeada de tanta paz, la hacía pensar en que no quería volver a aquella vida, pero la mentira la volvería a hundir, por lo que, comienza a trazar diferentes teorías en su cabeza de cómo podría salir de aquella situación sin lastimar a Edric y sin perder lo que ha conseguido.

— Eres muy hermosa, Lystra. ¿Como podría una mujer como tú quedarse a mi lado? — Preguntó Edric.

— No todo lo que ves es lo que parece, Edric. Creo que debemos conocernos un poco más para descubrir si realmente deberíamos profundizar más en esto. Me gusta tu compañía, pero no creo que estés preparado para lo que se puede venir.

— ¿A qué te refieres? Me encantas tal como eres, no necesito saber absolutamente más nada de ti. — Respondió el caballero intentando contener una verdad que posiblemente lo desestabilizaría.

Edric simplemente sospechaba que algo no andaba bien, pero ante la inminente posibilidad de encontrarse frente a una situación completamente extraña e irregular, decidió disfrutar de un encuentro más que rompía con los esquemas de lo que usualmente estaba acostumbrado.

— Tu belleza me cautiva y me desarma absolutamente. Con solo ver tu cabello y tu espalda desde donde estoy, no tienes la menor idea de la enorme excitación que despiertas en mí.

— Dime más... — Dijo la chica.

— No puedo dejar de recordar tus gemidos y la forma en que jadeabas anoche mientras te follaba. Créeme cuando te digo que ha sido una de mis

mejores experiencias en la cama. — Acotó el hombre.

— Sigue hablando. — Dijo la chica.

La simple voz de Edric resultaba bastante estimulante para la chica, quien separó sus piernas de manera disimulada, e intentando no despertar la atención del caballero, llevó su mano discretamente hacia su entrepierna.

Mientras este hablaba, justo a sus espaldas, la chica comenzaba a frotar su zona genital. Edric se dedicaba a decirle cosas bastante subidas de tono, describiendo con mucho detalle el sabor de su piel y lo que había sentido la última noche mientras la penetraba.

Esto fue excitado lentamente a la chica hasta llevarla a un punto de no retorno en el cual estaba a punto de enloquecer. Esto llevó a Delilah a darse media vuelta y encontrarse justo frente a él, abriendo sus piernas para mostrar su ropa interior, mientras su mano continuaba frotando describiendo una trayectoria circular alrededor de la zona.

— ¿Te gustaría conocer mi sabor prohibido? — Dijo la chica.

— Pensé que no lo dirías. — Dijo el caballero mientras se inclinaba y dejaba a un lado los remos para comenzar a practicarle un sexo oral exquisito a la chica.

Delilah abrió sus piernas tanto como pudo, dejándolas reposar sobre los bordes del bote. Edric había conseguido una posición bastante cómoda, apartando la ropa interior de la chica a un lado para que su lengua le proporcionara todo el placer posible.

El sabor dulce de su compañera, lo excitaba enormemente, por lo que, mientras su lengua hacía la mayoría del trabajo, este se estimulaba frotando su zona genital. La intención era llevar a la hermosa rubia hasta el orgasmo, por lo que, movía su lengua con mucha intensidad para hacer perder el control a esta chica.

De nuevo, los gemidos comenzaron a hacerse presentes y protagonistas, se encontraban al aire libre, frotando sobre el agua mientras la chica disfrutaba de un placer incomparable.

Acariciaba el cabello de Edric mientras este introducía su lengua en lo

más profundo que podía de su vagina, para posteriormente dirigirse hacia su clítoris y lamerlo con mucha intensidad con la parte más ancha de su lengua.

Con cada lamida, humedecía más a su acompañante, lo que la dejaba sin demasiadas herramientas para poder responder. Los mismos espasmos que se habían llevado a cabo la noche anterior, comenzaban a hacerse presentes, lo que generaba pequeños gritos y jadeos por parte de la chica.

Edric había extraído su miembro y lo masturbaba con mucha intensidad, estaba completamente erecto y sólido, listo para penetrarla, pero el pequeño espacio del bote no le permitía moverse con fluidez.

Era preferible permanecer en aquella posición, ya que, algún movimiento brusco e inadecuado podría generar que inevitablemente se volcaran y cayeran al lago. Antes de arriesgarse y arruinar por completo aquella cita, Edric continúa estimulando la chica, quien se desinhibió absolutamente y comenzó a gemir de manera estruendosa.

Esto despertaba todos los sentidos más primitivos de la sexualidad de Edric, quien no se detenía ni un segundo para respirar. Delilah estaba a punto de explotar, sus piernas temblaban, algunas gotas de sudor corrían por su frente y mordía sus labios para contener la gran cantidad de estímulos que le iban a generar una gran cantidad de gemidos.

— Córrete en mi boca, hazlo ya. — Susurró Edric mientras apretaba los muslos de la chica.

Era incontenible, ya el orgasmo estaba por hacerse presente y la chica no podía soportar más. Se sube toda la cabeza de Edric y la presionó contra su genital, algo que prácticamente lo sofoca.

El orgasmo fue intenso, dejando salir una gran cantidad de fluidos que fueron devorados por el caballero. Edric volvió a su lugar y continúa masturbándose justo frente a la chica, quien veía con mucho placer lo que hacía el hombre.

— Ven aquí, quiero que hagas lo mismo que hecho por ti. — Dijo Edric mientras toma una posición cómoda con su miembro expuesto.

— Pero yo no sé... No sé cómo hacerlo. — Respondió Delilah.

— Solo ven y hazlo, no espero que lo hagas como una profesional. Solo quiero follar tu boca. — Dijo Edric.

La chica se inclinó y se colocó justo frente a él, obedeciendo las instrucciones de su anfitrión, quien introdujo su pene dentro de la boca de la chica. Inicialmente los movimientos eran suaves y discretos.

Delilah simplemente lo introducía un par de centímetros y el resto del trabajo lo intentaba hacer con la lengua. Lamía el tronco de su pene, y periódicamente llegaba hasta los testículos, mientras su delicada mano masturbaba el pene, llevando a Edric hacia un orgasmo similar al del día anterior.

— Descubre tus pechos, quiero verlos. — Dijo Edric.

La chica descubrió la zona para mostrar sus pezones, masajeó un poco sus delicados senos antes de continuar la felación, moviendo su cabeza con mucha precisión para estimular a su compañero.

Edric disfrutaba del cuerpo de la chica, y a pesar de que esta era completamente inexperta en la práctica del sexo oral, estaba completamente satisfecho del placer que estaba recibiendo.

Se inclinó para complacer a la joven, mientras esta mantenía su miembro en la boca, este llevó su mano directamente hacia sus glúteos, los apretó con mucha fuerza y le propinó un par de nalgadas.

Estaba encorvado mientras la chica tenía el miembro de este metido hasta lo más profundo de su boca, algo que le generaba algo de náuseas, pero la soportaba con mucha solidez.

— ¿Te gusta lo que haces? Chúpalo así, justo así... — Ordenó Edric.

La chica obedecía como una niña buena, mientras la mano del caballero se paseaba por sus glúteos y comenzaba a estimularla. De nuevo había iniciado los motores más ardientes de Delilah, ya que, con solo sentir el calor de la mano del caballero sobre su vagina, la chica podía experimentar un placer incomparable. Sintió como dos de los dedos del caballero introdujeron en ella, mientras esta daba lo mejor de sí para



complacer a su compañero.

Una explosión se llevó a cabo dentro de la boca de la chica sin ningún tipo de aviso, ante lo que, al no saber qué hacer, se vio obligada a ingerir el fluido seminal expulsado por Edric.

— Eso es, cómelo todo... Este ha sido el postre. — Dijo el caballero tras sostener el rostro de la chica entre sus manos.

Lamió la mejilla de la chica y la llevó nuevamente a su lugar. Era momento de continuar con el paseo.

## VIII

Tras volver a la ciudad, Delilah y Edric debían enfrentar a sus realidades, ya que, una vez que la chica revelara que no tenía ningún vínculo con la alta sociedad, posiblemente todas sus ilusiones y esperanzas de tener una relación estable con este caballero se derrumbarían.

Las sorpresas apenas estaban por empezar, y ante el desconocimiento de la verdadera personalidad de Edric, la chica aún experimentaba una gran cantidad de dudas e incertidumbre. El comportamiento de este caballero había sido completamente normal, y tras el regreso a la ciudad, nada había cambiado.

Pero Edric no seguiría participando en este juego de mentiras donde absolutamente nada concordaba, ya que, nadie como él sabía perfectamente que la mentira de esta chica estaba estructurada desde la base.

La última noche habían acordado una cena juntos tras regresar a la ciudad, por lo que, habían pasado todo el día encerrados en un hotel antes de su romántico encuentro. Edric había comprado vestido para la chica, quien podía costearse, según ella misma, sus propios gastos.

Le había regalado un vestido elegante y muy costoso, mientras que, sus zapatos y joyería también habían corrido por cuenta del enamorado sujeto. Edric había llegado al punto de obsesionarse con la chica, por lo que, esta relación basada sobre la mentira, estaba amenazada con desaparecer muy pronto si ninguno de los dos se mostraba tal cual era.

Delilah no sospechaba nada, desconocía totalmente que este caballero estaba a punto de ponerla en evidencia e intentar confrontarla para obtener toda la verdad de lo que había pasado.

La hora de la cena finalmente ha llegado, y ambos se sientan a la mesa esperando que llegue el sirviente con los platillos que han ordenado.

— La ropa que comprado para ti luce espectacular. Eres un sueño de mujer, Lystra. — Dijo Edric mientras levantaba su copa para brindar.

— Estoy muy agradecida contigo, tú también te has portado muy bien conmigo, estos días han sido los mejores de mi vida.

— Solo tengo algo que preguntarte...

— Dime, soy toda oídos.

En la mente de la chica surgieron una gran cantidad de posibilidades de preguntas que estaban por surgir de parte de Edric, ya que, este se había mostrado muy entusiasmado en ella durante los últimos días.

Si las cosas salían como ella las había planeado, Edric ya no podría soportar más la tentación de revelar su amor e intentar comprometerse con ella, pero las cosas estaban muy lejos de salir como esperaba Delilah.

— ¿Cómo es que terminaste con el vestido de Lady Lystra? ¿O es que piensas que no me había dado cuenta? — Dijo Edric.

Esto dejó a la chica sin una sola palabra que decir, ya que, este caballero le había hecho una pregunta acerca de algo que era imposible que conociera.

— ¿De que hablas? Yo soy Lady Lystra. ¿Por qué dices eso? — Preguntó.

— Es imposible que tú seas Lady Lystra, ya que, ese vestido que llevabas ese día fue un regalo que yo mismo hice para ella. La conocí personalmente y, aunque no debería decirte esto... Yo mismo mandé a asesinar a esa mujer. Me extrañó enormemente tu parecido, algo que me dejó completamente impactado, pero rápidamente pude descubrir que eras alguien intentando usurpar su lugar. No somos muy diferentes, somos personas de la misma calaña.

Delilah mantenía una sonrisa bastante nerviosa en su rostro, ya que, no sabía si las palabras que estaba escuchando eran ciertas o se trataba de una broma por parte de Edric. Asumía que tarde o temprano este hombre diría que todo se trataba de un juego de mal gusto y continuarían con la cena de forma normal, pero aún el caballero seguía esperando una respuesta por parte de Delilah

— Quiero que me digas tu verdadero nombre y me expliques qué es lo que está pasando. Creo que no hay nadie más que pueda decirme con

precisión todo lo que ha ocurrido desde la desaparición de Sebastián.

— ¿Conoces a Sebastián? — Preguntó Delilah mientras sus manos comenzaban a temblar ante la gran cantidad de miedo que sentía.

Todo lo que había conocido hasta el momento acerca de Edric era una completa farsa, o al menos no era lo que ella esperaba. Era un hombre completamente distinto a lo que ella se había proyectado, por lo que, era momento de enfrentar la dura realidad a la que estaba acostumbrada a padecer constantemente.

— Creo que hay un malentendido, Edric. Es mejor que me vaya...

— Te sentarás en este preciso instante y me explicarás qué es todo lo que está pasando... Como sea que te llames... No eres Lady Lystra, eres una usurpadora con un parecido impresionante, pero tenemos que terminar con esta farsa justo ahora.

Delilah intentó ponerse de pie y salir rápidamente del restaurante, pero Edric sostuvo su muñeca y la obligó a sentarse de manera instantánea. No tenía demasiadas salidas, ya que, este hombre sabía perfectamente que la chica había usurpado la identidad de una importante miembro de la alta sociedad inglesa, por lo que, si la exponía, las consecuencias serían terribles.

Era el momento de poner sobre la mesa todas las cartas, ya que, Delilah estaba en desventaja, pero Edric había cometido el error de aceptar abiertamente que este había sido quien había ordenado la muerte de Lady Lystra original.

— Tienes razón, mi nombre verdadero es Delilah, y por encontrarme en el lugar equivocado en el momento incorrecto, me vi involucrada en todo esto. No sé qué quieres de mí, ni qué pretendes con tus amenazas o tu intimidación, pero no quiero estar involucrada en problemas. — Dijo la chica.

— En ningún momento te he intimidado o he intentado amenazarte. Solo quiero que sepas que conozco lo que está pasando, por lo menos parcialmente. Comienza a hablar. — Dijo Edric.

— Antes de contarte todo lo que ha pasado, necesito saber cuál es tu vínculo con Sebastián. Todo lo que ha ocurrido desde entonces está vinculado a él y existen cosas terribles de las cuales no me siento orgullosa y que, al momento de exponértelas, seguramente no reaccionarás de la mejor manera.

— Estoy involucrado con algo que no es fácil de procesar. Pero me gustas, y quiero permanecer a tu lado. Sé que te he mentado, o al menos no he sido completamente sincero contigo. Te prometo ser completamente claro si haces lo mismo conmigo.

— Sebastián intentó asesinarme, y por esto tuve que defenderme y todo terminó de manera caótica, tuve que matarlo.

La impresión en Edric fue muy evidente, ya que, siempre pensó que aquel sujeto simplemente había huido, traicionándolo completamente.

— ¿Muerto, dices? Eso es algo que no me había imaginado... ¿Así que eres una asesina? — Preguntó.

— Te repito que lo hice en defensa propia, no me considero una asesina, soy una sobreviviente. — Dijo Delilah con mucha firmeza.

— Puedes decir lo que quieras, pero para mí eres solo una asesina. Pero te reitero mi interés en permanecer a tu lado, eso es algo que no me interesa, al menos no más que quedarme a tu lado.

— ¿Tú eres un asesino? Has dicho que tú mismo mandaste a asesinar a Lady Sofia, pero ¿Por qué?

— Mis negocios van mucho más allá de interés que puedas comprender. El padre de esa mujer es un influyente hombre activista que va en contra de la trata de blancas. El plan inicial era darle un duro golpe al desaparecer a su hija, pero después el plan cambió y decidimos asesinarla.

— Eres un monstruo, Edric. ¿Cómo puedes decir algo así de una forma tan fría?

— Son solo negocios, Delilah. Detrás de esto hay una gran cantidad de dinero inimaginable que jamás llegarías a ganar, ni que trabajarías toda una vida.

Delilah observa a su alrededor y busca una salida cercana, pero está sentada frente a un criminal, alguien a quien no conoce del todo y no quiere terminar muerta. Pero justo en el momento en el que cree que sus oportunidades son absolutamente nulas, la chica decide hacer un movimiento muy astuto, fingiendo un desmayo para hacer que todos se congreguen cerca de ella.

La chica se desploma abruptamente al suelo y finge estar inconsciente, ante lo que, todos en el lugar se alarman para intentar ayudarla. Delilah ha tomado la decisión de exponerse y hundir junto con ella a este sujeto que de alguna forma ya ha confesado su vínculo con importantes desapariciones y crímenes de la ciudad.

Tras ser trasladada a un hospital cercano, Delilah exige ver a la policía. El hombre con el que siempre soñó no resultó ser lo que parecía. Sebastián era simplemente uno de sus testafierros y actuaba como un cazador de chicas frágiles que después eran vendidas a importantes millonarios de Inglaterra como esclavas sexuales.

Edric se había enamorado de la chica, pero sus crímenes no podían quedar impunes, así que la propia chica había decidido declarar todo lo que había sucedido con lujo de detalles. Su libertad fue negociada bajo ciertas condiciones muy específicas, pero Edric fue aprehendido inmediatamente para iniciar las investigaciones.

La última vez que vio a Edric fue durante su juicio, donde se le sentenciaría a 30 años de cárcel. Aun y cuando era un verdadero monstruo temible, mientras se encontraba en el estrado declarando, aun sentía un enorme deseo por él, pero de forma indirecta, Edric casi fue el responsable de su asesinato, se había enamorado de un monstruo.

# Entregada a los Bárbaros

## *Sumisa y Esclava de los Salvajes*

No pertenezco a ningún lugar, soy de todas las partes, de todos los reinos, de cada rincón en el cual he puesto mis pies. A mi corta edad de 18 años he recorrido tantos lugares, pueblos lejanos en la alta montaña donde crecen las más grandes peras, tierras calientes llenas de arena donde el aire huele a especias.

Esa es la vida de un feriante, ir de pueblo en pueblo, de reino en reino, comprando y vendiendo los mejores productos. Mi padre era el mejor de su clase, siempre lograba conseguir los mejores precios y sus clientes le tenían gran estima, desde muy pequeña aprendí el lenguaje de varias regiones, así como el lenguaje de los números y el lenguaje corporal de las personas.

Era sencillo saber cuando alguien deseaba realmente un reloj, o una alfombra persa, sus ojos tenían un brillo particular, y ese era el momento en el que mi padre ofrecía una cifra alta, siempre insinuando que era una gran oferta.

Una mañana llegamos al reino de Lathros para la Gran Feria de Primavera, era la primera vez que íbamos a ese lugar. Siempre me emocionaba conocer un sitio nuevo, aprender de una nueva cultura, probar platillos típicos o pasear por las calles empedradas.

Llegamos antes de que amaneciera al centro del pueblo, donde se llevaría a cabo la feria, muchos de los feriantes ya nos conocíamos los unos a los otros, mi padre era el famoso señor Farwack. Mi padre se distinguía del resto de los feriantes por sus brillantes anteojos, era un hombre culto, experto en matemáticas, geografía y en cualquier cosa, era un amante de los libros y un coleccionista empedernido.

Sus antigüedades eran objetos apreciados hasta por la realeza. Teníamos suficiente dinero para establecernos en algún lugar y vivir de una tienda, pero mi padre siempre fue un aventurero y su espíritu viajero nunca lo permitió quedarse en un solo sitio.

Los feriantes que traían especias y granos exóticos eran amigos nuestros desde hace muchos años, Shiva, el chico más joven de la familia siempre sonreía al verme, era de piel morena y de ojos rasgados, era delgado pero sus brazos se habían vuelto gruesos y fuertes de tanto cargar pesados sacos de alimentos. La última vez que lo vi me pareció otro niño más de su familia, pero ahora se había convertido en un joven alto y atractivo.

—Buenos días señor Farwack —saludó a mi padre con educación—, bueno días... Señorita Alessa —dijo con timidez, vi cómo se formaban dos hoyuelos en sus mejillas.

—Buenos días jovencito ¿Qué le puedo ofrecer esta mañana?

Shiva todavía tenía esa sonrisa mientras me veía atontado.

—Joven... ¿Estaba buscando algo o solo pasó a saludar?

—Oh, disculpe. Mi madre necesita una nueva lámpara de aceite

—Alessa, por favor tráeme la lámpara de aceite dorada —dijo mi padre.

Entré a la tienda. Yo siempre solía estar adentro, donde nadie me podría ver, organizando las antigüedades o limpiándoles el polvo, rara vez mi padre dejaba que saliera a hablar con los clientes, solo cuando él tenía algún asunto que atender. Volví con la lámpara, mi padre hablaba con Shiva pero en un tono juicioso.

—Aquí está la lámpara padre.

—Gracias ¿Cuál es su precio? —me preguntó Shiva.

Mi padre estaba a punto de decir el precio, pero yo me adelanté.

—20 monedas de oro... Y un kilo de tus mejores garbanzos.

Shiva sonrió, el precio era elevado pero yo estaba usando mi mejor sonrisa para tratar de convencerlo.

—Está bien, ya vuelvo por los garbanzos —dejó caer la pequeña bolsa con las monedas en mi mano y se fue sonriéndome.

—¡Buen trabajo Alessa! Haz conseguido un trato fenomenal.

—Estoy aprendiendo del mejor.

Mi padre me sonrió y me dio una palmada en el hombro, vi a Shiva sonreírme desde la tienda de especias, ese chico definitivamente estaba enamorado de mí.

Los lugareños empezaron a acercarse a la feria, todos veían con asombros los objetos de mi padre, me gustaba detallar a los hombres de este pueblo, un caballero le compró un reloj de pared a mi padre, era alto y corpulento con el cabello largo y unos ojos azules, tenía el rostro afeitado con una ligera sombra de barba.

Sus ojos se paseaban por todos los adornos de la tienda, pero siempre se detenían en mí, pero cuando nuestras miradas se chocaban, él la esquivaba. Mientras mi padre embalaba el reloj yo me acerqué al comprador.

—¿Hay algo más que le llame la atención? —señalé los jarrones chinos de porcelana que teníamos en una mesa.

—Lo único que me llama la atención eres tú —dijo el hombre mirándome fijo a los ojos.

Se acercó lentamente a mí, sus palabras tenían un tono sobrio que me causaba escalofríos, nunca había estado tan cerca de otro hombre que no fuera mi padre. Él subió su mano y acarició un mechón de mi cabello, yo permanecí inmóvil. En eso, mi padre volvió con el reloj.

—Su reloj ya está embalado caballero.

El hombre se apartó de mí sutilmente, como si no estuviese pasando nada.

—Muchas gracias señor Farwack —se retiró sin quitarme los ojos de encima.



Por primera vez me sentía amenazada, pero había algo que me atraía de todo el misterio de los hombres, sobre todo de aquellos con grandes brazos y cuerpos robustos que parecían ser rudos y muy masculinos.

—Alessa, ven aquí un momento—dijo mi padre—. Alessa, te prohíbo que vuelvas a hablar a solas con un cliente.

—¿Por qué padre? No lo entiendo, no es justo ¿Cómo aprenderé a ser una comerciante?

—No discutiré del tema contigo, lo hago por tu bien, desde ahora te quedarás adentro con las antigüedades.

Bajé la cabeza en señal de resignación, entendía su decisión pero no me parecía justa. Quizás solo tenía miedo de que terminara siendo mejor que él y que me apoderara de su negocio, aunque eso tarde o temprano ocurriría, claro, cuando yo estuviese a cargo, dejaría las ferias y me convertiría en decoradora real, viajaría de palacio en palacio con encargos para reyes y reinas.

Con las más finas pieles de animal, las esculturas más exóticas y los jarrones más antiguos. Aprendería la historia de cada uno de los objetos de memoria, para asombrar a la nobleza y así vivir y viajar lujosamente coleccionando las reliquias de todos los imperios. Mi padre es un viajero, un nómada, pero yo aspiraba más, yo quería ser una empresaria, aristócrata y socialité.

Deseaba colarme en el mundo de los grandes palacios con jardines de hasta 100 acres, de las fiestas de banquetes y obras de teatro y óperas. Así podría conocer hombres de estatus y de buen porte, quizás hasta podría colarme en la cama de algún príncipe. Aunque disfrutara de la vida de un feriante, yo tenía aspiraciones más grandes. Pero por ahora debía esperar y obedecer ¿O no debía?

El día avanzaba y la tarde de la primera soplaba una brisa caliente, el sol resplandecía entre las rocas brillantes de la calle. Pude ver a Shiva quitándose la camisa como acostumbraba la gente de su pueblo cuando hacía calor. Su piel era del color de la canela y tenía unos abdominales definidos por los que corría su sudor.

Me sonrojé al verlo sin camisa, pero era un paisaje que no me desagradaba en absoluto de ver. Caminé hasta su tienda, los olores exóticos invadieron mi nariz, era una combinación de anís con cúrcuma que me encantaba y me recordaba al caótico mercado persa. Cerré los ojos y aspiré toda la magia de las especias.

Cuando los abrí Shiva estaba frente a mí, el olor de su piel se mezcló con el de todas las hierbas y polvos, tomó mis manos, puso algo entre ellas y las cerró.

—Un pequeño regalo para la chica más hermosa de toda la feria —susurró Shiva en mi oído.

Abrí las manos y descubrí un bombón de chocolate, le di una mordida, su sabor era algo que nunca había probado, era picante y a la vez dulce con un toque de amargo. Solté un sonido de placer sin querer.

—Gracias Shiva, es delicioso—le dije.

—¿Y cómo van las ventas por allá?

—Ya sabes, como siempre... Mi padre tiene una gran habilidad para convencer a las personas.

—¿Crees que tu padre necesite de tu ayuda en este momento?

Voltee a mirarlo, hacía una demostración de un caleidoscopio a un grupo de señoras. Ellas se veían sorprendidas al descubrir los colores y las ilusiones que creaba el pequeño artefacto.

—No, parece estar yéndole muy bien sin mí.

—Porque quería mostrarte un río que he encontrado cerca de aquí hace un rato. Es un lugar hermoso ¿Quisieras acompañarme?

—Me encantaría.

—¿Pero no deberías avisarle a tu padre antes? No me quiero meter en problemas con él.

—Tranquilo, ya tengo 18 años, soy lo suficiente mayor para ir sola a donde yo quiera.

Caminamos por el bosque adyacente a la plaza, dejando atrás todo el bullicio de la feria, era un bosque de altos abedules que dejaban que la luz del sol se colara entre las ramas creando hilos dorados que chocaban contra mi rostro y contra el torso desnudo de Shiva, el aire estaba húmedo, me sentía acalorada en mi vestido, no podía esperar a llegar al río para zambullirme en el agua.

De repente entre el silencio del bosque empezó a escucharse unos pasos, como si algún animal corriera entre los arbustos. Podría ser un jabalí o quizás un puma, no quería parecer asustada, Shiva ni siquiera notaba el ruido, pero cada vez se acercaba más hasta que una figura saltó de los arbustos hasta nosotros. Grité de miedo. Pero resultó ser un niño que jugaba escondite en el bosque con sus amigos.

Sin darme cuenta estaba aferrada a Shiva, este comenzó a reírse de mí.

—Vaya Alessa ¡Te dieron un buen susto esos chicos! —dijo entre risas.

—Ya lo creo.

Nos quedamos un momento riéndonos de la situación, yo seguía abrazada a él, a su pecho descubierto, de repente nos invadió un silencio. Nos miramos, sus ojos rasgados contenían una mirada dulce y ligera, su rostro era liso y su sonrisa brillante, jamás me había detenido a admirar los rasgos de su cara, pero Shiva era guapo en una forma única. Seguro estaba sonrojándome, bajé la vista en señal de pena y seguimos caminando.

El río estaba a unos pasos, los niños que nos asustaron hace un rato ahora jugaban en el agua, era un pequeño río de agua cristalina donde se reflejaba el sol. Sin dudarlos dos veces me quité mi vestido y quedé en ropa interior para darme un clavado en el agua.

—¡Ven aquí Shiva! El agua está deliciosa—le dije mientras nadaba y me sumergía.

Él se quitó su pantalón, para quedarse en ropa interior. Me sonrojé al verlo semidesnudo, cuando entró al agua, salté encima de él para intentar ahogarlo.

—¡No podrás derribarme Alessa!

Shiva salpicaba agua en mi rostro, yo me subía a su espalda y lo tomaba del cuello con una

llave de lucha.

Aunque ya éramos mayores no dejaba de divertirnos estos juegos de niños, como cuando jugábamos a orillas del Nilo en Egipto o esa vez que buscamos estrellas de mar en la costa del mediterráneo. Shiva era como el hermano que nunca tuve. Los niños se unieron a nuestro juego, cada uno se subió uno a los hombros para que lucharan.

—¡El pirata barba negra te hará caer! —le gritaba imitando la voz de un pirata.

—Ni lo sueñes pequeño bribón, se necesita más que un par de debiluchos para acabar conmigo.

Los pequeños niños forcejeaban para derribarse el uno al otro, yo tiré agua a los ojos de Shiva y le di un empujón que terminó haciéndolos caer a los dos.

—¡Victoria! —gritamos.

—Me las pagarás barba negra— dijo Shiva chapoteando en el río.

Se puso de pié y caminó hasta la orilla, yo lo seguí sigilosa y cuando estaba a punto de salirse, salté sobre él y lo hice caer al suelo.

—¿A dónde crees que vas barba azul? —le dije.

Forcejeó conmigo en la orilla arenosa del río.

—Déjame ir —dijo entre risas.

De repente mi pierna chocó contra algo que se sentía duro y resbaloso, bajé mi vista y descubrí que su ropa interior se había bajado en la lucha y su pene estaba descubierto. Me sorprendí al ver su miembro, jamás había visto tal cosa, era un pene venoso y largo. Shiva me apartó y subió su ropa interior rápidamente.

—Lo siento Alessa ¡De verdad lo siento! —dijo muy avergonzado, yo me quedé sin palabras.

Shiva se puso su pantalón y se sentó en un tronco algo alejado, yo todavía no quería irme, no era justo que un pequeño accidente arruinara nuestra diversión. Me acerqué a él, estaba cabizbajo tenía un aire de culpabilidad y vergüenza, como si hubiera hecho algo realmente malo.

—No pasó nada Shiva, fue sólo un accidente, quita esa cara de niño triste por favor.

Subió su cara y me sonrió.

—Ahora ¿Qué te parece si nos subimos a esa rama y hacemos algunos clavados?

—Es una gran idea.

Luego de varios zambullidos ya estábamos agotados y nos salimos del río, mi ropa interior estaba demasiado empapada, podían verse mis senos a través de la tela, el frío endurecía mis pezones y tenía que cubrirme con los brazos, Shiva trataba de no mirar mi cuerpo pero lo descubría mirando mis senos, seguro tenía otra erección entre sus pantalones. No podía cambiarme frente a él.

—Vuelvo en un momento, no me sigas por favor.

—Está bien.

Caminé detrás de los arbustos donde creía que no podía verme nadie, me puse de espaldar

al río y me desnudé, tenía miedo de que alguien viera mi cuerpo desnudo, pero al mismo tiempo me emocionaba pensar en los ojos rasgados de Shiva contemplando mi cuerpo, creo que muy en el fondo deseaba que se acercara sigilosamente por los matorrales y que me observara en secreto, que me admirara como a una ninfa que baila desnuda entre la naturaleza. Me vestí y volví hacia donde estaba Shiva, pero ya no estaba solo, lo acompañaba otro hombre, pero no lo distinguía de espaldas hasta que me acerqué.

—¡Padre! ¿Qué haces aquí?

—Esa pregunta debería hacértela yo a ti Alessa.

—La tarde estaba muy calurosa y decidimos venir a darnos un baño señor Farwack—dijo Shiva.

—Yo no le pregunté a usted jovencito —le dijo mi padre con un tono molesto—. Tuve que cerrar la tienda para venir a buscarlos ¡Ustedes ya no son dos niños que se pueden ir corriendo a jugar cuando les plazca! Tienen responsabilidades, ambos tienen un trabajo que cumplir.

Sabía desde el principio que esto era una mala idea, pero me dejé llevar por el momento. Ahora debía soportar el sermón de mi padre.

—Lo siento padre.

—Ella no tuvo la culpa señor Farwack, todo fue mi idea. No la vaya a castigar.

Shiva era muy estoico al asumir la responsabilidad.

—Miren chicos, entiendo que son jóvenes, que están enamorados—dijo mi padre, no entendía si lo decía como una metáfora o hablaba en serio, pero me sonrojé de inmediato—, que les aburre la feria y que prefieren pasar el tiempo juntos. Pero hay un momento para todo. Y ahora los necesitamos allá en la plaza, ya tendrán tiempo para pasear agarrados de la mano.

Definitivamente mi padre pensaba que estábamos enamorados. Ambos nos quedamos callados frente a su suposición, Shiva sí tenía todos los síntomas de un enamoramiento ¿Pero yo? ¿Enamorada de él? No podía asimilar tal cosa, de repente recordaba su mirada, sus abdominales y sus brazos musculosos, su pene rebotando en mi pierna... Puede que sí sintiera algo por Shiva más que una simple curiosidad.

De vuelta en la plaza pude ver cómo la madre de Shiva le gritaba en su lengua madre y le pegaba en la cabeza al mismo tiempo. Sentí lástima por el pobre de Shiva, quisiera correr a abrazarlo y que escapemos de nuestros padres una vez más para ir al río, a la montaña, a otro mundo.

Al día siguiente mi padre me levantó muy temprano. Tenía un vestido nuevo entre sus brazos.

—¡Alessa, levántate! Hoy es un día importante.

—Padre, es muy temprano... ¿Qué es tan importante como para despertarme a esta hora?

—Hoy iremos al palacio, le entregaré su encargo al Rey Roul.

—¿Al rey? ¿Pero cuándo te hizo ese encargo?

—Mientras tú estabas jugueteando con Shiva en el río, el rey mandó a un mensajero para hacerme

un pedido. Quiere que el jarrón del dragón de jade sea parte de las obras de arte que tiene en el palacio— Dijo mi padre mientras arreglaba su traje —, debes estar lista antes de que llegue el carruaje real que nos vendrá a buscar a las 7.

Estaba muy feliz porque mi padre había hecho un trato importante, y tendría la oportunidad de conocer al Rey y a su gran palacio, el vestido que mi padre me compró era azul marino con hermosas flores doradas bordadas. Seguro le debió haber costado mucho dinero, él vistió el mismo traje formal de siempre, se había esmerado en que yo estuviera presentable, me ayudó a peinarme y me colocó un fino perfume de rosas de damasco. Casi sentía que el encargo que había pedido el Rey era yo.

—¿Por qué me has comprado un vestido nuevo y tú llevas un traje viejo?

—Aunque sea viejo, me queda muy bien, es mi traje de la suerte.

La respuesta de mi padre era esquiva. Era claro que yo sería su arma secreta para cerrar el trato con el Rey y cobrarle un gran precio por el jarrón. Al estar distraído por mi belleza sería mucho más fácil de persuadir.

Aunque mi padre no lo admitiera, sin mí solo sería un charlatán en frente al Rey, yo sería una parte muy importante para su negocio, le daría ese aire de elegancia que necesitaba. Y por supuesto que colaboraría en su plan, sería tan encantadora como lo necesitara.

La carroza imperial llegó hasta la plaza, todos los otros feriantes nos veían sorprendidos cuando la abordamos, éramos la realeza de este pequeño mundo de vendedores ambulantes. Antes de que subiera al carruaje Shiva se acercó a saludarme

— ¿A dónde vas tan guapa?

—Al castillo, mi padre tiene un negocio con los reyes.

—Te ves más hermosa que nunca —me sonrojé en silencio — ¿Volverás esta tarde?

—No lo sé.

—Espero que vuelvas para poder llevarte a otro lugar que descubrí...

Shiva tomó mis manos, me puse nerviosa, su cabeza se acercaba a mí, tenía muchas ganas de besar sus labios.

—Alessa ¡Es tiempo de irnos!

—Adiós Shiva, nos vemos pronto.

—Adiós, hermosa...

Recorrimos todo el pueblo hasta llegar al palacio, era una construcción majestuosa de piedra rodeada por un inmenso rosal. Era la primera vez que entraba al palacio de un rey, normalmente ellos enviaban un mensaje a buscar su pedido y ahí terminaba todo. Pero la buena fama que se había creado mi padre lo llevó hasta estas instancias.

En el gran salón nos recibieron los reyes en persona. La Reina Octavia era una señora de caderas gruesas y mejillas rosada que sonreía mucho, con esa sonrisa grande e incómoda, parecía muy emocionada con el jarrón y con nuestra presencia, no dejaba de interrogar a mi padre con

preguntas sobre el imperio chino.

Por otro lado estaba el Rey Gerard estaba desinteresado, miraba a su esposa parlotear apoyando su cabeza en su mano, era un hombre mayor, con algunas canas en su cabello castaño, pero tenía ese aire de sobriedad típico de los guerreros, era atractivo de una manera madura.

—¿Y tú qué opinas del jarrón querida? —me preguntó la reina.

—El jarrón fue un regalo del emperador Ping a una pretendiente por su gran belleza, fue un regalo de compromiso. Está forjado en una combinación de oro con jade, la cual es la piedra predilecta de la cultura China —sostuve el jarrón en mis manos—, cuando la futura esposa de Ping aceptó el jarrón, él construyó un palacio entero en honor a su belleza, desde la muerte de los emperadores el jarrón ha sido regalado como un halago a la belleza de grandes mujeres.

El rey volteó a verme con interés, como si le sorprendiera mi dominio del tema.

—Entonces ya entiendo por qué está en tus manos —dijo el Rey sonriendo.

La reina lo miró confundida, yo entendí a la perfección su chiste y respondí con una sonrisa modesta. Si el Rey pensaba que yo era una simple decoración estaba equivocado, tenía todos los conocimientos y la elocuencia para codearme con los mejores.

—La belleza es, de hecho, un acuerdo cultural, es una cuestión subjetiva delimitada por el lugar y la época donde se vive, para los chinos una mujer bella era delgada, de baja estatura y con pies realmente pequeños, lo que a nuestros ojos occidentales se consideraría una niña.

—Lo siento señorita, pero su belleza trasciende cualquier cultura.

Me sonrojé, noté que mi padre estaba algo incómodo y molesto, pero no podía hacer nada al respecto, si le reclamaba algo al rey se acababa el trato, por otro lado la reina no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo.

—¿Señor Farwack, me acompañaría a ver el jardín interior? Siento que necesita un toque arabesco y estoy segura que usted puede darme buenas ideas para redecorarlo.

—Por supuesto, su majestad —dijo mi padre dubitativo, no quería dejarme sola con el rey.

La reina lo tomó por el brazo y lo llevó hasta los jardines, yo coloqué el jarrón encima de un podio de mármol, el salón quedó solo, el rey continuaba sentado en su trono viendo como me movía entre los pasillos, detallando los detalles de la columna y los hermosos cuadros que colgaban, había un silencio incómodo en todo el lugar.

Me preguntaba si el Rey me estaba observando desde su gran asiento, imaginaba sus ojos repasando mi cuerpo mientras hablaba, mi corazón se aceleraba con tales pensamientos. Sin darme cuenta me había perdido dentro del palacio, estaba en frente de una gran puerta, no sabía qué había detrás y no vi a nadie a quien preguntarle, traté de regresar entre los callados pasillos.

De repente una voz cortó el silencio.

—¿A dónde vas pequeña? — Preguntó el rey Gerard.

—¡Oh! Qué pena mi rey, me he perdido mientras seguía los cuadros y las esculturas del palacio.

—No hay problema, es un palacio grande, hasta mi esposa a veces se pierde—se rió—. Parece

que encontraste la habitación real, aquí también hay trabajos artísticos que seguro te gustaría ver.

—¿No cree que haya algún problema con la reina?

—Para nada, no eres la primera chica que entra a la habitación del rey —dijo en un tono pícaro al abrir la puerta —, adelante Alessa...

Me detuve frente al umbral, las intenciones del rey eran tan tentadoras como inquietantes, por un lado sabía que debía mantener la compostura, pero por otro, esta oportunidad no se me presentaría dos veces en la vida. Entra en la recámara de un rey... Tenía que aprovechar este momento.

Pasé a la habitación, mis ojos se deslumbraron con todo lo que vi, muebles de ébano tallados a mano con tapizado de terciopelo púrpura. La cama era de oro puro y en el cabezal había una escultura de oro templado de dos cisnes.

Del techo se desprendía un candelabro de miles de cristales. El lugar olía a una fragancia de cedros y rosas. Rosé mi mano por las sábanas, eran de seda roja, cerré los ojos de la impresión, me sentía en un ensueño.

—¿Qué te parece el lugar?

—Es un paraíso... Las sábanas, son las más suaves que he palpado.

—Aquí es donde una mujer como tú debería descansar todos los días.

El rey se acercó a mí, pude detallarlo más de cerca, era alto y de piel blanca, tenía la sombra de una barba y algunas arrugas entre sus párpados, su cara era la de un hombre con mucha experiencia, al contrario que Shiva, el rey sí sabía cómo tratarme, cómo halagarme y cómo seducirme.

—¿Bebes vino Alessa?

—Por supuesto.

—Pues te encantará este, es de nuestros viñedos, lleva 20 años añejándose.

Sirvió dos copas de cristal, el vino era pesado y oscuro, su olor era delicioso y tenía el sabor añejo perfecto, el líquido fue calentado mi cuerpo a medida que bajaba por mi garganta, me puse roja en un instante, era el efecto de los buenos vinos.

—¿Y qué tal? Por favor no me digas que el buen sabor es una cuestión de culturas...—, reímos.

—Sabe delicioso, para los vinos creo que hay una regla universal, entre más añejo mejor...

El rey me miró directo a los ojos, su mirada había conseguido esa ligereza que produce el alcohol.

—Eres tan hermosa como inteligente...

—Gracias, mi Rey.

—¿Cuáles son tus aspiraciones? Supongo que no querrás andar toda tu vida viviendo con tu padre en una tienda.

—Quisiera emprender mi propio negocio, establecerme en una ciudad, este reino parece un lugar muy acogedor.

—¿Qué dirías si te ofreciera un trabajo como decoradora real? Podrías vivir aquí en el palacio, no dormirías en esta cama, al menos que así lo quisiera, claro...

Me sonrojé, cada vez el Rey se acercaba más a mí, podía sentir su colonia, su olor a hombre inundando mis sentidos.

—Yo puedo ayudarte a cumplir todos tus sueños—me dijo al oído.

No podía ocultar mi atracción hacia este hombre, ejercía un poder sobre mi sentido común que me empujaba a cometer locuras, era tan alto, tan fuerte, tan poderoso que me sentía una pobre chica al frente de él, estaba a su merced.

—¿Te gustaría venir a vivir conmigo en el palacio?

—Me encantaría.

—Y dime ¿Qué te gustaría hacer ahora?

—Debemos volver al salón.

—Pero yo no te pregunté qué debías hacer... Sino, qué querías hacer —dijo mientras acariciaba mi cabello—. Puedo seguir mostrándote las reliquias del palacio... O puedes ir a buscarlas tú misma, con tus manos.

Tomó mis manos y las cerró entre las suyas suavemente, mi corazón latía con rapidez, solté mis manos para tomarme de las caderas. Yo puse las mías sobre su pecho

—Dime Alessa ¿Qué quieres hacer?

—Quiero que me hagas tuya, rey Julio.

Lo que acababa de decirle era increíble, un desvarío total, pero ya estaba dicho. El Rey me miró a los ojos, puso su pulgar sobre mi labio, abrí mi boca un poco para después recibir su beso.

Su boca sabía a vino y tabaco, era una combinación excitante, puso sus manos sobre mi cadera y la acercó a su cuerpo mientras su lengua exploraba toda mi boca, empecé a sudar, sus labios eran gruesos y suaves, se acoplaban perfectamente con los míos, estaba haciendo exactamente todo lo que no debía hacer, pero se sentía tan bien.

De repente estaba desnuda. El Rey Julio desató mi vestido ágilmente, fue tan rápido con sus manos que ni me di cuenta cuando me había despojado de toda mi ropa, acariciaba mis nalgas mientras me besaba el cuello, estaba tan excitada, sentía como mi vulva empezaba a humedecerse.

El Rey empujó mi cuerpo contra el suyo, sus caricias hacían que cada uno de mis poros se erizaran, sentí su pene erecto escondido entre su ropa, lo rocé con mis manos, podía sentirlo palpar entre la tela, traté de bajarle los pantalones al rey pero tomó mis manos y me detuvo.

—Dedícate a disfrutar muñeca... —me dijo y después me besó fogosamente.

Me alzó y me dejó caer en las sábanas de su cama, se sentían tan suaves al roce de mi piel, el rey era un hombre con experiencia, podía tomarme con maestría y delicadeza, yo era totalmente



suya en ese momento.

Tendida en la cama el Rey comenzó a besarme el cuello, a lo que respondí con gemidos.

—Shhhh no debes hacer ruido cariño—dijo a mi oído.

Traté de calmar mis gemidos, pero cuando su lengua rozó mis pechos no me pude controlar, sentía un cosquilleo que crecía en mi vientre esparciéndose por todo mi cuerpo. El Rey cubrió mi boca con sus manos mientras seguía lamiendo mis senos y jugando con su lengua entre mis pezones.

—Qué tetas tan deliciosas tienes—decía.

Luego el Rey fue bajando por mi estómago con su boca, dándome besos y lamidas, arquee la espalda cuando se detuvo en mi ombligo, pero lo mejor estaba por venir. Cuando el rey bajó hasta mi pubis para probar de mi vulva mojada, estrujó los labios de mi vulva para meter su lengua dentro de ella, me estremecí, toda mi piel se erizó y solté un grito de placer. Seguro alguien me había escuchado pero no me importaba ya. Su lengua se perdía en las cavidades de mi vagina, el calor invadía mi cuerpo. En eso se detuvo.

—¿Escuchaste eso? —me preguntó.

—¿Qué cosa? —dije sudada entre gemidos.

—Gerard... —se escuchó una voz a lo lejos.

Ya habían notado nuestra ausencia, me levanté rápido y me vestí, me sequé el sudor de la frente y peiné un poco mi cabello.

—Actúa como si nada hubiera pasado— me dije a mí misma.

Antes de abrir la puerta de su cuarto el Rey se acercó a mí y me besó tiernamente en la boca.

—Lo dejaremos para después Alessa.

Salimos del cuarto, volvimos al pasillo y regresamos al salón donde estaba mi padre con la Reina.

—¿Dónde estaban metidos? —Preguntó la reina.

—Le mostraba la biblioteca a la joven Alessa, su hija es una chica muy culta —le dijo a mi padre.

—Todo lo que sé lo debo a él—señalé a mi padre.

—En el palacio nos hace falta una mente joven y brillante como la de Alessa—dijo el rey

—El corazón de Alessa está en los viajes, junto a mí—dijo mi padre.

—Espero que tengan tiempo de considerar mi oferta, sería una excelente decoradora, podría entrar a la universidad y en un futuro volverse consejera real.

—No hay nada que considerar, muchas gracias su majestad, ahora nos retiraremos.

El rey se acercó a mí y besó mi mano en señal de despedida.

—Hasta pronto señorita Farwack.

Y así nos fuimos esa tarde el palacio con una gran cantidad de monedas de oro, mi padre no me habló en todo el camino de regreso a la feria.

—¿Qué te dijo la reina cuando estuvieron juntos en los jardines?

—Desea una colección de mosaicos arábigos azul celeste para el fondo de su fuente, me pidió que le encontrará lo mejor de lo mejor.

—Qué bueno, me alegra que todo haya salido bien.

Mi padre se quedó en silencio sin responderme, miraba la ventana abstraído.

—Quiero que sepas que es la última vez que te llevo a cerrar un trato.

—Pero...

—Sin peros Alessa. Ya lo he dicho.

—¿No te das cuenta que has cerrado el trato gracias a mí?

—Todo lo contrario, casi pierdo la cabeza porque tú decidiste jugar al escondite con el Rey Julio.

—Yo solo hice lo que el Rey me pidió. Además le caí muy bien, me ofreció un gran trabajo en el palacio pero tu egoísmo me lo quitó todo ¿No te das cuenta de la gran oportunidad que me acabas de arrebatar?

—¡Jajaja! ¿Tú te creíste todo ese cuento del rey? Es que cada vez me demuestras por qué no te puedo dejar sola— dijo mi padre a modo de regaño—, todo lo que te prometió el Rey era una mentira. Te tendría en el castillo para usarte como su divertimento, cuando se aburriera de ti te despediría y terminarías en la calle.

Quedé en silencio, las palabras de mi padre tenían mucho sentido ¿Cómo podría confiar en un hombre que acababa de conocer? No tenía palabras para replicarle, probablemente lo único que el Rey Julio quería era mi cuerpo, no mis conocimientos.

Pero eso no me importaba, yo también quería estar con él así fuera arriesgado, así solo quisiera usarme, yo sería la que estaría beneficiándose más de esa relación. Además, así saliera perdiendo, era mi vida y yo tenía el control sobre ella. Quería equivocarme pero quería hacerlo yo sola, quería vivir cada segundo como si fuera el último.

Cuando llegamos a la plaza todavía quedaban algunos pueblerinos recorriendo la feria, por lo que me padre decidió abrir al público, aunque con lo que habíamos ganado ya teníamos suficiente dinero como para vivir bien sin vender nada por todo un año. Estaba dentro de la tienda, limpiaba algunos objetos cuando encontré un pequeño cuaderno polvoriento.

—¡Alessa!

Escuché que alguien susurraba mi nombre desde atrás de la tienda. Me guardé el cuaderno y salí a ver quién me llamaba.

—Hola Alessa.

—Shiva, qué gusto verte.

—¿Cómo les fue en el palacio?

En mi mente solo recordaba los besos del rey bajando por mi cuerpo, lamiendo mis senos y moviéndose entre mi vulva, mi cuerpo temblaba con solo recordarlo.

—Bien, logramos hacerle una buena venta a los reyes.

—Me alegro, pero vi a tu padre hace rato y parece algo molesto.

—Tuvimos una pequeña pelea allá, tiene miedo de que le arrebate su negocio. Hasta me ha dejado castigada.

—Qué pena, quería enseñarte un lugar hermoso que encontré.

—He dicho que estoy castigada no que no pueda acompañarte —Shiva me miró confundido y después sonrió.

—No quiero que te metas en problemas de nuevo por mi culpa Alessa.

—No te preocupes, con mi padre siempre me meteré en problemas haga lo que haga.

—Está bien... Pasaré a medianoche por aquí para llevarte a ese lugar. Espero que no te duermas.

—Estaré despierta. Nos vemos hasta entonces.

Shiva se fue de mi tienda con cautela ¿A qué lugar se refería con tanta emoción? No sabía qué esperar de las sorpresas de Shiva, no sabía si después de haber estado con el rey podría ver a Shiva de la misma manera. No era justo para él que yo lo olvidase por un hombre del que no soy correspondida. Mi mente estaba realmente confundida.

Pasé el resto de la tarde recordando al rey Julio, mi rey. Seguro tenía la edad para ser mi padre, por suerte no lo era. Por suerte pude estar a solas con él y sentir sus caricias en mi cuerpo desnudo, sentir la suave seda roja de sus sábanas como si yo fuera una reina. Era la vida que deseaba.

Una vida rodeada de lujos y al lado de un buen amante. Debía descubrir la manera de volver a ese castillo para poder terminar lo que ya había empezado. Quería que el rey me desnudara una vez más y que no se limitara en hacerme suya, quería sentir su lengua explorando cada parte de mi cuerpo para luego, desnudarlo a él y devolverle todo el placer que me daría. Para después hacer el amor incansablemente hasta el amanecer.

Con solo recordarlo ya mi vulva se humedecía, no sería la misma chica después de haber estado con ese hombre, era como si mi inocencia se estuviera desvaneciendo lentamente, pero no era una pérdida del todo triste, poco a poco empezaba a descubrir sensaciones nuevas, que hacían vibrar mi cuerpo de una manera antes desconocida.

Mi piel se había vuelto más sensible a las caricias de los hombres, mis pechos se habían hinchado para volverse redondos y firmes, y mis caderas ahora tenían forma de dunas, ya era una mujer completa.

Eso era algo que mi padre no podía entender, le costaba demasiado dejarme ser libre, pero aunque me doliera debía forzarlo a que me diera mi espacio. Una forma de ser libre era casándome, aunque no me gustaba la idea, cuando un hombre pidiera mi mano, dejaría de

pertenecerle, pero esta vida de nómada me dificultaba encontrar un buen hombre, uno que alcanzara mis expectativas, la mayoría de las chicas de mi edad ya estaban casadas y muchas ya tenían hijos, en cambio yo aún era virgen. O al menos un poco virgen, pero si quería conseguir un esposo debía actuar como una puritana y sumisa, era lo que le gustaba a los chicos.

Jamás podría casarme con el Rey, mi opción más factible era Shiva, aunque por ser de una cultura diferente probablemente su familia no me aceptaría, pero... ¿Cómo lo persuadiría de casarse conmigo? Tenía que usar mis encantos y enamorarlo aún más.

Abrí el broche que mantenía al pequeño cuaderno cerrado, era un diario de hojas amarillentas, reconocí la letra de inmediato, era el diario de mi padre, pero de hace más de 30 años, cuando yo no había nacido.

Quizás en este diario encontraría la respuesta al carácter de mi padre, empecé a leerlo, las primeras páginas relataban su vida en el conservatorio y hablaba mucho de una chica llamada Rose, su primer amor, la describía pelirroja y de cabello rulo, solo podía verla los fines de semana cuando volvía a casa.

La lectura hizo que me adormeciera, y me quedé dormida sobre una hamaca. Soñé con mi padre, pero era joven y corría por los pasillos del conservatorio, coleccionaba pequeñas fotografías de exuberantes modelos con poca ropa y las vendía a sus compañeros.

De repente entró a un salón de clases y en su libreta escribía mi nombre al lado de un corazón, en mi sueño yo esperaba al joven Dylan Farwack desde la ventana de mi casa. Cuando lo veía acercarse con su uniforme pulcro mi corazón se aceleraba.

—Padre, iré a tomar el té en casa de Charlotte.

—Está bien Rose, vuelve antes de las 5.

Pero mi padre no era mi padre, sino el Rey Julio, se acercó y me tomó de la cintura, esto no era correcto pero por alguna razón se sentía como si fuera algo normal. Me dio un beso pequeño en la boca antes de que saliera por la puerta. Al encontrarme con Dylan me regaló una margarita que colocó en mi oreja y me dio un beso en la mejilla.

—Te extrañé toda la semana—me dijo.

—Yo también—le sonreí.

Pasamos la tarde tendidos en una manta sobre una colina verde, él no podía dejar de jugar con mi cabello con una sonrisa tonta.

—Quiero que seas mi esposa Rose, apenas salga del instituto nos casaremos.

Colocó el tallo de una flor en mi dedo y lo ató.

—¿Quieres casarte conmigo?

De repente su cara ya no era la de Dylan Farwack, sino la de Shiva y el aire se llenó de una fragancia de especias. Desperté asustada.

—¿Estás dormida? —me preguntó alguien.

Voltee a ver quién me hablaba, era Shiva. Ya era de noche y se había escabullido hasta mi

tienda.

—¡Shiva! Baja la voz, mi padre podría escucharte.

—Lo siento—dijo susurrando —, te quedaste dormida aunque dijiste que no lo harías.

—Es que tuve un día demasiado largo.

—¿Quieres acompañarme hasta el lugar o prefieres seguir durmiendo?

Tuve que pensarlo unos segundos, todavía estaba muy confundida por el sueño que acababa de tener, era como si estuviera viviendo una combinación de las historias de mi padre con mi vida, y todo me seguía pareciendo irreal.

—Pues ya estoy despierta... Déjame ir por mi abrigo.

Salimos de mi tienda con cautela, todo era silencioso y pacífico a esta hora en la plaza, Shiva tomó una lámpara y nos dirigimos hacia el pueblo, entramos en un bar lleno de hombres que fumaban tabaco y bebían cerveza mientras otro cantaba una canción con acordeón, era un lugar realmente ruidoso y nada agradable. Todos los hombres me veían con una inquietud que me atemorizaba por lo que Shiva me tomó del brazo para dejarles claro que yo venía con él. Me encantaba cuando era protector.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Tranquila, estamos solo de paso para llegar al lugar.

¿A qué lugar se refería? Pensaba que lo único que podía ofrecerme de este sitio era una habitación sucia donde se pagaba por hora para tener sexo. Pero me equivoqué. Shiva le dio unas monedas al cantinero y este le entregó una botella de vino en una canasta, abrió una puerta secreta por donde pasamos para descubrir un camino empedrado que subía hasta la cima de una colina.

Me dio la mano para ayudarme a subir por el camino. Cuando llegamos, podíamos ver todo el reino desde ahí, las estrellas parecían estar al alcance de nuestras manos y hasta pudimos detallar algunas galaxias.

Había luna llena, era un plato blanco y resplandeciente que adornaba el cielo estrellado. La grama era corta y perfumada, podía escuchar a los grillos entonar su armonía y las luciérnagas nos rodeaban regalándonos su espectáculo lumínico. Todo era tan romántico.

Sobre la grama había una manta gruesa, dos frazadas donde nos acobijamos juntos, me recosté sobre el pecho de Shiva, podía sentir cómo su calor me abrigaba. Abrió la botella de vino y sirvió dos copas.

—Tenemos que hacer un brindis —me dijo.

—¿Por qué quieres brindar?

—Por nuestro amor.

Me sonrojé, había pasado tanto tiempo negándolo pero Shiva era todo un romántico conmigo. Era hora de que le correspondiera.

—Salud —dije chocando las copas con él.

Cruzamos los brazos y bebimos de la copa como suelen hacerlo los occidentales cuando se casan. Nos reímos.

—¿Cómo se te ocurrió todo esto?

—Fue un poco difícil, le pregunté a cada hombre que venía a comprar a la tienda por un lugar secreto donde pudiera llevar a una mujer hermosa. Hasta que alguien me comentó de esta colina.

—Entonces no pensabas llevarme a mí en primer lugar.

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo no soy hermosa.

Lo probaba, quería ver qué respuesta me daría.

—No seas modesta Alessa, Eres la mujer más hermosa de todo este reino, del mundo entero. Tu rostro es tan precioso como el de una diosa, tus rizos castaños siempre huelen a flor, tu inteligencia te hace aún más hermosa. Eres la mujer perfecta.

Me sonrojé tanto que tuve que cubrir mi cara con la manta. Shiva acarició mi cuello haciéndome cosquillas, yo solo me hundí más en la manta. Pasamos la noche abrazados, Shiva no tenía intenciones de sobrepasarse conmigo, su amor era tan puro e inocente que sentía que no lo merecía.

—¿Cuáles son tus planes para el futuro? —le pregunté.

—Ahora mismo no lo sé, mi madre quiere que continúe con el negocio familiar, pero he pasado tanto tiempo viajando, que realmente extraño mi hogar.

—A veces siento que mi padre me sobreprotege, que quiere que sea de él para siempre, como si yo fuera otro de sus objetos... Quisiera encontrar al hombre indicado para iniciar una vida junto a él.

—Podrías tenerlo frente a ti y aún no haberte dado cuenta.

Le sonreí. Me dio un beso en la frente, yo posé mi mano en su cuello y acerqué mi rostro hacia él para darle un beso en la boca. Podía sentir su corazón latir rápido cerca del mío, probablemente era primera chica que besaba por la manera en que sus labios temblaban de la emoción encima de los míos.

Moví mi cuerpo hasta acostarme encima de él, sus manos se metieron debajo de la cobija rodeando mi cadera. Los besos se intensificaron, él probaba mis labios y nuestras lenguas se encontraron, poco a poco fue acostumbrándose a la sensación de mis besos y consiguió la soltura y el dominio que deseaba.

Nos acostamos de medio lado y subí mi pierna a su espalda, nuestras piernas se entrelazaron en un nudo, pude sentir su pene palpitando cerca de mi muslo, y recordé cómo lo descubrí por accidente esa tarde en el río.

—Alessa, no podemos hacer esto.

Dejé de besarlo.

—¿Por qué?

—Porque no es lo correcto. No te traje aquí para hacerte el amor.

—¿Entonces por qué estamos aquí en medio de la noche?

—Quería traerte a un lugar hermoso, para decirte algo.

Me levanté, estaba molesta y no entendía lo que me quería decir. Yo había accedido a acompañarlo en medio de la noche, me había abierto con él y ahora me rechazaba.

—Entonces volvamos a la plaza.

Me moví hasta el camino empedrado.

—¡Espera Alessa!—dijo Shiva intentando alcanzarme.

Me tomó por el brazo.

—¿Qué quieres ahora?

—Quiero decirte que te amo. Que eres el amor de mi vida desde que éramos niños.

Tomó mis manos y colocó algo en ellas, al abrirlas me di cuenta que era un talismán azul.

—Permíteme.

Tomó el talismán y lo colocó en mi cuello. Era un zafiro forjado en oro.

—Quiero que tengas esto como símbolo de mi amor, en mi país los hombres suelen llenar a sus esposas de joyas.

—Lo sé.

—Alessa, sé que será difícil enfrentarme a tu padre, que mi madre no aceptará una occidental como mi esposa. Pero quiero arriesgarlo todo por ti, porque tú lo vales, porque tú eres la mujer perfecta para mí.

—Oh... Shiva...

—No tengo un castillo, ni riquezas, sé que todavía me verás como un niño, pero te ofrezco mi amor sincero. Juntos podremos ser libres de nuestros padres y escribiremos nuestra propia historia juntos. Solo dime que sí, dame una oportunidad para seguir ganándome tu amor.

—Shiva, eres un chico encantador, no puedo negar que me siento muy atraída a ti.

—No tienes que responderme ahora, puedes pensarlo toda la noche, o lo que queda de ella.

—Creo que es tiempo de volver con nuestras familias.

—Cierto.

Bajamos por el camino empedrado, antes de volver a la tasca quise de alguna manera despedirme de él.

—Gracias—le dije.

—¿Por qué me agradeces?

—Por regalarme este talismán, por regalarme la noche más hermosa de mi vida, simplemente por quererme tanto aunque yo sea una tonta.

—No tienes nada que agradecerme Alessa, es lo menos que le puedo dar a la mujer más hermosa del mundo.

Nos miramos fijo entre la oscuridad débilmente iluminada por la luna y las estrellas, sin embargo el brillo de sus ojos era suficientemente luminoso. Shiva acarició mi quijada y la subió para darme un beso, fue el más dulce de los besos.

—Prométeme que no será el último beso que me darás—le dije.

—Lo prometo.

Entramos por la puerta trasera de la taberna, ya no quedaban casi hombres, y los que seguían ahí estaban tirados en el suelo o sobre las mesas, desechos por el efecto del alcohol, el cantinero limpiaba la barra mientras peleaba con un hombre que dormía encima de ella.

—¿Ya se van chicos, disfrutaron de su velada?—preguntó.

Yo bajé mi cabeza apenada.

—Sí, es un lugar muy bonito, muchas gracias.

—Puedo recomendarles una posada cómoda y sin chinches para que cierren la noche con broche de oro, si saben a qué me refiero—dijo el tabernero con una risa de por medio.

—No gracias, esta chica se merece un palacio cuando menos, y dudo mucho que usted me lo pueda ofrecer—dijo Shiva en un tono engreído, que más que molestarme me pareció gracioso, dejó caer una moneda de oro sobre la barra como propina—Hasta luego caballero.

Caminamos por la oscuridad del pueblo hasta llegar a la plaza, cuando ya se asomaba el sol en el horizonte y el cielo se llenaba de una luz azul pálido. Algunos feriantes ya empezaban a colocar sus puestos. No hubo tiempo de despedirnos, volvimos a meternos en nuestras respectivas tiendas antes de que nuestros padres se dieran cuenta de nuestra ausencia.

No podía conciliar el sueño, había tenido el día y la noche más larga de mi vida. Todo con Shiva estaba sucediendo como lo esperaba, estaba enamorado, estábamos enamorados los dos, aunque me costaba admitirlo, me encantaban sus detalles, su nivel de asombro ante el mundo y sus intenciones eran sinceras. Pero ahora que lo tenía todo al alcance de mi mano ¿Estaba lista para dar el siguiente paso?

—Hora de levantarse Alessa— dijo mi padre.

—No me siento muy bien hoy ¿Podría tomarme el día libre?

—Vamos hija, hoy es el último día de la feria y necesito tu ayuda.

—Creo que tengo alta la temperatura.

—Iré a revisarte.

Mi padre se acercó a mí, puse mi mejor rostro de enferma, colocó su mano en mi pecho para sentir mi temperatura.



—No tienes nada holgazana... Oye ¿Qué es eso que tienes en el cuello?

¡El talismán! Había olvidado quitármelo. Mi padre lo tomó y me lo quitó.

—¿Es un zafiro! En esta tienda no hay ningún zafiro. ¿Quién te ha dado esta joya?

—La compré en el puesto de la joyería justo el día que llegamos.

—¿Y por qué apenas hoy es que la descubro?

—Siempre la he llevado puesta, solo que mis vestidos la cubrían... Además, has estado tan ocupado que ni hemos pasado tiempo juntos. Podría haberme cortado el cabello y ni lo notarías con todos esos castigos que me impones—trataba de desviar la conversación hacia otro sentido— lo único que has estado haciendo es alejarte de mí.

—Lo siento hija, tienes razón, deberíamos pasar más tiempo de padre e hija. Hoy eres libre de hacer lo que quieras, ya no tienes que permanecer castigada dentro de la tienda de almacén, ni siquiera tienes que ayudarme a vender si no lo deseas, será tu día libre.

—Gracias papá.

Mi padre se incorporó y salió de mi tienda.

—Papá, antes de que te vayas... Quiero preguntarte algo.

—Dime.

—¿Cómo era mamá?

Se acercó de nuevo, me miró con benevolencia.

—Era la chica más hermosa que alguna vez conocí, sus ojos eran verdes oliva y su sonrisa siempre me hacía sentir en casa... Se parecía tanto a ti—Acarició un mechón de mi cabello.

—¿Por qué jamás me hablas de ella?

—Es muy doloroso para mí recordarla...

—Solo, quisiera sentirme más cerca de ella, ya que nunca la conocí.

—Eres su viva imagen, tan brillante, tan retadora. ¡Oh mi Eliza, cómo te extraño!

Aunque ya habían pasado 18 años de la muerte de mi madre, él todavía sentía su pérdida. Quizás esa era la razón por la que me protegía tanto de cualquier peligro y sobretodo de los demás hombres. Porque le recordaba demasiado a mi madre y todavía no estaba listo para dejar ir a la otra mujer de su vida. Pero yo no era mi madre por mucho que me pareciese a ella y no podía seguir viviendo bajo su ala.

—Padre... ¿Tú me amas?

—Te amo más que a nada en el mundo Alessa—se acercó a mí y me dio un beso en la frente— ¿Qué quieres desayunar hoy princesa?

—Un omelet estaría bien—le dije. Él me sonrió y salió de mi tienda.

Luego de unos minutos recostada me di cuenta que no podría dormir, mi cuerpo estaba

cansado y la cabeza me dolía. Tomé el desayuno y busqué a Shiva en la venta de especias, su madre me dijo que fue hasta el pueblo a comprar unas cosas y que volvería más tarde. Yo ya tenía clara mi respuesta, le diría que sí.

De repente, un heraldo del palacio llegó en su caballo hasta la feria, tenía dos trompetistas que entonaron una nota jubilosa, no entendía lo que sucedía, pero me emocionó, seguro era un mensaje de los reyes.

—Atención plebeyos, se le invita cordialmente a Sir Dylan Farwack y a su hermosa hija la señorita Alessa Farwack al baile real que se celebrará en el castillo con motivo de la última noche de la Gran Feria de Primavera, un carruaje real vendrá a buscarlos a las 6:00 de esta tarde para llevarlos hasta la fiesta, se espera que nos regalen su presencia. Con muchísimo aprecio firma el Rey Julio y la Reina Octavia.

Todos los asistentes se sorprendieron, mi padre no parecía exactamente feliz pero yo sí lo estaba y no pude evitar saltar de regocijo al escuchar la invitación.

—¿Puedo llevar un invitado?—le pregunté al heraldo.

—¿Disculpe?—el heraldo no parecía estar acostumbrando a que le preguntasen cosas.

—¿Podría llevar un invitado conmigo al baile?

—Pues al parecer son ustedes muy estimados por el rey Julio, nunca me habían enviado a un lugar tan vulgar para dar un mensaje. Supongo que no habrá problema—dijo el heraldo con su tono arrogante y su barbilla en alto.

Luego de que se retiraron mi padre se acercó a mí.

—¿A quién piensas invitar Alessa?

—A Shiva, no podría ir a un baile sin él.

—¿Tú crees que aceptarán a ese chico andrajoso en el palacio?

—Pues tendrán que hacerlo, sería muy egoísta de mi parte si no lo llevo conmigo.

—Pero si no nos dejan pasar por su culpa, lo dejaremos en la puerta.

—Ahora tú estás emocionado por ir al palacio...

—Pues no responder a la invitación del Rey después de toda su generosidad sería una falta de respeto.

—Debes ir al sastre cuanto antes, no puedes presentarte en tu mismo traje viejo.

—Tendré que ir con el sastre y luego comprarte otro vestido. Quedas a cargo de la tienda cariño. No hagas ninguna locura.

—Está bien, debes ir rápido para que tengamos todo listo. Ya conoces mis medidas.

—Sí, aunque últimamente has estado un poco más... voluptuosa.

Me tomó de las caderas, me miró de abajo hacia arriba y respiró hondo para luego abrazarme. Tuve una epifanía, recordé el sueño donde me pasó algo similar. Abracé a mi padre

con extrañeza, él me abrazó más fuerte y no dejó espacio entre nuestros cuerpos. Sentí algo raro en mi abdomen, un bulto, era su miembro encerrado en su pantalón que chocaba contra mí. Traté de alejarlo hasta que me soltó.

—Nos vemos en un rato hija—se despidió.

Subió a su caballo para llegar más rápido hasta el pueblo. Yo me quedé en la tienda, pensando en lo que acababa de pasar. Mi mente se sentía nublada y turbia ¿Acaso mi padre estaba enamorado de mí? Tenía sentido pensarlo, por eso me celaba de Shiva y del Rey, por eso no quería que interactuara con ningún cliente, hasta que se dio cuenta de que era demasiado drástico y me levantó el castigo.

La idea me perturbaba, pero... ¿Por qué no lo había notado antes? Quizás porque no sabía la manera en que me miraba un hombre cuando me deseaba, pero ahora que había estado con el Rey Julio y con Shiva, conocía esa mirada y era similar a la que mi padre me acababa de dar.

Pero tenía que confirmar esto, aunque no podía preguntárselo directamente, era una declaración demasiado fuerte. Pero mi mente se calmó cuando vi que Shiva volvió a la plaza, no tardé en llamarlo.

—Espero que hayas empacado contigo un traje ceremonial de tu país.

—¿Por qué lo dices?

—Porque iremos al baile real.

—¿Hoy?

—Esta misma tarde vendrá un carruaje a buscarnos.

—No lo puedo creer Alessa ¿A nosotros dos?

—Sí... Bueno, mi padre también fue invitado.

—¿Pero yo fui invitado al baile?

—Tú eres mi invitado, tonto—reímos—, entonces ¿Tienes un traje o no? Si no tendré que llevarme al chico de las verduras.

—Claro, siempre llevo conmigo una vestimenta para ocasiones especiales.

—Pues no se diga más, el carruaje viene por nosotros a las 6.

—Y... ¿Qué has pensado sobre mi propuesta?

—Te lo diré esta noche, querido—le guiñé un ojo.

Estaba ansiosa por el baile, pero había un detalle que no había considerado, el rey también estaría ahí, y seguro estaría pendiente de mí ¿Podría resistir la tentación de estar tan cerca de él? ¿Y si la invitación fue solo para verme de nuevo y terminar lo que empezamos?

Quizás me estaba creyendo demasiado especial, el rey tenía a su esposa y seguro en ese baile habría muchas otras damiselas solteras y más guapas que yo. Él podría elegir a cual llevarse a la cama. Pasara lo que pasara, sería una noche interesante cuando menos.

Había un espectáculo de malabares en el centro de la plaza, por lo que todo el mundo estaba reunido alrededor, y no había gente en mi puesto. Tuve tiempo de hojear de nuevo el diario de mi padre, salté varias páginas hasta que me topé con el día en que conoció a mi madre.

Sábado 18 de Julio.

Hoy conocí a una chica inigualable en la biblioteca, es muy raro ver mujeres ahí y más con un libro de platón. Me le acerqué a hablarle, era realmente hermosa, hermosa e inteligente ¡Qué combinación! Su nombre es Elizabeth,

Domingo 19 de julio.

No sabía si la volvería a ver en la biblioteca, de igual manera fui con una rosa para ella, no la encontré, pregunté a la bibliotecaria y me dijo que no la había visto hoy. Cuando estaba a punto de irme apareció, su cabello olía a jazmín, sus caderas tenían la forma de un reloj de arena, le di la rosa y se sonrojó. Le gusta el teatro, la ópera y la filosofía. Quedamos en tomar el té el próximo sábado.

Escuché como un corcel se acercaba, guardé el cuadernillo, mi padre no podía saber que estaba leyendo su diario.

—¿Cómo te ha ido con las ventas Alessa? Te conseguí un vestido espléndido.

—Han estado un poco lentas a pesar de ser el último día. Creo que se debe a todos los espectáculos en el centro de la plaza.

—Bueno, no importa... ¡Debes probarte el vestido nuevo!

Sacó el vestido de la bolsa, era de una tela roja con detalles floreados de plata. Se veía grande y de una tela pesada, además contaba con un armador.

—¿Podrías ayudarme a probármelo?

Mi padre se quedó callado unos segundos, como analizando mi pregunta.

—Claro—respondió en seco.

Esta sería la prueba que determinaría las verdaderas intenciones de mi padre. Fuimos hasta mi tienda, mi padre llevaba el vestido en sus manos. Se quedó afuera a esperar que yo me desvistiera.

—Papá... ¿Puedes entrar un momento?—le grité desde la tienda, entró—, se me atascó el broche de mi vestido ¿Podrías ayudarme?

Mi padre se acercó a mi espalda, removí mi cabello para que pudiera desabrocharlo, realmente no había nada malo con el broche, era una excusa para estar cerca de él. Lo desabroché, mi vestido cayó al suelo, el aire estaba tenso y callado, podía escuchar su respiración fuerte.

Quedé en ropa interior frente a él, para este vestido debía quitarme la bata que normalmente usaba para ponerme el armador. Él seguía ahí, miraba a través de la transparencia de la tela, sentía sus ojos pasándose por mi cuerpo, yo miraba a otro lado, pretendía que no sabía lo que ocurría. Se retiraba de nuevo.

—Padre, no puedo colocarme el armador sin tu ayuda...

—Está bien Alessa... Está bien.

Estaba visiblemente nervioso, una gota de sudor bajaba por su frente, me puse de espaldas y dejé caer mi bata, exhibiendo todas mis curvas frente a mi padre, arqueé sutilmente la espalda, trataba de que viera los labios de mi vulva asomándose entre mis nalgas. Cubrí mis pechos con mis brazos, él me tomó por las caderas y me colocó en frente de un espejo.

Podía ver su mirada reflejada, cómo bajaba la vista hacia mi pubis, fue por el armador. Subí mis brazos y me colocó la pieza que ahora me dejaba cubierta. Ajustó las cintas del corsé hasta apretarlas y darle figura a mi cuerpo, luego me colocó el vestido rojo. Parecía toda una princesa.

—Gracias padre—le dije.

Lo abracé, todavía lo sentía conmocionado. Entonces bajé mi mano hasta su bulto y lo tomé. No me importaba nada, quería saber si estaba excitado o si todo era una invención de mi cabeza. Por lo que palpé su miembro, para descubrir que estaba duro como una roca.

Una vez más como en mi sueño, sabía que no hacía lo correcto, pero se sentía bien. No podía negarlo, estaba excitada igual que él. Lo prohibido era mi fetiche, lo que más me calentaba, y no había nada más prohibido que una relación con tu propio padre. Él no decía nada, se quedó mudo mientras yo masajeara su miembro.

—Debo cambiarme, el carruaje debe llegar por nosotros en cualquier momento.

Solté mi mano, tan rápido como sucedió se terminó. Se fue hasta su tienda para ponerse su traje nuevo. Me sentí culpable y asqueada de inmediato, me había dejado llevar por el momento, ahora entraba en razón, mi padre quería quedarse conmigo para eventualmente volvernó amantes. La idea era aberrante.

Estaba frente a una gran contradicción moral. Por más que me gustara la tentación y lo prohibido esto iba demasiado lejos. No dejaría que mi padre me poseyera de esa manera, si lo hacía, sería completamente suya y jamás conocería la vida más allá.

Pero ya había cruzado la línea, ya le había hecho entender que estaba de acuerdo con sus macabras propuestas, mis impulsos me habían traicionado. Ahora debía escapar antes de que fuera demasiado tarde.

El carruaje real anunció su llegada con trompetas. Todos salieron a vernos, yo me veía imponente con mi vestido rojo, llevaba guantes blancos y una tiara de diamantes, en mi cuello descansaba el talismán azul que hacía un hermoso contraste. Mi padre también se veía como todo un aristócrata.

Pero lo que yo quería ver era cómo se había vestido Shiva. Cuando salió de su tienda me sentí transportada al oriente. Llevaba una bata típico de color blanco pulcro, con un pantalón naranja atardecer, en las mangas de su bata había pequeñas flores de colores bordadas. Su madre lo bañó en pétalos de rosas antes de que entráramos en el carruaje. Me abrió la puerta como todo un caballero y me ayudó a subir, luego entro él y por último mi padre.

Dentro del carruaje todo se volvió un poco incómodo, Shiva trataba de iniciar conversaciones cordiales con mi padre pero este le respondía en seco, sin ánimos de hablar con

él. Mi padre veía a Shiva como su competencia, a cualquier hombre de hecho. En el camino repasé lo que habíamos hecho antes, la culpabilidad que sentía era tan grande como la fogosidad y eso generaba un conflicto en mí. Era algo con lo que no deseaba lidiar.

Cuando llegamos al palacio me sentí aliviada de no tener que pasar un segundo más encerrada con ambos. El salón estaba lleno de la nobleza, cuando llegamos todas las miradas se voltearon hacia nosotros, tomé a Shiva del brazo.

Era la única mujer que vestía de rojo, y distinguía entre la multitud, además todos veían a Shiva como si fuera un animal exótico, seguro era la primera vez que estaban cerca de una persona del oriente.

De repente el rey bajó las escaleras al lado de su esposa, llevaba un traje púrpura con una larga capa y su corona repleta de joyas, la reina también se veía imponente pero toda mi atención estaba sobre él. Todos los asistentes hicieron una reverencia al verlo, él saludó con la mano.

—Gracias a todos por asistir a esta celebración. Me alegra ver a amigos y familia, caras conocidas y algunos rostros nuevos que espero que se mantengan junto a nosotros en próximas fiestas. Este baile es para honrar un año en que la madre naturaleza ha sido generosa con nosotros dándonos una hermosa primavera y una buena cosecha—el rey se quedó en silencio y miró a su esposa— ¿Quieres agregar algo mi amor?

—Por supuesto, me alegra ver tantas jovencitas hermosas esta noche, solo quiero decirles algo. No volteen a ver a Julio porque es todo mío—la gente rió— sin nada más que agregar... ¡Que empiece la fiesta!

Mientras todos reían con la ocurrencia de la reina yo puse ver cómo sus ojos atravesaban toda la sala para verme con una mirada resentida y maliciosa, su chiste era un mensaje directo para mí.

La orquesta comenzó a tocar un vals, aún estaba conmocionada por la mirada de la Reina Octavia, seguro me cortarían la cabeza apenas tuviera la oportunidad, en eso alguien me tomó de la mano para bailar, era mi padre. Shiva terminó bailando con otra joven doncella. Me tomó de la cintura y comenzamos a movernos al ritmo de la armonía.

—Padre ¿Tú me amas?

—Ya te respondí eso Alessa, te amo mucho.

—Padre... sabes a qué me refiero ¿Tú me amas... de esa manera?

Él se quedó callado frente a mi pregunta.

—Respóndeme.

—Sí, sí te amo como a una mujer, pero tú también me amas, no puedes negarlo.

—Pero soy tu hija.

—Eso...

Hubo un cambio de parejas, Shiva me tomó del brazo y comenzamos a bailar. Era muy buen bailarín lo cual me sorprendió porque en su país el vals no era un género popular.

—¿Dónde aprendiste a bailar?

—Estuve en una academia en La India unos meses.

—Pero la música india es muy diferente al vals.

—En la academia te enseñan a sentir la música, a vivirla, y así puedes adaptarte a cualquier estilo.

—Me encantaría verte bailar algo tradicional.

—Algún día te puedo enseñar. Podríamos ir a La India y te bailarías con todos mis antiguos compañeros frente al templo de Brahma.

—Eso suena hermoso.

—Te escribiría canciones de amor, aunque antes deberías aprender nuestra lengua...

Shiva parecía tan ilusionado con un futuro a mi lado.

—Por cierto, cada vez que te veo te encuentro más hermosa y el talismán te queda precioso.

Me sonrojé, mientras Shiva guiaba mi cuerpo con agilidad por el gran salón.

—¿Ya pensaste en tu respuesta?

—Sí...

—¿Me permite esta pieza hermosa dama? —preguntó el Rey.

Shiva se le quedó mirando, y me apretó la mano con fuerza, no quería que nuestro tiempo juntos se acabara, pero debía obedecer al rey, después de todo era el Rey.

—Te ves hermosa hoy Alessa, te ves como la princesa que eres.

—Gracias —le dije.

Julio me tomó por la cadera, acercando su cuerpo contra el mío, tenía todo el control sobre mi cuerpo y me movía a su ritmo sin posibilidad de resistirme.

—Entonces ¿Cuándo vienes a vivir aquí conmigo?

—Yo jamás podría vivir con la reina Octavia en el mismo lugar.

—¿Por qué? Ella es adorable.

—Es una arpía ¿No viste como me miraba hace rato? Y ese chiste tan incómodo, era obvio que se refería a mí.

—No le hagas caso a Octavia, solo le gusta jugar con las chicas.

—Seguramente le gustaría jugar con mi cabeza.

—Pues si decapitara a todas las chicas que he me tirado, no quedaría mujer en esta fiesta—dijo entre risas—¿Qué es eso que llevas en el cuello?

—Es un zafiro, un talismán que me regaló Shiva, mi compañero.

—¿Y qué hay con ese chico Hindú? ¿Es tu novio o algo así? ¿Por qué lo has traído?

—Es mi amigo desde hace mucho, ha sido muy generoso conmigo estos días y quise invitarlo, aparte que no quería venir sola.

—Pues se nota que está enamorado de ti, pero tú no puedes estar con ese chico, te mereces un hombre de verdad como yo.

—Disculpe ¿Podría permitirme bailar esta pieza con usted? —preguntó un caballero que me parecía conocido.

—No—dijo el rey—es mía por toda la fiesta así que vete de aquí.

Seguimos bailando, la música fue acelerando el ritmo y Julio me daba vueltas a su placer, sus manos iban bajando de mis caderas hasta rozar mis nalgas, lo veía morderse los labios como si estuviera frente a un delicioso postre.

—Por más que me quieras, lo nuestro es imposible —le dije.

—Yo soy el rey de Lathros, todo lo que yo quiera lo hago posible... Y si no me crees ven a mi habitación después del banquete. No me he olvidado de la cuenta que aún no hemos saldado.

La música paró, los invitados aplaudieron. El Rey se retiró. Los invitados se esparcieron entre el jardín y el salón, esperando que el gran banquete estuviera listo. Este había sido el baile más intenso de mi vida, donde 3 hombres me habían revelado sus intenciones uno estaba condenado, otro prohibido y solo uno era el indicado, Shiva.

—Parece que has sido muy solicitada en el baile—dijo mi padre.

—¿Has visto a Shiva? —le pregunté, no tenía ganas de conversar con él.

—No sé dónde se habrá metido tu noviecillo.

—No es mi novio, no aún...—susurré.

—¿Qué dijiste?

—Nada, lo buscaré por allá.

Me dirigí hacia los jardines donde lo rodeaban un montón de chicas, le hacían preguntas y se reían con su acento. Lo jalé por el brazo.

—¿Qué haces con todas esas chicas?

—Tú no eres la única con derecho de coquetear.

—Ellas no están coqueteando contigo Shiva, te ven como un mono de circo.

—Y a ti los hombres te ven como una muñeca, todos se pelean por su turno de tener sus manos entre sus caderas ¿Crees que no me di cuenta de cómo te tocaba el rey?

—Shiva, no hagas caso a los demás hombres. Yo solo te quiero a ti.

Me tomó de la mano, caminamos dentro de un rosal en forma de laberinto para poder hablar en privado.



—Estos días han sido muy difíciles para mí. He descubiertos cosas que preferiría olvidar.

—Puedes hablarlo conmigo Alessa, yo te apoyaré en todo.

—Es algo tan complicado de contar, me siento tan sucia por dentro.

Shiva me abrazó.

—Yo jamás te juzgaré cariño, te lo prometo.

—Descubrí que mi padre está enamorado de mí

—¿Qué... cómo... cómo es eso posible?!

Me partí en llanto. Era una confesión demasiado fuerte, Shiva me abrazó y limpió mis lágrimas.

—Hace unos días tuve un sueño, un sueño muy vívido pero a la vez confuso, ahí mi padre estaba enamorado de mí, aunque no era exactamente mi padre sino una versión más joven y yo no era exactamente su hija.

—En mi religión se cree que los sueños tienen gran influencia en nuestras vidas, son mensajes enviados por los dioses a nuestras mentes.

—Luego de ese sueño tan extraño, comencé a analizar sus actitudes, la manera en que me miraba y me hablaba. Se había vuelto terriblemente celoso, pero no sabía si quería protegerme o si había algo detrás de todo eso...

—¿Y cómo me lo estás contando ahora con tanta seguridad?

Trague grueso.

—Porque... me desnudé frente a él y me miraba con deseo. Además... Toqué su bulto y estaba... duro.

Shiva se quedó sin palabras, solo me consolaba, le conté todo, debía ser lo más sincera que pudiera con él, quería abrirme completamente, no quería parecer una víctima.

—Shiva, fue horrible.

—Te entiendo cariño.

—Fue horrible porque lo disfruté—las lágrimas me desbordaron— siento que ha jugado conmigo desde que nací, se ha metido en mi mente para hacerme creer que todo lo que me ha hecho está bien, que es amor verdadero, pero es enfermizo Shiva. Es un controlador y un manipulador y no sé cómo escapar, porque en el fondo lo quiero. En el fondo creo que también estoy enamorada de él.

—Escucha Alessa, entiendo lo complicado que debe sentirse todo para ti, pero solo te puedo ofrecer mi apoyo como ya lo he hecho, si así lo deseas, mañana mismo nos vamos antes del amanecer, tomaré un caballo de mi madre, haremos equipaje ligero y nos iremos lejos de aquí, a donde tú quieras. Si deseas quedarte con él, no lo entenderé, pero respetaré tu decisión, siempre y cuando lo hagas porque así tú lo quieres y no porque te sientas comprometida por que sea tu padre... De cualquier manera, te seguiré amando.

No entendía cómo podría ser tan comprensivo conmigo o de donde le nacía tanto amor

incondicional, pero era justo lo que necesitaba en este momento y en mi vida. A pesar de no ser un hombre fuerte como el rey Julio. Me sentía más que protegida en los brazos de Shiva, confiaba en él más que en nadie, se había ganado mi corazón.

—Sálvame, llévame lejos. Quiero estar contigo, quiero que me enseñes como es el amor de verdad, quiero ser tu mujer.

Me miró a los ojos, acarició mis mejillas y puso sus manos entre mi espalda.

—Cuenta con eso mi amor. Nos iremos mañana y nos casaremos donde tú quieras.

—En la India, quiero ir en un elefante lleno de flores.

—Entonces será en la India.

—Luego partiremos por el mundo.

—Te llevaré a las Islas Paradisiacas de las Maldivas, a las montañas del Tibet, a donde tú quieras iremos.

—Cualquier lugar será perfecto con tu compañía.

Nos besamos, el tiempo se detuvo. Sus besos curaron mi alma, me hicieron sentir amada y nueva. Rodee su cuello con mis brazos, nos acercamos más y cada beso fue creciendo. Por suerte nadie nos veía entre el frondoso rosál.

—Partiremos antes del amanecer ¿A dónde quieres que vayamos primero?

—No me importa, solo quiero estar contigo.

De repente una campana sonó.

—Se invita a todos los presentes a incorporarse a la mesa para dar inicio al gran banquete—dijo el heraldo.

—Debemos ir—dijo Shiva.

—Pero no tengo hambre, yo solo quiero comerte a besos.

—Ya tendremos mucho tiempo para eso, mi amor...

Caminamos de nuevo adentro, en eso mi padre nos abordó.

—Shiva, necesito hablar contigo un momento, de hombre a hombre.

Se alejaron, dejándome sola. Me intrigaba de lo que hablarían, pero no podía escucharlos, solo esperaba que mi padre le diera el visto bueno a Shiva, aunque era poco probable después de todo lo que había pasado entre nosotros, en eso, otro caballero se acercó a mí.

—Señorita, déjeme decirle que es la más hermosa de toda la velada.

Voltee a verlo, era el tipo que trató de bailar conmigo cuando estaba con el rey Julio, el que me resultó familiar.

—Gracias, disculpe pero usted se me hace conocido.

—¿No me recuerda? Le compré un reloj a su padre el primer día de la feria.

—¡Oh! Ahora lo recuerdo, pero creo que no nos hemos presentado formalmente.

—Mi nombre es Henry Klavish.

Tomó mi mano y la besó.

—Mucho gusto, yo me llamo Alessa Farwack. Nunca había escuchado su apellido.

—No soy de por aquí.

—¿Y qué lo ha traído hasta el reino de Lathros?

—He venido buscando una mujer hermosa para llevarla conmigo...

Se acercó a mí, me sentía intimidada como aquel día en la tienda, el hombre era prácticamente un gigante comparado conmigo.

—Disculpe, tengo que volver al salón.

Salí caminando de ahí lo más rápido que pude, era agotador tener tantos hombres detrás de mí, como si mi belleza fuera a su vez una bendición y una maldición. Me senté en una gran mesa donde empezaban a juntarse los platillos, reservé el puesto de al lado para Shiva, no me importó sentarme al lado de mi padre.

El Rey estaba sentado en la cabecera de la mesa con su esposa a su derecha. La mesa estaba abarrotada de los platillos más exquisitos, faisanes, puercos y pavos junto con montañas de puré de patatas y hondas ollas de estofados. Luego de un rato llegó Shiva, mi padre se trató de sentar a mi lado.

—Lo siento, este puesto está reservado para Shiva.

Me miró molesto y se sentó en otro lado. Vi entrar a Henry y sentarse justo al frente de nosotros, tuve el impulso de cambiarme de mesa pero no había puesto en otro lugar.

—¿Qué hablaste con mi padre?

—Me dijo que no tenía oportunidad contigo, que mejor me olvidara de ti.

—Es un iluso, no le hagas caso.

—También me inventó una tontería, como para que dejara de hablarte y te odiara.

—¿Qué te dijo?

—Que te habías acostado con el rey Julio, como si eso fuera posible.

Mi corazón se detuvo.

—¿Cómo te pudo haber dicho eso?

—Me dijo que eras una cualquiera, que apenas tuvieras la oportunidad me serías infiel con un hombre de verdad, que me lo advertía por mi bien.

Me levanté de la silla, estaba a punto de darle una cachetada a mi padre.

—Alessa, detente—Shiva me tomó del brazo y me devolvió a mi puesto—, no dejes que tu padre alcance su objetivo, que es crear un conflicto entre nosotros para separarnos. Yo no lo creí una

sola palabra y así fuera verdad, no me importa. Tú estás conmigo ahora y eso es lo único que me importa... Mañana nos iremos de aquí y nada de esto tendrá sentido, no pierdas tus energías odiando a tu padre, ya ha demostrado la clase de persona que es.

—¿Cómo pudo haber caído tan bajo?

—Está desesperado por ti.

Un sirviente me sirvió un platillo con faisán y patatas pero yo había perdido el apetito, sólo tenía náuseas, no podía creerlo ¡Mi propio padre hablando mal de mí! Además, así no estuviera mintiendo con respecto a mi aventura con el rey, él no tenía pruebas de que eso hubiera pasado.

Me estaba difamando, y yo lo negaría hasta el final. Pero ahora recordaba que el Rey me había citado a su habitación luego de este banquete. No iría, no podía arriesgar mi futuro con Shiva por una aventura con un hombre que si acaso recordará mi nombre en una semana.

—El rey les invita estas copas de vino—dijo un mesonero y puso dos copas llenas, una para mí y otra para Shiva, también dejó la botella de vino a nuestro lado.

—Muchas gracias—dijo Shiva.

Era el mismo vino que tomamos cuando estuvimos juntos en su habitación, todo esto era un recordatorio que tenía algo pendiente con él. Probé un sorbo y el sabor me transportó de nuevo a su habitación, pude sentir de nuevo sus labios pasándose por mi cuello, su lengua jugando con mis pezones, sus gruesas manos apoderándose de mi cuerpo, hasta pude oler la fragancia de su colonia mezclada con su esencia de hombre.

Me maree de inmediato. Tantas sensaciones juntas fueron demasiado para mí, el parloteo de la gente, las copas chocando en un brindis, la orquesta tocaba una tonada que en mi cabeza sonaba estruendosa.

—Alessa ¿Te sientes bien? —escuché que Shiva me preguntó.

Pero lo escuchaba como si me llamara desde una larga distancia, todo se puso borroso, los rostros, los sonidos eran agudos y me lastimaban, no podía hablar, ni siquiera pensar con claridad. Había algo en esta copa que me había mandado el rey, antes de poder acusarlo perdí el conocimiento.

—Alessa... Alessa... Alessa... —Escuchaba.

Pero todo era negro y no distinguía las voces, parecía ser la de Shiva, o la de mi padre, o la del Rey Julio. Todas mezcladas en una misma voz, y desde la oscuridad sentía como unas manos me tocaban y exploraban mi cuerpo, sentía la saliva recorriendo mis esquinas pero no podía si quiera moverme. Desperté. Estaba sobre esas sábanas de seda roja, desnuda, apenas consciente. No entendía qué acababa de ocurrir, pero solo podía pensar en lo peor. El Rey Julio me había violado.

Con las pocas fuerzas que tenía, me levanté y me coloqué una sábana encima. El Rey no estaba en la habitación, de repente, salió de una cortina que daba al baño, estaba completamente desnudo y con su miembro erecto.

—Veo que ya te despertaste muñequita... ¿Estás lista para sentirme dentro de ti?

—¿Qué me has hecho?

—Nada que no desearas... Sólo facilité un poco las cosas con esa copa de vino.

Una lágrima corrió por mi mejilla.

—Eres un monstruo ¡Déjame ir!

—Tú no te irás de aquí hasta que meta mi pene bien al fondo de tu vagina.

—¡Déjame! ¡Shiva! ¡Papá! ¡Dylan!—comencé a gritar.

—Nadie puede oírte tonta ¿Qué no escuchas a la orquesta tocar?

Estaba desesperada, fui a la puerta e intenté abrirla pero estaba cerrada con seguro.

—Ven aquí Alessa, déjame darte de mi amor.

El rey se acercó, me abrazó, yo sólo lloraba, él restregaba su pene entre mis nalgas, quería escapar, quería morirme en ese momento. De repente alguien tocó la puerta muy fuerte, no sabía quién era, si era Shiva mi padre, o la reina quien tocaba la puerta, no me importaba, solo quería salir de esa habitación. Empujé al rey lejos de mí.

—¡Ayuda, el rey me encerró aquí! —Grité tras la puerta.

La puerta se abrió con un golpe derribándome, caí al suelo.

—Llegó tu fin, rey Julio —dijo Henry, desenvainando la espada.

—¿Quién diablos eres tú? —le preguntó el rey.

—Soy Henry Klavish, rey de los bárbaros, de las estepas de Northemberg y he venido por tu corona.

El rey estaba desnudo, Henry puso su espada sobre el cuello, pero este no tenía miedo. Yo que pensaba que alguien había venido a rescatarme.

—¡Caballeros!

—No intentes llamar a tus patéticos caballeros. Ya todos mis hombres se han encargado de ellos.

—No te tengo miedo maldito bastardo. Peleemos como hombres.

—Tú no eres un hombre, eres una cucaracha cobarde, debería matarte sin compasión como tú exterminaste a mi pueblo.

El rey apretó su mano y le lanzó y puñetazo a Henry, este lo detuvo, y con una patada lo derribó al suelo.

—Deberías ser agradecido con mi misericordia. Ahora mejor que me des todas tu joyas si quieres seguir con vida.

—¡Jamás, tendrás que matarme!

El rey se levantó, comenzaron a luchar a puño cerrado, pero Henry era tan musculoso y fuerte que no le costó nada romperle la cara al Rey y dejarlo en el suelo inconsciente. Yo me levanté y traté de escapar mientras él recogía todos los tesoros de la habitación.

—Tranquila Alessa, no te haré nada... Por ahora—me ayudó a levantarme y me pasó mi vestido rojo— Toma todo lo que quieras, al fin y al cabo todas las joyas del rey fueron saqueadas de nuestras minas.

—Yo no soy una ladrona.

—Yo tampoco —me miró con seriedad—, yo solo estoy reclamando lo que le pertenece a mi pueblo.

Me vestí y me retiré de la habitación, no sin antes mirar al Rey tirado en el suelo. Por lo menos Henry le había dado su merecido. No sabía si agradecerle por eso. Estaba demasiado aturdida por todo lo que había sucedido.

¿Cómo saber si él no me hubiera violado de la misma manera que lo hizo el rey de haber tenido la oportunidad? En ese momento todos los hombres me daban asco, sentía que todos querían aprovecharse de mí y apenas pudieran lo harían.

—Me debes una, Alessa.

—No le debo nada a nadie —dije y me retiré.

En el salón todo era un desastre, los caballeros yacían mutilados en el suelo, los invitados que quedaban estaban amarrados. Los bárbaros saltaban encima de las mesas comiendo del banquete con las manos. Uno de ellos se acercó a mí con una daga en su mano.

—¿Y tú a dónde vas muñequita?

—Déjala —dijo Henry con la corona de Julio en su cabeza.

Cargaba al rey desnudo de los hombros. Lo tiró en el suelo, sacó su pene y orinó encima de él.

—¿Este es el rey que tanto alaban? ¡Jajaja! Esta basura ni siquiera puede pelear.

—¡Julio! —Gritó la reina que estaba amarrada a una columna.

¿Dónde estaba mi padre y Shiva? No los encontraba en ninguna parte ¿Cómo saldría de aquí? Todo parecía una pesadilla sin fin. Henry me tomó por el hombro y me acompañó hasta las puertas del palacio.

—¡Ramera, todo esto es tu culpa! —me gritó la reina al verme pasar junto a Henry.

Henry me llevó hasta el jardín donde tenía a Shiva amarrado de un árbol junto a un caballo. Desató a Shiva, este corrió a abrazarme.

—¿Estás bien cariño?

—Sí.

—¿Este salvaje no te hizo nada?

—No, no te preocupes.

—Pueden tomar ese caballo y largarse de aquí... puede que las cosas se pongan más feas— dijo Henry.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó Shiva.

—Porque ustedes no tienen nada que ver con este reino. No quiero que sean víctimas de la circunstancia... Ahora ¡Váyanse antes de que me arrepienta!

Subimos al caballo, seguimos un sendero esperando encontrarnos de nuevo con el pueblo, ninguno de los dos sabía el camino, estaba oscuro y el caballo era difícil de domar. No sabía dónde estaba mi padre, seguro había huido como un cobarde apenas empezó la revuelta de los bárbaros.

—Shiva, no quiero volver a mi tienda.

—Tienes que hacerlo, ve rápido a buscar tus cosas y después iremos hasta la de mi familia, le explicaré todo lo que pasó a mi madre, ella entenderá.

—No quiero ver a mi padre. Seguro estará esperándome.

—Tú harás lo que debes hacer, y si tu padre te lo impide tendrá que vérselas conmigo.

Estaba asustada, quería que toda esta pesadilla se acabara cuanto antes. Cuando llegamos mi padre estaba en mi tienda, como pensé. Discutimos, le reclamé que me hubiera abandonado y le dije que me iría con la familia de Shiva. Tomé mis pocas posesiones y las metí en un saco, cuando estuvo a punto de salir me tomó del brazo para detener.

—Si de verdad me amas, déjame ir.

Soltó mi brazo, me fui sin mirar atrás, seguro estaría llorando.

—¡Alessa!

—Dime —dije sin voltearme, dándole la espalda.

—Que tengas un buen viaje...

Subí al caballo de Shiva, llegamos a su tienda, su madre estaba preocupada por él. Le explicó lo que había sucedido en su idioma natal, ella parecía comprensiva en sus expresiones, pero no podía saberlo.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté a Shiva.

—Que eres mi prometida y que ahora viviremos juntos hasta que nos casemos en La India.

La señora se acercó con un collar de flores y lo puso sobre mi cabeza, luego llenó su dedo de un pigmento rojo y marcó mi frente, me bendijo en su idioma, respondí con una reverencia y con las manos juntas como solían hacer las mujeres hindúes.

—Estoy muy feliz de que seas mi nuera, siempre me pareciste una buena muchacha ¡Bienvenida a la familia!— me dijo.

Nos abrazamos. Ahora era parte de los Kapoor, había dejado a mi padre atrás junto con todo mi pasado. Sin embargo estaba a unos metros de distancia.

—¿Y si mi padre viene a buscarme?

—No lo hará Alessa, nadie te separará de mí ahora.

Shiva se quitó su traje y se quedó en pantalones. Yo me puse una de mis batas de dormir y me lancé sobre su pecho, él acarició mi cabello sin decir una palabra, eventualmente tendría que contarle que el Rey me violó. Pero ahora todo era demasiado y demasiado doloroso. Solo quería que amaneciera y despedirme de Lathros para siempre.

Aún no salía el sol cuando Shiva me despertó, había preparado un desayuno occidental para mí, aunque él fuera vegetariano. Eran huevos revueltos con una rebanada de pan y un poco de lentejas. Lo comí con mucho gusto, era un buen cocinero.

—Debemos partir, ya está todo organizado.

Lo ayudé a guardar la tienda y partimos en una caravana con toda su familia, todos tenían camellos pero nosotros teníamos el caballo que Henry nos había dado. Era un camino largo hasta La India, haríamos varias paradas en diferentes pueblos donde venderíamos y compraríamos nuevos productos, hasta llegar a La India donde sería nuestra ceremonia.

Tardaríamos meses en llegar, pero era mejor estar con Shiva que con cualquier otra persona. Siempre se detenía a darme agua, en las noches dormíamos abrazados y me daba todo su calor, siempre me preparaba platillos, cargaba con mis cosas, si había caminos que teníamos que subir a pie, como cuando subimos una montaña muy empinada, él me llevaba cargada en su espalda, después masajeaba su espalda y sus pies en las noches cuando caía del agotamiento.

No sabía cómo agradecerle por tanto cariño, hacía lo mejor que podía para ser una buena mujer con él. Su familia también me trató de maravilla, me adapté a sus costumbres, empecé a comer vegetariano como ellos, a usar sus vestimentas de colores chillones y poco a poco aprendí el idioma. Por primera vez me sentía en una familia verdadera.

Llegamos al pueblo de Northerm, nos quedaríamos ahí un día para comprar provisiones. A veces tenía ganas de escribirle una carta a mi padre, pero como jamás tuvo una casa, no tenía una dirección a la cual enviarla.

Un día revisando mis cosas encontré de nuevo el diario de mi padre, no sabía que lo había traído conmigo. Lo abrí, mi pulso se aceleró, tenía miedo y ansiedad cuando comencé a leerlo pero era una manera de estar cerca de él sin que mi hiciera daño.

Septiembre, 16.

Me encontraré esta tarde con Eliza, hice una reservación en el mejor restaurante de la ciudad y con suerte aceptará pasar la noche conmigo, estoy nervioso, pero no puedo esperar a verla, seguro se pondrá un hermoso vestido, aunque ella puede verse hermosa con cualquier cosa que se ponga...

Septiembre, 18.

He tenido el mejor fin de semana de mi vida. Eliza fue mía. Le hice el amor como jamás se lo había hecho a otra mujer, cuando llegamos a la habitación estaba nerviosa, era la primera vez que estaba en esa situación, le dije que se calmara, que la trataría con cariño, abrimos una botella de vino, abrí la ventana.

La noche era de luna llena, acaricié su cabello hasta relajarla, le di un beso en la boca, uno pequeño que la dejara deseando más. Me alejé. Ella vino a mí. La besé más profundo, su boca



sabía a vino, sus labios eran tan suaves y deliciosos, mientras la besaba fui rozando su cuerpo, lentamente le quité el vestido.

Sus pechos son redondos y perfectos, los besé, les hice mimos, se sentían tan suaves entre mis labios. Estaba demasiado excitado al verla completamente desnuda, su pubis tenía poco vello y los labios de su vulva eran estrechos como los de una virgen. Acaricié sus nalgas y metí mis dedos entre ellas para sentir su vulva húmeda, me llevé los dedos a la nariz ¡Oh! Qué olor tan delicioso...

Cómo deseaba que se tragara mi pene, pero una virgen jamás haría eso en su primera vez. En cambio yo sí la llevaría al paraíso. Después de lamerle los pechos fui directo a su vulva, pasé mi lengua por sus labios, la escuché gemir de placer. Después metí mis dedos, se retorció de placer. Me bajé los pantalones y fui por todo.

Metí mi pene dentro de ella. Gritó de dolor, hasta que su vagina se fue adaptando a mi miembro y empezó a gemir de placer con mis movimientos... Nos corrimos juntos, luego fumamos pipa y descansó sobre mi pecho. Era la mujer más hermosa que me había tirado, y quería tirármela todos los días de mi vida...

Lo que leía era sumamente explícito y obsceno, debía detenerme pero no podía, mi curiosidad era demasiada ¿O mi morbosidad? Creo que me calenté al leer la experiencia sexual de mi padre, en mi mente imaginaba que era a mí quien me quitaba la virginidad. Cerré el libro, sentía de nuevo esa culpabilidad, esa mezcla de asco y excitación que tanto detestaba.

Guardé el cuaderno, me coloqué el velo rojo que debía usar como prometida de Shiva y salí a caminar con él por el pueblo. Era un lugar frío, cerca de las montañas, los hombres eran robustos y velludos, las mujeres muy voluptuosas y rubias.

—Deberíamos quedarnos en una hostería esta noche—le sugerí —mi espalda ya duele de tantos días en el camino.

—Lo que tú quieras, mi amor.

Pasamos la noche en una cabaña acogedora. Me recosté en la cama, se sentía muy agradable, casi me quedo dormida cuando Shiva me sorprendió con un beso en la boca. Me quitó el velo y acarició mi cabello.

Sus caricias tenían el poder de hacerme sentir como nueva. Sus besos llenaron mi corazón de amor, pasó su nariz por mi cuello y me dio pequeños besos por todos lados que me hacían cosquillas. Nunca habíamos hecho nada más que besarnos, sentía que era hora de dar el siguiente paso, si alguien se había ganado mi virginidad ese era él.

Tomé sus manos, las metí entre mi vestido, sus dedos recorrieron mis pechos, él cerró los ojos en señal de placer. Yo comencé a excitarme. Sus besos se volvieron más intensos, rocé con mi muslo su miembro, alrededor de su pantalón crecía una pequeña mancha de humedad. Me desnudó.

—Alessa, eres hermosa.

Admiró mi cuerpo, pasó sus ojos por todas mis curvas y acarició mi piel, me daba besos cuidadosos mientras me exploraba con la punta de sus dedos. Me trataba con delicadeza, como si

estuviera hecha de seda. Metí mis manos entre su túnica para dejar su pecho descubierto, lo acerqué a mí con un abrazo, y con mis pies le quité el pantalón y la ropa interior.

Su pene rebotó igual que aquella tarde, nos abrazamos ambos desnudos y sentí su miembro entre mi pubis, Nuestros cuerpos se abrazaron, me subí a él y lo besé, movía mi cadera entre su miembro presionándolo con mis nalgas. Lo quería dentro de mí así estuviese prohibido.

Shiva se vino contra mí para recorrer mi cuerpo con sus labios, besó mis senos, los lamió como si probara por primera vez un caramelo, yo gemí, el gemía al mismo tiempo. Poco a poco bajó hasta mi vulva, la besó probando su humedad, podía notar que era la primera vez que hacía esto, pero había tanta ternura en sus movimientos, poco a poco fue adentrándose más en mi vagina con su lengua hasta que me hizo gritar de placer y acabar en su boca.

Me devolví hacia él, lo empecé a besar, besé su pecho, me encontré con sus tetillas y me dio algo de curiosidad así que las lamí y noté que le gustaba igual que a mí me gustaba que lamieran mis pezones. Mientras tanto tomé tu pene y lo masturbaba arriba y hacia abajo, Shiva gemía como una bestia, pasaba sus dedos por mis nalgas y rozaba los labios de mi vulva, en eso escuché que alguien tocaba la puerta. Siempre me arruinaban el momento.

Era la dueña de la posada, la madre de Shiva estaba esperándonos abajo.

—¡Genial! ¿Quién le dijo que estábamos aquí? —le pregunté a Shiva quien se empezó a vestir rápido.

—No lo sé, pero no es muy difícil encontrar a un chico hindú en este pueblo, supongo.

—Cariño, no me quiero ir de aquí, quiero que me hagas el amor.

—Alessa, sabes que no podemos hacerlo hasta que nos casemos.

—No sé si pueda aguantar tanto.

Se volteó me tomó de la cintura y me besó muy fuerte.

—Te prometo que te lo recompensaré mi vida, solo debes ser paciente, ahora vístete que si mi madre nos busca debe ser por algo importante.

Me coloqué mi vestido y mi velo y bajamos. Pensaba que la madre de Shiva nos regañaría por habernos escapado, pero de hecho no dijo nada al respecto, parecía preocupada. Habló con Shiva en su lengua natal mientras yo los observaba entendiendo muy poco. Su madre tenía esa manera rápida de hablar que en cualquier idioma era difícil de entender.

—Tenemos que irnos— me dijo Shiva

Me tomó del brazo y salimos de la posada.

—¿Qué sucede?

—Alguien le ha dicho a mi madre que unos maleantes vendrán a robarnos si nos quedamos otro día aquí.

—Pero...

—Tendremos que movernos por las rutas más recónditas para que no nos encuentren.

—Tengo miedo Shiva.

—No te preocupes, yo te protegeré.

Volvimos rápido a la caravana y a los caminos fríos y empinados de Notherm. Shiva me abrazó dentro del carruaje mientras subíamos a la montaña.

—Creo que nunca podré ser feliz.

—¿Por qué dices eso amor?

—Siempre que me siento realizada, sucede algo que lo arruina todo y me lleva a sentirme peor de lo que me sentía al principio.

—Yo no dejaré que nada te haga sentir mal de nuevo. Esto es solo un contratiempo mi amor, pero no pasará nada, saldremos bien de todo esto, nos casaremos, seremos felices y te haré el amor hasta que nuestros cuerpos se desgasten... Te juro que jamás tendrás un día triste a mi lado. Te lo juro.

Shiva siempre podría ponerme de buen ánimo con su amor, me abrazó fuerte y me besó en la cabeza.

—Ahora, hablemos de nuestra casa. Porque tendremos que comprar una casa algún día...

Su manera de distraerme era hablando del futuro, de los viajes que haríamos, de nuestra boda, de nuestros hijos... Lograba perderme de la desagradable realidad y pensar que el mañana sería más amable para nosotros.

Pero algo paró el carruaje, cuando salimos a ver, eran ellos de nuevo. Los bárbaros. Grandes, robustos, con el cabello largo y usando pieles de animales y cueros

—¡Quédate adentro Alessa! —me gritó Shiva.

Escuchaba como la madre de Shiva trataba de negociar un precio para que los dejaran en paz, pero ellos querían todo lo que teníamos, las especias, el dinero y las joyas de todas nosotras. Estaba nerviosa adentro, me sentía inútil, tenía que hacer algo para ayudar. Si ahí estaba Henry podría negociar con él, después de todo yo le gustaba. Desobedecí a Shiva y salí a ver si podía ayudar.

—¡No les daremos nada, no les tenemos miedo! —gritaba Shiva frente a uno de los bárbaros.

—Están en nuestro territorio, nos darás todo lo que queramos—le dijo el bárbaro dándole una cachetada.

Shiva le devolvió el golpe, empezaron una pelea, los otros solo se reían de lo que pasaba. El bárbaro era más alto y fuerte que Shiva y lo dejó en el suelo.

—Maldito Indio, no mereces la vida. Te mataré por insolente.

Su madre gritaba, yo estaba paralizada por el miedo. Los hombres de la caravana trataron de unirse pero los otros bárbaros sacaron sus espadas en señal de amenaza.

—¡Llévatelo todo pero no mates a mi hijo! —gritó su madre.

—Ahora lo que quiero es su vida.

El hombre pisó la cabeza de Shiva contra el suelo y sacó un hacha.

—¡Detente! —grité —, yo conozco a tu rey, Henry. Él es amigo mío.

—¡Jajaja! Todos son amigos de Henry cuando están en problemas.

—¡Por favor! Perdónale la vida... Me iré con ustedes si así lo deseas. Pero déjalo vivir.

El bárbaro volteó a ver a sus compañeros y me sonrió. Desde ese momento todo pareció ir en cámara lenta, el mundo perdió su color, yo estaba al borde de la tragedia. Al borde de un abismo tan oscuro y sin fondo. Shiva se levantó, trató de luchar por mí pero solo consiguió que lo patearan más fuerte, yo ya lo había decidido, no pasaría mi maldición a su gente.

No se lo merecían cuando solo me habían tratado bien, estaría mejor sin mí, encontraría una chica buena, una chica con la mente limpia sin un pasado tan turbio, y la amaría como no me pudo amar a mí. Era lo mejor para todos.

El bárbaro me amarró las manos y los pies y me cargó en sus hombros, como si fuera mercancía hasta subirme a un caballo, donde me cubrieron el rostro con un saco. Sólo escuchaba a Shiva llamar mi nombre mientras me alejaba entre la montaña.

—Mire lo que encontré rey Henry —

El bárbaro me quitó el saco de la cabeza.

—Alessa... Qué gusto verte de nuevo.

—Déjame libre Henry.

—¿De nuevo? —dijo acercándose a mí mientras yo seguía amarrada—, ya agotaste tu oportunidades muñequita.

Me puso un pañuelo en la boca, Tomó un cuchillo y rasgó todo mi vestido. Estábamos en medio del alto bosque, el aire era frío, erizaba mi piel, inevitablemente tenía los pezones duros. Henry pasó la punta de su afilado cuchillo entre mis pezones.

—Después de que te haga mía no te querrás ir nunca de aquí...

Los otros bárbaros me miraban con deseo mientras Henry pasaba su cuchillo por mi garganta, estaba completamente desnuda, amarrada a un árbol y amordazada. Henry comenzó a tocarse su miembro, bajó su ropa para dejar descubierto su pene, era grueso y venoso, el pene más grande que hubiera visto jamás, con una cabeza roja e hinchada. Me quitó la mordaza y metió toda su carne en mi boca.

—¿Te gusta?

No tenía manera de responderle. Balanceó sus caderas contra mi boca, hundiendo su pene hasta el fondo de mi garganta, lo hacía lento al principio hasta que fuera acelerando el ritmo y hundiendo todo su gran pene hasta causarme arcadas. Podía sentir sus testículos chocar contra mi cara, él gemía de placer, lanzaba bufidos como una bestia.

Tomó mi cabello con sus manos gigantes, lo haló con fuerza moviendo mi cabeza hacia él para que me tragara todo su miembro. Quería gritar de dolor pero no podía, ni siquiera podía respirar. Cada vez gemía más fuerte, su cuerpo vibraba, entonces sacó su pene de mi boca, lo

masturbó y gritó grave de placer derramando todo su semen caliente sobre mis senos.

Su pene liberaba espeso líquido por todos mis pechos, era un río incontenible. Se vistió de nuevo, me dejó sucia y tirada en el suelo, pero lo peor es que me había dejado muy excitada.

—Libérenla—dijo, mientras él se retiraba a su cabaña.

Un bárbaro me soltó y me dio una manta para que me limpiara y me cubriera, mi cuerpo estaba temblando, no podía ponerme de pie después de lo que me había hecho. Los bárbaros vivían en una gran cabaña en medio de las montañas, este era su escondite. El lugar era visualmente hermoso, una lástima que estuviera habitado por hombres tan brutos. Entré a la cabaña, necesitaba saber qué pasaría conmigo.

—¿Dónde está Henry?

—En el piso de arriba —me indicó un bárbaro.

Subí, entré a una habitación, estaba repleta de tesoros, muchos que le pertenecían al Rey Julio. Henry estaba tirado en una cama inmensa cubierta de cobijas de piel de animal, fumaba de una pipa.

—¿Qué harás conmigo ahora? ¿Me encerrarás en una jaula y me violarás hasta que muera?

—¡Jajaja! Ya tuve lo que quería de ti, ahora eres libre de irte... si puedes sobrevivir a la montaña tú sola...

Estaba en una encrucijada, era imposible que sobreviviera en las frías montañas por mi cuenta.

—Pero... te vas a perder de todo esto—señaló su habitación indicando que me perdería de sus tesoros—, y de esto...

Se puso de pie y se quitó toda la ropa, ya había visto su gran pene, pero ahora lo veía completamente desnudo. Era velludo y musculoso, tenía brazos gigantes, los brazos de un guerrero, sus pectorales estaban marcados al igual que sus abdominales. Henry era todo un semental. Solo con verlo me sentía deseosa de saltarle encima. Se acercó a mí lentamente.

—Vamos Alessa, no te tienes que contener.

Me quitó la manta, dejándome de nuevo desnuda, al verme su pene empezó a levantarse una vez más, como listo para dar otra batalla. Me cargó sin esfuerzo. Dejé que me poseyera, estaba cansada de luchar con mi sentido común.

Me entregaría a todo el placer que este hombre estuviera dispuesto a darme. Lo besé, sus labios eran gruesos y agrietados y tenían un sabor amargo pero adictivo. Él me colocó contra una pared de su habitación, podía sentir la cabeza de su pene rozando mi vulva.

—Esto no te va a doler.

Le sonreí.

—Al menos que seas una virgen.

Hundió su pene sin compasión. Grité, el miembro era tan grueso que sentí que me rasgaba

por dentro. Estaba de pie, cargada todo mi cuerpo con sus brazos, yo me aferraba a él con mis piernas mientras su pene entraba y salía de mi vagina, pero pronto el dolor se convirtió en placer mientras más me penetraba, movía su cadera con agilidad contra mi vulva, yo gemía como una bestia, aunque hacía frío mi cuerpo comenzó a sudar. Entonces me tendió en su cama, puso mis piernas sobre sus hombros y continuó penetrándome sin cesar.

Mi cuerpo temblaba, sentía electricidad correr por cada poro de mi piel cada vez que su pene chocaba con el fondo de mi vagina. Él estrujaba mis senos mientras me penetraba, apretaba mis pezones lo suficientemente fuerte para hacerme gritar, hasta que me hizo correr, mi vulva se volvió un río de fluidos. De repente sacó su pene, me levantó y me puso de espaldas y con las manos sobre la cama.

Lo vi darme una nalgada fuerte y ruidosa que me dejó su mano marcada, después me mordió suavemente. Abrió mis nalgas y pasó su lengua por ahí, primero por los labios de mi vagina y luego por mi ano, sentí cosquillas, unas cosquillas muy particulares que me hicieron temblar.

Entonces metió un dedo en mi ano lentamente, no sabía que eso podía ser una zona erógena pero me estaba gustando sentir sus dedos entrar y salir de ahí. Después sentí su lengua adentrarse ahí, gemí de inmediato, porque era demasiado placentero. Luego sentí su glande rozar mi ano, ya estaba algo dilatado.

—Esto te va a encantar muñequita.

Fue hundiendo su pene en mi culo.

—¡Ah! Duele mucho.

—Tranquila... relájate y no te dolerá.

Tomé aire profundo, Henry acarició mis pechos para que me dejase llevar. Luego con un dedo buscó mi clítoris y empezó a frotarlo. Me estaba encendiendo, estaba estimulando mi clítoris y mis pezones, cuando de repente tenía todo su miembro adentro de mi culo y ni me había dado cuenta.

—Estás tan estrecha muñequita...

Dijo mientras embestía mis nalgas, mi ano se dilató por completo acogiendo su pene inmenso adentro. Henry siguió jugando con mi clítoris, me excitaba, el calor me sobrepasaba, me sentía tan excitada que de seguro explotaría de placer en cualquier momento. Siguió penetrándome y su cadera aceleró el ritmo mientras mi clítoris hinchado palpitaba entre sus dedos. Lo sentía venir, no podía contenerme.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Dame más duro Henry.

—Te daré lo que quieras, mi princesa.

Se movía rápida y violentamente contra mi culo, el calor bajó como lava por todo mi cuerpo hasta estallar en mi vagina. Me corrí, grité, gemí como una loca. Mi culo tuvo espasmos, entonces Henry me dio una penetrada final que llegó al final de mi culo para después liberar todo su torrente de semen dentro de mí. Sacó su miembro, me desvanecí en la cama, sentí el líquido

saliendo de mi culo cuando todavía jadeaba del cansancio.

Henry se acostó a mi lado, me abrazó, trató de poner mi cuerpo sobre el suyo, a pesar de acabar de tener sexo con él, no estaba segura si podíamos conectarnos emocionalmente.

—Ven aquí Alesssa...

Terminé recostándome sobre su gran pecho. Era tibio y velludo, podía sentir el olor de su sudor, pero en vez de desagradarme me parecía divino. Su cabello era largo y marañoso, la barba ya se había vuelto más poblada, sus ojos eran azules y tenía esa mirada cansada como si acabara de librar una gran batalla.

Acariciaba mi espalda pasando sus dedos por mi columna hasta rozar mis nalgas, que aún estaban rojas por sus nalgadas... El sexo con Henry había sido tan bueno que me había hecho olvidar todo lo malo que me había pasado, era como si no me encontrara acostada junto a un bárbaro, junto a un monstruo sino junto a un gran amante.

—Desde que te vi ese día en el puesto de tu padre, sabía que te tendría en mi cama tarde o temprano... Sabía que te haría mía algún día...

Henry también me había llamado la atención aquel día, no podía negar que era un hombre hermoso... quizás tras ese aspecto de bárbaro habría un corazón honesto. No tenía palabras para responderle, solo veía sus ojos azules, y él también me veía a mí, detrás de su rostro tosco pude sentir su alma por un segundo.

Entonces me besó, me besó dulcemente. Cerré los ojos y continué besándolo. Su pene volvía a cobrar vida, lo sentía ponerse duro entre mis piernas. Lo tomé, comencé a masturbarlo de arriba hacia abajo, era tan grande que debía hacerlo con ambas manos. De repente me detuvo, tomó mis manos y las quitó de su pene. Me miró y me besó de nuevo, entendí que ya no quería nada sexual, que quería simplemente darme cariño.

Nos abrazamos, hicimos un nudo con nuestras piernas, Henry besaba mi cuello y mi mejilla al mismo tiempo que me sonreía y yo jugaba con los mechones de su pelo. Me sentía tan bien junto a él, como si nuestras almas fueran compatibles a pesar de que nuestros mundos no lo fueran.

—Debes de tener hambre Alessa—dijo.

—Un poco...

—¡Edgar trae algo de cordero y vino ahora mismo! —gritó desde la cama—¿Te gusta el cordero?

—Me encanta...

—Qué bueno, porque Edgar prepara uno delicioso.

Luego de unos 15 minutos entró Edgar, un bárbaro que hacía las veces de sirviente personal, con una bandeja con chuletas gruesas de cordero y papas sancochadas con su concha, además de la botella de vino. Henry tomó un tenedor y me dio de comer en la boca.

—¿Qué tal está?

—Delicioso.

Hacía mucho tiempo que no comía carne, extrañaba tanto su sabor. Mientras degustábamos

el platillo conversamos, aunque no había pasado mucho tiempo con Henry, me transmitía confianza, pude notar que era un hombre con principios a pesar de todo. Pero que su determinación siempre lo llevaba a ser visto como hostil.

—Perdóname si te traté un poco duro en este tiempo... Es que lo mío es hacerlo a lo salvaje.

—Tranquilo, admito que la manera en que tomaste todo el control sobre mí también me excitó.

Henry me contó la historia de su pueblo, cómo el reino de Lathros los había masacrado hasta casi extinguir a toda su gente, pero gracias a hombres como él habían podido surgir desde las cenizas, para defender su honor y reclamar de nuevo su tierra.

—Muy pronto seré el rey de Lathros... Mis guerreros son los más fuertes del mundo, y yo soy el mejor estratega. Juntos tomaremos lo que nos pertenece y cuando esté en el trono, tú estarás a mi lado, como mi reina— me dijo emocionado, sus ojos brillaban, su voz temblaba de la impresión, me besó estruendosamente.

Lo imaginaba, Henry me daría una vida de emoción, de batallas y de recompensas. Si estaba de su lado estaba del lado correcto de la historia, siempre lo había visto como un tirano, pero ahora me daba cuenta que el verdadero tirano había sido el Rey Julio. Nos vengaríamos de él juntos. Por haber abusado de mí y por haberse apoderado de las tierras del pueblo bárbaro.

Al pasar los días fui aprendiendo de su estilo de vida, el sexo con Henry era bestial, como un animal que nunca se saciaba, podíamos coger por toda la noche y corrernos tantas veces que perdíamos la cuenta, mi sexo terminaba adolorido y no podía caminar después de que su miembro entraba en mi vagina tantas veces.

A veces extrañaba a Shiva, su amor inocente y sus caricias torpes, poco a poco construí la idea que solo lo quería porque era un escape de mi padre. Aunque extrañaba su dulzura, Henry se había esforzado por brindarme todo lo que deseaba. Podíamos hablar horas y horas, yo aprendía de su historia y a la vez le enseñaba sobre todos los lugares que conocía. Se veía tan curioso y sorprendido al escuchar mis anécdotas.

—Cuando sea el Rey, iremos a todos los lugares que me mencionas y los conquistaremos.

Su ambición no tenía límites, le sonreía al escuchar sus planes, juntos ideábamos estrategias en los mapas y planes intrincados que me involucraban como una espía. Era emocionante sentirme tan poderosa y útil a su lado y no una simple damisela en peligro.

Un día Henry me mostraría la lección más importante de los bárbaros. Para ellos no existe lo tuyo, o lo mío. Todo pertenece a todos por partes iguales, las riquezas de Henry no eran de Henry sino de todos sus compatriotas, cuando hacían un festín todo el pueblo era invitado a comer, nadie era rico ni pobre aquí, todos se apoyaban por igual y si alguien necesitaba algo, Henry no negaba en dárselo. Era una sociedad perfecta. Pero lo que descubriría luego es que eso también aplicaba para las mujeres...

—Mi amor, hoy te llevaré a las aguas termales—me dijo Henry esa mañana.

Me preparé, fuimos en su caballo junto a dos de sus hombres de confianza hasta lo alto de una montaña nevada, donde se escondían unos hermosos manantiales de agua tibia que despedían vapor. Henry saltó de su caballo y se desvistió enseguida en frente de nosotros. Lo siguieron sus



compañeros. Angus era robusto y alto, un poco gordo pero fornido con una barba gruesa y el cabello corto y rizado. Martin era el más delgado y joven de los tres, pero igual de musculoso y con el cabello largo y rubio.

Todos estaban completamente desnudos frente a mí, pero parecían no tener pena alguna. Se metieron al agua tibia, los vi de espalda, todos tenían bonitos culos, pero el más apetecible era el de mi Henry. Redondo y firme como para morderlo. Descubrí que estaba algo excitada al ver a estos hombres desnudos frente a mí.

—Ven a meterte Alessa, no tengas pena... —dijo Henry.

—No es como si no te hubiéramos visto desnuda antes—dijo Angus, refiriéndose al día que llegué.

Entonces me bajé del caballo y me quité mi pesado abrigo y mi vestido, quedando completamente desnuda a sus ojos, Henry me miró de arriba a abajo como si fuera la primera vez que me viera desnuda... Me sentía un poco penosa así que entré al agua lo más rápido que pude.

Entonces Henry se acercó a mí y me abrazó como marcando su territorio, el agua estaba deliciosa, tibia y humeante, calentó mi cuerpo en un segundo, me puse roja, Henry sudaba, hundió su mano bajo el agua y empezó a explorar mi vulva mientras hablaba con sus amigos.

Nadie sospechaba que bajo el agua sus dedos sacudían mi clítoris. Comencé a gemir sutilmente, cerré mis ojos, dejé que el calor entrara en mí. Sin darme cuenta estaba gimiendo sin vergüenza frente a los tres. Los escuché reírse de mí.

—¿La están pasando bien bajo el agua eh? —Dijo Angus.

Angus era más extrovertido que Martin, siempre estaba haciendo algún comentario chistoso, por otro lado Martin era callado y misterioso, su rostro con facciones fuertes era muy atractivo y su gran cabello largo y rubio junto a su barba lo hacían aún más guapo e inquietante.

Seguramente tendría mi edad, me veía profundamente, me contemplaba con sus ojos de un azul profundo. Podía verlo abrir su boca un poco en señal de placer a la vez que Henry me estimulaba. Me deseaba, seguro tenía una erección bajo el agua.

Henry se puso de pie, revelando su gran pene erecto frente a sus amigos. Yo lo tomé y comencé a masturbarlo para después tragármelo todo con mucho placer. Henry movió su cabeza atrás y apretaba sus nalgas cuando hundía su pene en mi garganta. Me tomaba de la cabeza y me movía al ritmo que quería.

Yo bajaba a lamer sus bolas, mientras veía a Angus con una sonrisa morbosa y a Martin verme con una mirada perdida. Seguí dándole sexo oral a Henry sin quitarle la mirada a Martin y vi su mano moverse arriba y abajo bajo el agua, estaba masturbándose.

—¿Te gusta Martin? Es un muchacho guapo el maldito— me preguntó Henry.

No sabía qué responder. Pensaba que me castigaría por estar viendo a otro hombre, pero lo que pasaría sería totalmente inesperado.

—Ven aquí muchacho, le dijo.

Martin comenzó a moverse bajo el agua hacia nosotros.

—Levántate.

Martin seguía bajo el agua,

—Levántate, Alessa quiere ver si tienes un pene grande y duro como el mío.

Angus se rió, Martin fue levantándose con pena hasta revelar su erección, tenía un miembro bastante largo y venoso, con poco vello púbico y unas grandes bolas que le caían como dos frutos maduros.

—¿Quieres que mi mujer te haga un oral muchacho?

Martin no respondía, sólo sonrió apenado.

—Yo sé que lo quieres. Pero primero tendrás que hacerme un oral a mí.

Lo miré sorprendida, pensé que estaba bromeando con él pero no se rió en ningún momento. Puso a Martin de rodillas, y metió su pene en su boca. Este parecía asqueado pero igual recibía toda la polla de Henry hasta que este se comenzó a reír y lo dejó ir. Le encantaba sentir que tenía el poder sobre las personas, que podía hacer lo que quisiera con ellos.

Martin se limpió la boca y me miró a mí. Verlo hacerle sexo oral a Henry me había excitado mucho. Me puse de pie y nos besamos, su boca todavía sabía al pene de Henry. Martin comenzó a lamer mis pechos, Henry se puso de pie y me masajeaba las nalgas, las abría para meter sus dedos ensalivados por mi vulva. Henry inclinó mi espalda, y metió la cabeza roja de su pene en mi vagina mientras yo me comía todo el miembro de Martin.

Ambos movían sus caderas a ritmos distintos pero acelerados. El pene de Martin llegaba hasta lo más profundo de mi garganta, al mismo tiempo que el miembro gigante de Henry chocaba contra las paredes de mi vagina.

No podía contener tanto placer dentro de mi cuerpo. Martin estaba muy excitado, gemía como loco, me acariciaba el cabello tiernamente mientras Henry me penetraba duro y profundo y me daba nalgadas. Entonces Angus se levantó para sacar su pene grueso y empezar a masturbarse.

—¿A quién le tengo que soplar el pito para que me dejen coger con Alessa?

Entonces Martin sacó su pene de mi boca como dándole espacio a su amigo, yo tenía la vista nublada, estaba sedienta y desinhibida, no me importaba tragarme la polla de Angus si me seguían cogiendo tan bien como hasta ahora. Ambos se pusieron frente a mí por lo que tuve que repartir mi boca entre ambos penes, Martin chocaba su miembro contra mi cara mientras que Angus movía el suyo dentro de mi boca.

Henry se movía cada vez más rápido por detrás, jaló de mi cabello e hizo que arqueara mi espalda. Los chicos se echaron para atrás cuando Henry comenzó a gemir como una bestia, estaba corriéndose, estaba corriéndome yo también, mis muslos temblaron y sentí la explosión en mi sexo. Veía a los chicos masturbarse mientras yo jadeaba orgásmica. El agua caliente hizo todas las sensaciones más potentes.

Decidí salir un momento para recostarme en la grama, estaba fría y era un contraste muy agradable, mi cuerpo temblaba todavía, acababa de tener un potente orgasmo.

—¿Les gusta la boca de mi mujer cabrones? —Preguntó Henry.

—Es bastante buena haciendo lo suyo— Dijo Angus.

—Ahora quiero ver cómo se la coge Martin.

Martin salió del agua y se recostó conmigo en la grama.

—¿Quieres más?

—Siempre quiero más—le dije.

Nos besamos un buen rato, mientras masturbaba su pene y él tocaba mis nalgas. Me penetró lentamente, sus movimientos eran suaves, me veía a los ojos cada vez que chocaba su cadera contra mi cuerpo. Después me subí a él y con mi cadera marqué el ritmo que me excitaba más, él tomaba mis pezones y los apretaba.

De repente se unió Angus a nosotros. Metiéndome su pene en su boca. Escuché a Martin gemir fuertemente, mientras yo masturbaba a Angus. Los hice correrse a los dos al mismo tiempo.

Después de pasar un rato relajándonos en las aguas termales regresamos a la cabaña. Jamás me había sentido tan libre, los bárbaros eran unos hombres sin prejuicios ni celos. Luego de ese día me cogí a todos los bárbaros que quise, pero Henry siempre estaba ahí observando cómo sus compañeros me daban placer, a veces se unía, a veces los bárbaros lo complacían a él también. Todos estaban a nuestros pies.

Ya no recordaba mi pasado, mis sueños habían perdido sentido, en mi corazón había perdonado a todo aquel que me había hecho mal. Ahora había encontrado la felicidad en las cosas más simples. Un hombre bueno y honesto que me hacía el amor y que me dejaba ser libre de acostarme con quien yo quisiera.

Viajaríamos, pelearíamos batallas juntos, haríamos el amor en los lugares más hermosos y recónditos del mundo. Nunca habría adivinado que encontraría tanto placer al haberme entregado a los bárbaros. Pero lo hice.

# Esclava Salvaje

## *Vendida como Mascota y Humillada por el Licántropo*

### 1

Encerrada en un calabozo, atada de manos y pies, sentada sobre mis propios excrementos. Con incontables marcas de quemaduras alrededor de mi cuerpo.

¿Cómo terminé aquí?

Es una larga historia.

Tal vez, solo tal vez, no fue la mejor opción intentar timar a un minotauro. Pero la suma que ofrecían como recompensa por su cabeza... Valía la pena intentarlo.

Su nombre era Gavin tenía cabeza de toro y cuerpo de humano. Poseía dos grandes cuernos prominentes de su frente que lucían como dos grandes espadas afiladas. De pie bañado por la luz del sol era un hombre muy grande y fornido, con músculos tensos bañados por su transpiración.

¿Qué harían conmigo? Quizás ni ellos mismos lo tuviesen claro, y yo me preparaba para esperar lo peor. Mi ejecución.

No sin antes presentarme.

Mi nombre es Alicia, cuyo significado se traduce en honestidad, algo por lo que poco era caracterizada. Soy una mujer independiente, con más fuerza que algunos hombres, aunque aquello era cuestionable.

Más que independiente, solitaria. Era extraño conseguir una mujer lobo sin rebaño, pero nunca se me dio bien la convivencia con otras personas. No es como que no lo hubiese intentado, pero las cosas simplemente no se pueden forzar; producto de ello decidí que lo mejor era seguir mi camino sola.

Y así comencé a dedicarme a realizar cualquier clase de trabajo por una retribución regularmente baja de dinero, dispuesta a matar, robar, luchar, lo que sea con el único interés de ganar algo de dinero.

Me conformo con poco, ¿qué puedo decir? Lo que fuera necesario para sobrevivir, capaz de adaptarme a cualquier situación cambiante que se presentase.

Desde que era una pequeña, jamás tuve grandes aspiraciones. Fui criada en un humilde hogar, en el que apenas y el techo lograba sostenerse por encima de sus finas paredes y mi madre a duras penas ganaba lo suficiente como para conseguir la comida del día a día.

Pero así fue siempre, debimos arreglárnosla solas puesto que mi padre había abandonado a mi

madre luego de embarazarla. Todo un cabrón.

Juré conseguírmelo alguna vez en mi larga vida y darle la lección que se merecía. Claro, que ahora sería difícil conseguirlo, tomando en cuenta que quizás moriría.

— Oye, pequeña rata—las palabras retumbaron entre las paredes del largo callejón con innumerables celdas.

Giré hacia la voz y unos metros más allá vi a un hombre obeso y tosco, salpicado por los tenues rayos del sol que se colaban a través de los agujeros del techo.

— ¿Puedo ayudaros?—pregunté con acidez en mi voz.

El hombre alzó la vista y se acercó a las barras de metal que conformaban mi celda.

— Claro que podéis—contestó dedicándome una sonrisa sádica—. Puedes acercar tu pequeña y sucia boca a uno de estos barrotes y complacerme un poco.

Pensé en acercarme a él y morderle el miembro en un arrebató, hasta que se desangrase, pero en su lugar le dediqué un gruñido lleno de ira y odio ante su indecente propuesta. Esto antes de que otro hombre delgado atravesara la puerta y se acercase.

— Quizás qué habrás intentado hacer para que te gruña—soltó una carcajada—. El jefe se enfadaría si algo le pasase.

— Si es que se entera...—contestó el gordiflón.

— No es tu juguete, Rich—espetó con brusquedad el joven delgado, y se acercó un paso más a mí.

Retrocedí en instinto, temerosa de sus dudosas intenciones. Sabía que no podía fiarme de ninguno de estos animales.

Suspiró con desdén y susurró algo al oído de su compañero antes de retirarse y dejarme hundida entre la oscuridad.

\* \* \* \*

En un intento desesperado por escapar, por conseguir una salida, diseñé un plan que fallé. Incluso había intentado coquetear con los imbéciles que traían mi comida pero todo mi esfuerzo resultó inútil.

Lo único que conseguí fue que recortasen mis entregas de comida a cada dos días con el objetivo de no dejarme morir de hambre, pero sí hacerme sufrir. Y una que otra vez se acercaban a mí y quemaban mi espalda y mis pies con un hierro caliente

A partir de allí los días transcurrieron con extrema pesadez, tratando de dormir la mayor cantidad de horas posibles para huir de la realidad atrapante—había perdido mis esperanzas.

Cuando de repente la puerta se abrió de golpe y grandes pasos se aproximaban hacia mí, poniendo mis nervios de punta.

Entorné mis ojos para visualizar con la escasa luminosidad, hasta que observé a mi viejo amigo.

— ¿Me has extrañado?—pregunté con voz melancólica.

Suspiró con frustración y me lanzó una mirada llena de ira.

— Supongo que no tanto como tú a la comida o el dinero que te dedicabas a robar—espetó Gavin.

Vacilé un segundo antes de responder, y le ofrecí una de mis mejores sonrisas.

— Lo creas o no, hay cosas que extraño más... Como matar—contesté.

Mordió sus labios, luciendo asqueroso, y rio con sorna.

— Pues no creo que eso sea algo que recuperes. He venido a darte la grata noticia de que tus días en esta estancia con nosotros están contados—dijo, dándome la espalda y comenzando su camino a la salida.

Tragué fuerte. Sabía lo que se venía.

Me iban a matar, y estaba demasiado débil como para luchar.

Ahora por fin había entendido que disminuir mis comidas, más que un castigo, había sido un plan para debilitar mi cuerpo y mis fuerzas.

Malditos.

\* \* \* \*

— Arriba, mujerzuela—espetó un hombre que nunca antes había visto.

Su contextura era musculosa y su tez oscura, como sus ojos y su cabello. Grandes rasgos cubrían su rostro, una nariz prominente y labios gruesos lo caracterizaban.

Abrió la puerta y se acercó a mí para liberar mis pies. Alcancé a pararme sobre ellos, y me arrastró para sacarme de la diminuta celda—o jaula, como me gustaba llamarle.

Lo seguí obediente por el largo pasillo, aun con mis manos atadas, hasta que llegamos a una puerta de madera que marcaba la salida. Me prometí a mí misma que me escabullaría en la primera oportunidad que se me presentase.

Acto seguido la abrió, mientras que la brillante luz causaba que mis ojos ardiesen luego de tanto tiempo en la oscuridad. Un quejido exasperado brotó del pecho del hombre y me empujó hasta sacarme del interior; no entendía qué le había hecho a este tío para que me tratase tan mal, carajo. Gruñí en respuesta y le enseñé los dientes.

No alcancé a reconocer el exterior, lo que me hizo preguntarme cuánto tiempo había pasado encerrada. Jamás pensé que fuera lo suficiente como para olvidar fragmentos de mi captura.

Pero al parecer así era.

El lugar estaba en ruinas, la pintura de sus paredes comenzaba a caerse a pedazos y todo estaba sucio y mugriento. Sus alrededores estaban llenos de hombres que parecían soldados de guerra, lo bastante escrupulosos como para seguir cualquier orden de su capitán—o su dueño mejor dicho.

Observé a mi costado, y allí estaba el minotauro que me odiaba. Cuando nuestras miradas se encontraron soltó una carcajada de puro placer y demandó que me acercasen hasta él.

— Trata de mostrarte entusiasta, y quizás consigas salir de aquí—dijo en susurro, acercándose a mi cara, de manera que podía sentir el calor de su aliento en mi rostro.

Le ofrecí una sonrisa junto con una mirada burlona. Ambos sabíamos que tendría que matarme para que lograra cooperar con él.

— Y yo que creía que las putas nos admiraban por nuestra espontaneidad—musitó—. Y nuestras fortunas, claro.

— Sí, pero solo después de matarlos. El trabajo antes que el placer—respondí encogiéndome de hombros.

— ¿No te pica la curiosidad por saber qué estás haciendo aquí?—preguntó observando mis ojos con detenimiento, estudiando mi expresión.

— Sé que me matarás, y la muerte ya no es algo a lo que le temo—dije, tratando de incorporarme en una postura rígida.

— ¿Matarte? ¡No!—exclamó, rompiendo a reír—. Eso no me beneficiaría en nada. Claro que me daría satisfacción ver rodar tu cabeza, pero no es el destino que tengo preparado para ti, pequeña prostituta.

— ¿Y entonces para qué he venido hasta aquí?—pregunté confundida.

— Te venderé como esclava al mejor postor.

Y con aquellas últimas palabras comencé a guiar mi pupila entre la multitud que ahora se aglomeraba detrás de nosotros, deteniéndome en el joven delgado que me había defendido días atrás.

De no haber sido por él y su buena educación, hubiesen terminado abusando de mí, y por ello estaría enormemente agradecida el resto de mi vida.

Un esbozo de sonrisa se asomó en sus labios, y pestañeé varias veces para asegurarme de ello, hasta que el hombre que me había llevado hasta allí me lanzó un balde de agua helada encima.

El minotauro me giró bruscamente en dirección a la multitud, haciéndome caer sobre mis rodillas.

— ¿Me vas a exhibir delante de ellos como si fuera una vaquilla especial?—pregunté observando al gentío delante de mí, mientras mi cuerpo temblaba por el frío.

— No, no eres especial. Veamos si despiertas algún gusto—respondió él con aparente ligereza.

Sabía que todos me veían como un objeto, juzgándome bajo miradas inquisitivas en busca de algo fuera de lo común. Conseguí no parecer demasiado inquieta—hasta la primera oferta.

— Cincuenta monedas—dijo un hombre de tez pálida, y un solo ojo a mitad de su rostro.

Fruncí el ceño en respuesta—ese era un precio considerablemente bajo... Me sentía ofendida.

Le lancé una mirada de advertencia a Gavin, pero él mantenía su mirada fija entre la muchedumbre, y así siguieron las ofertas una seguida de otra, más alta que la anterior.

Hasta que se levantó de su asiento y alzó la vista entre las personas, señalando en dirección a un hombre alto y rubio.

— Desgraciadamente, es un licántropo, pero ya sabes... podría irte peor—dijo, encogiéndose de hombros.

— ¿Perdón?—pregunté. No estaba segura de haber oído bien.

— Diez mil monedas por la puta, ¿he oído bien, señor?—preguntó mi captor con una expresión complacida en su rostro.

Miré de nuevo al hombre, quien asintió levemente con una elegancia notable. A la distancia se notaba su gran estatura, quizá unos diez o quince centímetros más alto que yo. Supuse que tendría menos de treinta años, aunque su expresión severa le hacía parecer mayor; y daba la impresión de que no le gustaba lo que le rodeaba.

— ¡Vendida!—cantó Gavin alegremente, y con ello cerrando la subasta.

Tragué saliva con dificultad. Mis esperanzas de escapar de repente se habían visto nubladas.

Tenía un mal presentimiento con este hombre.

\* \* \* \*

— Deberías intentar disfrutar del resultado. Todo el mundo ha ganado—dijo Gavin mientras terminaba con un plato de comida.

— Me has vendido a un licántropo—musité.

Y de repente fuimos interrumpidos por la llegada de aquel alto y misterioso hombre.

— Ha llegado tu nuevo dueño, Alicia—comentó Gavin, alzando su copa en dirección al hombre—. Salud por usted.

A lo que el hombre respondió lanzándole una mirada astuta y devolviéndola hacia mí. Gavin asintió.

De cerca era mucho más alto, lo cual hacía que me sintiera diminuta a su lado. Su piel era tan blanca como la nieve y su cabello hacía juego con su barba en tonos dorados—era muy atrayente. Podía dejar con la boca abierta a cualquier mujer.

— Tu rostro me resulta familiar, ¿cuál dijiste que era tu nombre?—preguntó Gavin.

— Alen Westron—contestó secamente.

Apreté los labios en una dura línea. Aunque deseaba tener buen ánimo, no me hacía ilusiones



sobre el carácter de este hombre; de no ser por eso quizás se me habría caído la baba como a cualquier tonta campesina.

Gavin vaciló unos cuantos segundos reflexionando al respecto, hasta que respondió.

— Eres el Rey Alen—dijo con un tono de sorpresa en su voz—. Tu linaje es asombroso, supe solo con verte que eres un licántropo... Solo hace falta mirarte.

— Quizá lo encontréis divertido, pero las cosas se pueden tornar algo oscuras—contestó Alen, con un gesto divertido en su rostro—. Puedo mostraros lo que sucede, si están interesados.

— Seguramente Alicia ya tendrá tiempo para ello—comentó Gavin antes de entregarle una llave a Alen—. Esta es la llave de las esposas de tu nueva esclava, aunque estoy seguro que una joven inocente te aburrirá mucho.

— Probablemente tienes razón—espetó Alen, mientras seguía observándome—. Pero no es tu problema lo que haga. Te he pagado por algo y ahora me pertenece. Así que si me disculpas, me largo de aquí.

Y con ello Alen le dio la espalda e inició su camino de salida. Dos hombres se acercaron a mí y me levantaron para seguir obedientemente a su rey, y comenzar el rumbo hacia mi nuevo destino.

\* \* \* \*

El recorrido fue un tanto turbio y silencioso, con el único acompañamiento del galope incesante de los caballos. El Rey Alen dirigía su vista a través de la ventana sumergido en sus propios pensamientos, en aquel momento dejó de lucir temible y en cambio lucía casi encantador.

— En poco tiempo llegaremos, Su Alteza—comentó uno de los hombres a mi lado, alejando los pensamientos que comenzaban a albergar mis entrañas.

Él asintió brevemente y dirigió su vista hacia mí, y su expresión cambió de serena a reprobatoria al encontrar que yo ya lo estaba mirando. Dobló un poco su cabeza a un costado y entornó los ojos hacia mí.

— No se mira así a su Rey—espetó el hombre que había hablado momentos atrás.

— Por fortuna, él no es mi Rey—contesté dedicándole una sonrisa llena de picardía.

Y seguidamente me golpeó con un bastón de madera en el pecho. Contuve el quejido de dolor y clave mi mirada en mis pies, mientras una lágrima caía por mi mejilla.

Alen regresó su vista de vuelta a la ventana y miró el exterior, y pensé que era apropiado que lloviera aquel día. Después de un intervalo gris y doloroso, una tosecilla discreta me recordó que no estaba sola.

— Soy tu dueño y ahora tu Rey, te guste o no—masculló Alen, luego de dar una larga respiración cargada de ira e impotencia.

El corazón se arrugó en mi interior, con mi valor y mi carácter. Hubo otra tos seca, esta vez avergonzada. Supuse que venía del segundo hombre que nos acompañaba, pero no fui capaz de levantar la mirada.

Cuando de repente el carruaje comenzó a detenerse lentamente, hasta que un caballero nos abrió la puerta. El Rey fue el primero en salir, como era de esperarse, tan caballero como ningún otro.

Mientras que a mí me trataban como a un animal.

Uno de los hombres me empujó para apresurar mi salida, lo que hizo que cayese sobre la dura arena cubierta con lodo y piedras.

Me levanté torpemente sobre mis talones y alcé la vista hacia aquel gran palacio que yacía frente a mis ojos, una edificación tan antigua y preciosa que era exquisita solo observarla.

Largas paredes cubiertas de piedras grisáceas, un techo de tejas rojas carmesí y ventanales tan largos y transparentes que el cielo mismo alcanzaba a reflejarse en ellos. Una fina e interminable alfombra color vino marcaba el comienzo de la entrada y terminaba en una gran puerta de madera con guardias en sus costados.

— ¿Qué hará con su nueva adquisición, Señor?—preguntó un caballero que se encontraba en la entrada para recibirnos.

Alen respondió encogiéndose de hombros, antes de girar hacia mí y dedicarme una mirada despectiva, cuando era yo quien debería sentirse herida—hablaban de mí como si fuese un objeto.

— Por lo pronto, pueden llevarla a asearse y a la cocina—masculló—. Ya veré que hacer con ella.

Acto seguido sacó de su bolsillo derecho una pequeña llave y se la entregó a un hombre con una expresión impenetrable.

Respiré hondo y di una buena bocanada de aire para luchar con todas mis fuerzas ante el impulso de responder. Por suerte, uno de los hombres apareció detrás de mí para tomar mi brazo y arrastrarme hacia la cocina, donde conocí a la única persona que me trató con amabilidad desde hacía mucho tiempo.

— Hace un día precioso, ¿no crees?—preguntó una pequeña y delgada mujer, con piel blanca y ojos verdosos. Su piel comenzaba a mostrar unas cuantas arrugas de la edad—y supe que era un hada.

La miré con recelo, sin entender el significado de sus palabras. El cielo estaba bañado en su abundancia por nubes oscuras amenazando con romper a llover en cualquier momento, y recordé mi deseo de que fuese así momentos atrás.

Ella sonrió con gentileza y achicó los ojos al notar mi expresión. Se acercó con sigilo hacia mí y liberó mis muñecas con la pequeña llave, dejándome como una pequeña niña sorprendida ante un truco de magia.

El shock fue de tal calibre que permanecí inmóvil luego de ser liberada.

— Mi nombre es Sunny, ¿cuál es el tuyo?—preguntó con entusiasmo, tendiendo su mano frente a mí—. Soy el ama de llaves del Señor Westron, y su niñera tiempos atrás. Oh, lo conozco desde

que era un chiquillo, le cambié los pañales y fui testigo de sus primeros pasos.

Hubo un instante de silencio, y vacilé antes de estrechar su mano tras intentar limpiarlas con mis muslos.

— Alicia Curzon—respondí con timidez.

Ella asintió, y sirvió un plato con patatas y carne de res, el cual desprendía un aroma maravilloso, para ofrecérmelo silenciosamente.

— Cuando termines te daremos el baño que el Señor Westron ha pedido—dijo ella—. Que lo disfrutes.

Y luego desapareció detrás de una pequeña puerta de vidrio.

\* \* \* \*

Devoré el plato en cuestión de segundos, para saciar el hambre y las penumbras que había pasado días atrás. Agradecí silenciosamente a Dios y a Sunny por su misericordia y espere pacientemente por ella un par de minutos hasta su regreso, mientras recordaba sus palabras sentía una gran estima hacia el Rey, pero aun así se dirigía a él como *Señor*, como si su relación hubiese sido todo el tiempo estrictamente profesional.

— Tal parece que no has alcanzado a saborearlo siquiera—dijo ella, abriendo sus ojos como platos sorprendida.

Sentí un ligero rubor subir hasta mis mejillas y sonreí apenada.

— Estás lista para tu ducha entonces. Sígueme—propuso ella—. Espero que no intentes escapar—concluyó guiñándome un ojo.

Darse un baño se sentía como el paraíso, quizás extrañaba estas pequeñas cosas de la vida cotidiana, como darse una ducha pero nunca nadie había cuidado de mí como lo estaba haciendo Sunny. Claro que solo estaba siguiendo órdenes pero algo en su interior era auténtico, su sola forma de ser desprendía ternura.

Restregué mis manos contra mi rostro mientras el agua caía en mi espalda y deseé silenciosamente no sentir simpatía hacia Sunny, volver a mi antigua vida lo que cada vez se veía más lejos de mí.

— Se me ha ocurrido una idea esplendida, Alicia—anunció Sunny triunfante, al otro lado de la puerta—. Aún no te han asignado a ningún área específica del palacio, así que sería bueno que las conocieseis todas. Te daré un buen recorrido.

Acepté pensando que sería una buena estrategia conocer el lugar, con el objetivo de encontrar vías de escape cuanto antes para mi huida.

\* \* \* \*

El plan de Sunny fue según lo previsto—paseamos tranquilamente por los largos pasillos, jardines e innumerables habitaciones, mientras las horas de la tarde transcurrían y ella me explicaba que se hacía en cada una de las distintas áreas del palacio, presentándome a algunos empleados y guardias amistosamente. Alguno que otro me dedicaba una mirada de recelo, pero no dejé que me afectase mucho; a pesar de todo, era una extraña irrumpiendo en su hogar sin previo aviso. Era natural que no todos me recibiesen de brazos abiertos.

Hasta que nos encontramos con el Rey Alen de frente, quien se sobresaltó al vernos. Luciendo tan atractivo como de costumbre, con su pelo rubio y brillante y sus ojos azules llenos de oscuridad. Se acercó a Sunny y preguntó con disgusto qué se suponía que estábamos haciendo, como si yo no estuviese justo al lado para escuchar.

— Su Alteza, le estaba enseñando a Alicia los lugares y trabajos que podría desempeñar en el palacio—contestó ella apenada.

— ¿Y quién te ha ordenado tal cosa? ¿Tu Rey?—preguntó él con un sobresalto—. Eso no es lo que quiero, vuelvan a la cocina. Ocúpense de algo, pero el paseo se ha acabado—agregó entre dientes, con gravedad.

Sunny sintió miedo, lo supe por cómo su labio inferior comenzaba a temblar, y yo lo miraba fijamente, pensando que esta escena debía de ser un error.

¿Cómo podía tratar tan mal a quien hablaba de él con tanto amor en sus ojos? ¿Y cómo Sunny lo permitía?

Me puse rígida, incapaz de creer lo que oía antes que Sunny me tomase del brazo para comenzar a caminar escaleras abajo rápidamente, consciente de que si se quedaba allí se echaría a llorar.

— ¡Y colócale de nuevo sus esposas!—gritó Alen, con amargura.

Cuando llegamos al final de las escaleras, Sunny respiró con fuerza e hizo llamar a uno de los guardias y le ordenó que me guiase hasta el cuarto de servicio, el cual se convertiría en mi habitación.

Una pequeña habitación, con techos bajos y un pequeño closet de madera con varias mudas de ropa. Una cama cubierta con sábanas blancas yacía al lado de una mesita de noche con una lámpara de mano, sin mucha personalidad y nada ostentoso, distinto al resto del palacio.

Luego de entrar, el hombre cerró con llave la cerradura del exterior y escuche sus pasos alejarse consecutivamente. Me dejé caer sobre la cama y cerré los ojos, pensé que al menos en este lugar no era tan malo, tenía un lecho donde dormir y comida. Pero recordé también la promesa que me había hecho, y eso era algo que no estaba dispuesta a dejar ir tan fácilmente.

## 2

— ¿Os gusta el filete, Señorita Alicia?—preguntó Henry, el chef del palacio mientras echaba generosamente sal en el filete de res que tenía en una tabla de madera.

Henry era un hombre de contextura gruesa, con el cabello rizado y unos grandes ojos verdes luminosos. Sunny conversaba animadamente con él la mayor parte del tiempo, e inferí que eran viejos amigos.

— Por supuesto—contesté.

— Pues te guardaré un buen pedazo, después de que lleves el almuerzo al Señor Westron—dijo él, mientras lanzaba el filete a la sartén y la cocina se bañaba en exquisitos aromas—. ¿Qué opináis?

Puesto que me gustase o no la idea terminaría sirviéndole la comida a ese monstruo, decidí aceptar la oferta y obtener un buen filete a cambio.

La buena comida del castillo nunca podía ser disfrutada por el personal o la servidumbre—era guardada para la familia Real, o sus invitados, así que Henry estaría infringiendo las normas pero no parecía preocuparle.

A juzgar por su apariencia, sabía que debía de hacerlo con mayor regularidad de la que creía, y no lo culpo. Un buen cocinero siempre prueba su comida antes de servirla y como resistirse a su buena mano.

Tomé la gran bandeja de plata y reacomodé todo en su sitio para apresurarme; un merecido almuerzo me esperaba después de todo.

El comedor estaba iluminado por un gran candelabro, que ofrecía una luz dorada a la mesa y arrancaba brillos dorados del cabello de Alen. Quien se encontraba sentado en la silla principal del gran comedor de madera, desdoblado una pequeña servilleta de tela.

— ¿Eh?—dijo Alen, cuando me observó con las bandejas en las manos.

Vestía un traje elegante azul marino, con una corbata negra y su expresión confusa se transformó en una sonrisa en parte cínica y en parte de indescifrable, dándole un aura de misterio.

Me acerqué y coloqué frente a él el primer plato con un gran pedazo de filete de res, papas horneadas y vegetales bañados en crema de queso, olía delicioso y creí oírlo suspirar.

Alen dejó a un lado la servilleta y se recostó en su silla al momento en que me separaba de él e introdujo un pequeño trozo de res a su boca lentamente.

— ¿Y bien?—preguntó él, con desdén—. ¿Vas a quedarte allí observándome como una loca mientras como o vas a dejarme almorzar en paz?

— Me temo que sí—contesté solo para molestarlo, con una sonrisa sorna en mi rostro.

Alen lanzó un gruñido molesto y arrojó en un arrebato de ira el plato a un costado, dejando caer la comida junto con la fina baldosa de porcelana, rompiendo el temple silencio que cubría la habitación. Al parecer no apreciaba cuando alguien le contestaba sus insolencias, y me pregunté si

sería el tipo de bestia salvaje que sentía satisfacción con el sufrimiento y amaba que le temiesen.

— Recógelo—exigió, entornando los ojos hacia mí, llevando a su boca con elegancia una copa de vino.

Me incliné para recoger los grandes trozos de porcelana que se encontraban en el suelo, cortándome la palma de la mano con uno de ellos. Mi piel ardía y sentía el calor de la sangre surgir. Respiré profundamente y seguí.

Cuando me disponía a levantarme para salir del salón, su voz me interrumpió.

— ¿Adónde vas? Aún no he almorzado, pide a la cocina que envíen otro filete—ordenó él.

Tomé una larga respiración, cargada de ira y exasperación.

Maldije a Alen en mi mente por idiota y me retiré en silencio del comedor.

\* \* \* \*

— ¿Qué ha pasado?—preguntó Henry con sus ojos llenos de preocupación, al verme cruzar la puerta.

Acto seguido, se apresuró en quitarme de las manos los trozos de porcelana.

Su boca formó una gran sorpresa al retirar la porcelana y notar mis dedos manchados de sangre. Me miró a los ojos, en busca de respuestas o alguna explicación.

— Su Alteza ha tirado su comida al suelo y quiere otro filete—le dije con cierto tono lleno de sarcasmo.

Henry vaciló un tanto, divagando su mirada entre el suelo y la cocina antes de hablar.

— El último pedazo que queda es el tuyo, Alicia—agregó Henry avergonzado y con una expresión de tristeza en su rostro—. Lo siento.

— Pero claro que ya me lo esperaba, con mi buena suerte—susurré con desdén y cerrando mi mano en un puño.

— Venga tía, no digas eso. Cada uno hace su propia suerte, ese filete aún está en deuda—respondió Henry, mientras tomaba otro plato y comenzaba a servir nuevamente el menú en el plato del Rey.

Al volver al comedor, Alen se encontraba enfocado observando un punto fijo de la pared, y serví frente a él nuevamente su plato junto con sus cubiertos.

— ¿Es que acaso eres estúpida?—gritó histérico Alen—. ¡Estas llenando todo de sangre! ¿Fuiste incapaz de curar tu herida?

Observé los bordes de los platos con unas escasas gotas de sangre, casi inobservables, pero un grandísimo error para este hombre que cuidaba cada pequeño detalle de su vida—y la ira

comenzó a aflorar en mi interior.

— ¿Por qué no come en vuestra habitación? Allí no hay nada que ofenda vuestra maldita sensibilidad—pregunté exasperada, usando el mismo tono de él, por lo que ambos estábamos gritando.

— Es sencillo—respondió Alen con sequedad y un tono de voz más bajo—. Es mi castillo. Mi comida. Mi servidumbre. Tú no eres nadie para decirme que hacer.

Él enarcó las cejas en ademán retador y los dos nos miramos en silencio hasta que, por suerte, entró Sunny al salón.

— Disculpad... han llegado sus invitados, Señor Westron—dijo Sunny con su suave voz—. Lo esperan en el recibidor.

Alen volvió su mirada hacia mí, y me sonrió divertido. Sentí náuseas, sabía que aquello no podía significar nada bueno.

— Tú nos servirás—dijo él.

Miré a Sunny para que me ayudase a salir de aquel enredo, pero ella solo se alzó de hombros y me ofreció una mirada que decía *no hay nada que hacer*.

— Bien—espeté, manteniendo la mirada con él unos cuantos segundos.

Me acerqué a él, antes de tomar la servilleta que se encontraba ahora en su regazo. Presioné la herida en la palma de mi mano—que tenía gracias a él—y con ello sellé mi salida, pasando por en medio de Sunny.

Estaba molesta con ella. ¿Cómo es que no pudo siquiera intentar ayudarme? Su miedo hacia Alen iba mucho más que nuestra amistad.

\* \* \* \*

Me detuve en seco frente a la puerta del estudio, escuchando las risas de unos cuantos hombres. Desde mi llegada era la primera vez que se recibían visitas en este lugar y poco sabía sobre cómo actuar en presencia de otras personas.

Meforcé a entrar, consolándome con mi propio pensamiento de que solo debería servir la bandeja y me retiraría—una tarea sencilla, fácil.

Una vez dentro, fui ignorada por el bullicio del gentío que se encontraba allí; incluso por Alen. Todos mis miedos habían sido vencidos.

— ¡Maldición, he vuelto a perder!—gritó un hombre, tirando de golpe las cartas sobre la mesa.

Tenía un aspecto limpio, pulcro. Su piel era de un color arena, y sus cabellos caían como suaves rizos castaños dándole un marco a su rostro. Tenía una pequeña barba y vestía una camisa blanca arremangada hasta sus codos.

— Ya llegará tu tiempo, Scott—respondió Alen, consiguiendo eliminar un poco de tensión con aquel comentario.

Unos cuantos hombres rieron en respuesta y alzaron sus copas para brindar en virtud del Rey Alen, quien supuse era quien había ganado la mano.

— Me conoces, Alen, soy un amante por excelencia—contestó el hombre, apaciguando nuevamente las voces de los demás—. No un hombre de juegos.

— Al juzgar por tu expresión cualquiera diría que le das más importancia de la que admites—musitó otro de los hombres.

Y unos cuantos susurros recorrieron el salón.

— Caballeros, ¿estamos aquí para jugar o no?—preguntó Alen, echando una mano de cartas—. Dejad de parlotear y vamos a jugar.

Alen intentaba evitar que la conversación siguiese, pero era demasiado tarde. Sus compañeros habían bebido mucho y querían hablar, no jugar a las cartas.

— Ya sabemos la fama que te gastas, Scott—agregó otro hombre, de cabello oscuro y una gran y larga barba—. No es necesario que alardees sobre ser un mujeriego.

— Prefiero decir que me gusta amar a las mujeres—dijo Scott, encogiéndose de hombros—. En especial las prometidas...

Todos se echaron a reír, excepto el Rey Alen. Claro, su carácter estaba entre irritado y molesto constantemente y esta vez no era la excepción.

Alen frunció el ceño y vació su copa de vino de un solo sorbo, para impedir pensar en aquel tema. Pero, ¿por qué? Mi curiosidad picaba en mis oídos cada vez más—deseaba saber el oscuro secreto del Rey Alen. Sin duda, algo escondía.

Quizás podría usarlo para mi beneficio, conseguir un poco de ventaja, o al menos que dejase de burlarse de mí. Y de repente nuestras miradas chocaron a medio camino por un pequeño espacio y Alen, que llevaba toda la tarde taciturno y desgraciado, sonrió.

Entonces su voz se coló por encima de la multitud.

— Mi copa se ha vaciado, Alicia—dijo él, moviendo la copa de cristal en su mano. Y logrando que el bullicio se calmase y todas las miradas se giraran hacia mí.

Miré a Alen que sonreía todavía y a los hombres que habían sido participes de la conversación anterior, quienes me miraban inquisitivamente. Consideré mi próxima respuesta en silencio.

— Muy bonita—dijo uno de ellos.

— Sí que sí, preciosa—respondió Scott, con una mirada llena de lujuria.

Alen carraspeó impaciente, a lo que le ofrecí una mueca burlona y me incliné hacia él, en un intento de reverencia sarcástica. Decidí no emitir palabra alguna.

Acto seguido coloqué la bandeja en su sitio, recogí un par de copas vacías y me propuse a salir del estudio.



Llevaba toda mi vida viviendo de nómada, y me había ido de aquel salón sintiéndome más nerviosa que nunca. Un hombre me había considerado preciosa... y tomando en cuenta lo bestial de Alen y sus malas intenciones, quizás dejaría que me violasen solo para su diversión.

Por mi mente cruzaron las consecuencias de tal hecho... y sentí las posibilidades correr por mi cuerpo. Alen era malvado, sin duda. El hombre tendría si acaso el corazón roto y estaría feliz humillándome; bastaba con que tomase la decisión y luego diese la orden para que se llevase a cabo.

Si algo quebrantaba la dignidad de una mujer era ser violada, mi madre lo dijo toda su vida.

Una de las copas cayó de mis dedos temblorosos y maldije para mí misma. Me apresuré en correr a la cocina y hablarle sobre a ello a Henry o Sunny. Ellos sabrían que hacer.

\* \* \* \*

Las pequeñas manos de Sunny se posaron en mis hombros, ofreciéndome un poco de consuelo y fortaleza.

— El señor Westron no sería capaz de tal cosa, querida—dijo ella.

— Sunny, el cariño que sientes por él, no te permite ver quien es en realidad—contesté.

Ella rio y me dio un beso en la frente. Sunny era una oyente maravillosa, escuchaba con concentración y hacía preguntas incisivas en el momento oportuno.

— Te aseguro que no tienes nada por lo que preocuparte—me afirmó—. Desde que llegaste, no has hecho nada más que mejorar, por lo que no veo por qué el señor Westron haría eso.

— ¡No, Sunny!—dije alzando la voz, mientras mis nervios se crispaban en mi columna—. Es un hombre oscuro y sombrío que disfruta de humillarme, pero yo no lo voy a permitir.

Pensé en los hombres que habían ido al palacio, y el puñado de ellos que habían mostrado un interés particular en mí.

Sunny se retorció un poco en sí. Sabía que era demasiado directa, pero no podía evitarlo. No tenía intención de quedarme sin hacer nada.

— No voy a cruzarme de brazos a esperar que él sea el primero en dar el golpe. No lo concibo.

— ¡Tonterías!—dijo Sunny, alzando el tono de su voz, algo que nunca antes había visto—. Solo ha sido otra prueba de su mal carácter. Quizás ha estado un poco... disperso, o descentrado, pero es un buen hombre. Y tú una mujer que debe de servirle a su Rey. Fin de la discusión.

Así que la dulce Sunny también tenía espinas. Hacía un buen trabajo ocultándolas, pero allí estaban. Sabía que nadie podía tener un carácter tan sereno y sutil ante todas las situaciones, y su punto débil era Alen, por lo que no podía confiarme de Sunny.

Una aliada descartada, lo que recortaba mis posibilidades en gran medida.

— Lo siento Sunny—respondí con sequedad, y aparté mi vista de ella con renuencia—. ¿Dónde está Henry?

Hubo una larga pausa por parte de Sunny, hasta que contestó.

— Ha de estar recogiendo frutas y legumbres en el jardín—comentó ella, con cierta indecisión en su voz.

Puesto que no se había escuchado muy segura sobre ello, decidí abandonar la idea y ocupar mi tiempo en otra cosa, antes que Alen demandase nuevamente otro de sus caprichos.

\* \* \* \*

Me dediqué a peinar los cabellos de la alfombra de la estancia, siendo la habitación que más alejada se encontraba del estudio; y la tarde transcurrió tan rápido que en un par de horas la noche cayó, acabando con los brillos del sol que iluminaban la habitación a través de los ventanales, sustituidos ahora por la luminosidad de luna.

Salí por un momento en busca de fósforos para encender las velas, y así poder terminar mi tarea—de repente sentía satisfacción con lograr las tareas que me proponía en el palacio.

Al volver, encontré por casualidad al Rey Alen leyendo frente a la chimenea, aunque no estaba encendida. Él no me oyó entrar, y su cabeza siguió inclinada sobre el libro. Había esperado que me recibiese con su mismo buen ánimo de siempre, quizás incluso peor; pero no fue así.

Lucía triste y melancólico, como si tratase de enfocar su atención vagamente en algo pero fallando en el intento. Aunque él se esforzaba, no lo conseguía. Decidí no llamar su atención, pues parecía encontrarse en un momento particularmente íntimo.

Así que me puse de rodillas y seguí mi labor en la oscuridad—esperaría a que él se fuera para salir, y todo me iría de maravilla.

Soportaba aquello con estoicismo, como todo lo demás absurdo de la situación. Mis músculos comenzaban a acalambrarse y era un verdadero tronco esforzarme por controlar hasta el sonido de mi respiración.

Dediqué una rápida mirada a Alen, quien se encontraba ahora observando una fotografía en sus manos, con dedicada atención.

De lejos parecía una persona diferente. El hombre oscuro y temible, había sido reemplazado por un hombre sentimental y crispado.

Rozaba con sus dedos la fotografía y en cuestión de segundos comenzaron a caer unas cuantas lágrimas por sus mejillas, y un sollozo ahogado provino de su garganta. Él estaba esforzándose por mantener su usual compostura, pero se escapaba de sí mismo la ola de emociones que se arremolinaban encima de él.

Quizás era una foto familiar, y su rigidez se debía a la pérdida de su madre o algún hermano, pero

tenía la desagradable sensación de que había una causa más profunda.

En un segundo, Alen era un mar de lágrimas. Lloraba desconsoladamente, abrazando la fotografía contra su pecho, y sentí mi corazón estrujarse con verlo sufrir tan desesperadamente. Deseaba acercarme a él y decirle que todo estaría bien, ofrecerle a cambio algunas palabras de consuelo.

Pero en lugar de eso, permanecí en silencio observando el acontecimiento.

Sunny atravesó la puerta y notó mi presencia casi de inmediato. Abrió los ojos como platos, reprimiéndome con solo un gesto.

Distinguió que el Rey Alen se encontraba ensimismado, y carraspeó para llamar su atención.

— Adelante, Sunny—espetó él.

Tal vez ya era consciente de su presencia, pues no había sorpresa en su rostro cuando devolvió la mirada a su libro, incapaz de alzar tan siquiera la vista a Sunny.

— La cena está servida, su Alteza—dijo ella, con una voz inescrupulosa—. Puedo hacer que la traigan hasta aquí, si así lo desea.

Él la interrumpió con un movimiento brusco de la mano.

— No es necesario—aseguró con brusquedad—. Por favor, seguid con vuestras actividades, para que pueda volver a mi libro.

Sunny lucía como si le acabasen de dar un puñetazo en el estómago.

Como deseaba destruir aquella calma despreciativa de Alen; luego de verlo tan vulnerable y sensible, volvía a mostrar su verdadero interior. La desilusión que me hizo sentir fue tremenda.

Pero Sunny solo asintió. Miré las manos de Alen apretando con furor el libro, casi como si fuera a romperlo con su fuerza.

Siguió un silencio incómodo, antes de que Alen se decidiese a enterrar nuevamente su vista en el libro y Sunny abriese la puerta para ella, dejándome con un mal sabor en la boca. Y acalambrada. Había fallado en su intento de sacar a Alen del salón.

Antes de darme cuenta, un pequeño resoplido se escapó de mis labios, y Sunny contuvo el aliento asustada. Yo me quedé petrificada, incapaz de mover un solo músculo más.

Alen quedó atónito. Inclino la cabeza después de un segundo y se llevó los dedos al centro de la frente, con frustración.

Sunny observó su perfil con cuidado. Sabía que estaba sufriendo; de haber sido otro hombre, con un temperamento diferente, la situación habría sido otra. Lo habría abrazado y consolado, pero la expresión de Alen no invitaba a hacerlo, así que se limitó a hablar.

— Lo siento, Excelencia—se notaba que estaba haciendo un esfuerzo tremendo. Se aclaró un poco la garganta—. Mi intención jamás ha sido molestarle.

— Estáis perdonada—respondió Alen, formalmente.

Sunny me ofreció una mirada triste y desilusionada—no tengo claro si era por no lograr ayudarme o era su reacción por cómo Alen la había tratado. Luego cruzó la puerta y desapareció de mi vista.

Una hora después, Alen finalmente se frotó la sien, dejó su libro, y se puso de pie.

Su rostro seguía gris e impenetrable. Su mirada seguía siendo grave, transmitiendo peligro. No parecía un hombre de sentimientos profundos, o románticos.

Lo observé atentamente, estudiando sus movimientos. Lanzó con cólera un lapicero que se encontraba en la mesita de noche y abrió la puerta para salir. Dejándome respirar por fin tranquilamente.

— Logro oler, Alicia—dijo él con brusquedad, deteniéndose en el marco de la puerta—. Eres licántropo, al igual que yo. ¿Crees que no puedo oler tu sangre? ¿Escuchar tu respiración?

El corazón se me detuvo en seco, y mi exclamación sonó como un sonido estrangulado rugir en mi garganta. ¡Santo cielo! Entonces supo todo este tiempo que estaba allí. ¿Por qué espero tanto para decirme que sabía de mi presencia?

Pero no tenía la fuerza para preguntar, y mucho menos la voz.

Al final, no conseguí decir nada. Me quedé en silencio, roja como un tomate y sin atreverme siquiera a respirar.

— Puedes dejar de ocultarte, Alicia. O será peor...—musitó él, nuevamente.

Tragué saliva compulsivamente, sin saber qué responder, y él emitió una carcajada sardónica.

Casi de inmediato, se movió con una excelente agilidad a través de la habitación y me tomó del cuello, eufórico, con el rostro enrojecido y lleno de furia, apretando cada vez con más fuerza, acabando con mi respiración en gran medida.

— Has violado mi privacidad Alicia. ¿Sabes lo que eso significa?—abrió desmesuradamente unos ojos maliciosos que echaban chispas, los entornó hacia mí, y permaneció mirándome fijamente unos segundos.

El poco aire que quedaba en mis pulmones se escapó entre mis labios con cadencia irregular, y mi corazón latía a un ritmo frenético que cada latido golpeaba en mis oídos.

— Espero que hayas disfrutado del espectáculo—dijo finalmente con un hilo de voz; presionando su agarre, mientras comenzaba a sentir como el oxígeno dejaba de llegar a mi cabeza.

Alcé mi vista a él, riendo y asentí.

— ¡Que insolente!—respondió él, con un atisbo de incredulidad—. Pues yo disfrutaré más, cuando acabe contigo.

Su agarré se liberó bruscamente, y pestañeeé sorprendida, tratando de recuperar el aliento.

Cuando volví a verlo, se me puso la piel de gallina en todo el cuerpo, mientras en mi interior rugía por salir mi lado animal. Pero en su lugar me quedé mirando pasmada la criatura extraña frente a mí. Era una revelación. Una maldición. Algo que debería temer. Algo que podía destruirme.

El cuerpo de Alen ahora se encontraba cubierto de pelo como un reguero plateado, proporcionándole un aspecto viscoso. Su espina dorsal protuberante completada por sus amplios hombros, un tanto inclinados hacia adelante.

Su cabeza era ahora similar a la de un lobo, con un grueso hocico y unos penetrantes ojos de color azul hielo. Con sus casi dos metros de alto y provisto de grandes y potentes músculos, cumplía todos los requisitos para ser el monstruo malvado de una muy mala pesadilla.

Mi corazón se encogió al darme cuenta de cuán patético resultaba que a mis veinticinco años, después de todo lo que había vivido, pudiera verme asustada y temerosa con tanta facilidad. Después de la vida dura y desesperada que había llevado durante años.

El terror se asentaba en mis extrañas, como mis viejos miedos infantiles. Ofreciéndome una sensación asfixiante, del mismo modo que cuando era una infanta y despertaba a mitad de la noche con los crujidos de la vieja casa en la que me crié.

— Solo quiero jugar un poco, Alicia—incitó él, con un acento áspero—. Ven conmigo.

Pero no, esta vez no era una chiquilla asustada, no pensaba darle a aquel cabrón la satisfacción de salirse con la suya, y destruirme.

Mi instinto me decía que la única forma de sobrevivir era liberando el ser salvaje que llevaba en mi interior.

Y así mis garras comenzaron a aflorar de mis dedos, siendo mi única arma frente a Alen, y por supuesto que haría uso de ella. Así que le arañé el rostro con ellas y un gruñido brotó del pecho de Alen, invadido por una cólera asesina que parecía filtrarse por todos los poros de su piel y envolver su espíritu.

Parpadeé un par de veces, tratando de despertar de la pesadilla que estaba viviendo. Pero fue inútil, así que me preparé para el inevitable golpe que sabía que vendría.

Alen se abalanzó sobre mí, con todo su peso, observándome con las oscuras profundidades de sus pupilas y echándome encima su nauseabundo aliento. Traté de zafarme de su agarre, pero era demasiado fuerte.

Y las lágrimas comenzaron a arremolinarse en mis ojos, las emociones eran demasiado fuertes para mí, después de estar tanto tiempo obligándome a no sentir nada.

Alen echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, al tiempo que cerraba su garra alrededor de mi garganta, casi hasta dejarme sin respiración. Nuevamente.

— No, hoy no morirás—espetó—. Cuando decida que debes de morir, ese día morirás. Es así de simple. Te desangrarás, mientras llamas a gritos pidiendo ayuda pero nadie ni nada, podrá detener lo ineludible.

Acto seguido sacudió su monstruosa cabeza y emitió una risa distorsionada, que logró ponerme la piel de gallina.

— No tendrás la misma suerte la próxima vez—dijo él, entre dientes con voz áspera—. Te lo advierto, mi espacio se respeta.

Entonces, me situó de nuevo en el suelo y giró sobre sus talones, devolviéndose a su forma humana. Y desapareció de mi vista, después de cruzar la puerta.

Este hombre era mucho peor de lo que había predicho.

\* \* \* \*

La mañana siguiente, estaba caminando por los largos y gloriosos jardines, sin saber por qué exactamente.

Solo necesitaba estar a solas, encontrarme conmigo misma. Y alejarme de las demandas incesantes del Rey Alen, tomando en cuenta que aun temblaba con solo verlo.

Los jardines eran preciosos y magníficos, incluso más grandes que el palacio, cubiertos en su abundancia por un gran pasto verde y pequeños cultivos en sus alrededores. Lucían limpios y en buen estado, y supuse que toda la comida del palacio venía de allí.

El sol comenzaba a calentar bastante cuanto más se acercaban las horas del mediodía, pero no me detuvo para alzar la vista al cielo, cerrar los ojos y disfrutar de su cálida luz unos segundos.

Comprobé que no había nadie por aquel lugar y me recogí el cabello en una coleta debido al gran calor que hacía.

Cuando había caminado ya la cuarta parte del jardín y me decidía a volver desilusionada, al no haber conseguido nada fuera de lo común, escuché un pequeño resoplido a lo lejos y dirigí mi mirada hacia el horizonte. Pero no vi nada.

Seguí un sendero serpenteante bordeado por arbustos de rosetas, y mientras andaba escuché rugir el pasto a pocos metros de mí.

Era Henry.

Se encontraba echado en el suelo, examinando detenidamente una que otra legumbre en su mano, y si estaba lista la retiraba con sumo cuidado. Tal y como había dicho Sunny días atrás.

Henry se encontraba muy concentrado en su ardua tarea, por lo que decidí era mejor no interrumpirle.

Así que seguí el camino marcado que me guiaba hasta el final del jardín. Me sorprendió descubrir que había caminado inconscientemente hasta una pequeña laguna al final del camino, un lugar que sin duda no podía transmitir otra cosa más que paz y tranquilidad. Cosa que me hacía falta estos últimos días.

Doblé las rodillas y tomé una larga bocanada de aire, recordando esos días pasados en los que no se imponía el mundo real, y sobrevivía día por día. En el que podía ignorar las reglas monarcas de la sociedad, y era yo quien irradiaba temor.

¡Cómo había disfrutado aquellos tiempos, en los que todo era posible!

En los que era libre...

— Por fin estás en casa—dijo una voz que me resultó familiar—. ¿Qué te ha traído por aquí?

— Pensé que ya era hora—respondí, fijando mi mirada en el agua templada.

### 3

Miré el antiguo reloj que se encontraba en lo alto de la estancia y noté que quedaba menos de un cuarto de hora de espera antes de que empezase la cacería que ofrecía el Rey Alen.

Esa noche se anunciaría el triunfador en un gran banquete, en el que se servirían aquellos animales sacrificados. Toda persona que fuera alguien en el pueblo, estaría allí para halagar al ganador y lanzar miradas de envidia al gran palacio.

También habría ojos observando cada pequeño error para destruirlo en chismes, según me había explicado Antoinette. Una joven chica de tez clara y cabellos cafés, contextura rellena y quien era ayudante de cocina, encargada de algunas áreas de limpieza de la misma, y siempre bien informada.

Ella y Henry me habían transmitido rumores perturbadores. Se decía que Alen había tenido una infancia traumática, en la que fue golpeado y encerrado por su padre en el ático, y que la única manera que logró conseguir para salir de ese lugar fue matando a sus padres, devorándoles las entrañas una vez descubrió su fuerza. Pero al fin y al cabo terminaban siendo lo mismo, rumores.

Y encontraba aquellos cotilleos profundamente desagradables. Debía de hacer un gran esfuerzo para mostrarme de buen ánimo con Antoinette y Henry, puesto que eran mis únicos amigos en el lugar.

Me miré en el espejo y ensayé una sonrisa forzada, antes de que el timbre hiciera eco en la habitación y escuchase como se abría la puerta.

— ¿Cómo está mi campeón?—dijo una voz masculina, con un acento indescifrable.

Me acerqué con sigilo hacia la puerta y la abrí un poco para echar un vistazo. O espiarlos, mejor dicho, pero la presencia de cualquier hombre en el castillo me ponía nerviosa e inquieta.

— ¡Jamie!—Alen lo recibió en un abrazo con placer genuino. Nunca antes lo había visto con tan buen ánimo—. No pensaba que fueras a venir.

El caballero frente a la puerta lucía pequeño al lado de Alen, pero, ¿quién no? En realidad parecía de estatura media. Sospeché que tendría unos cuantos años más que Alen, puesto que unas cuantas arrugas comenzaban a adornar su fina piel blanquecina, y un ligero campo de canas contrastaba con su cabello oscuro.

— Le dije a Merry que no mencionara nada, pues no estaba seguro de poder llegar a tiempo—respondió él, marcando distancia entre los cuerpos de ambos—. Ya sabes, no quería romper tus esperanzas.

Alen lo observó atentamente y asintió con aprobación, antes de romper a carcajadas ambos al unísono.

Era la primera vez que lo veía reír y pensé que debía de hacerlo más a menudo. Tenía una risa contagiosa.

— ¿Hace cuantos años no salíamos de caza juntos?—preguntó Jamie, en murmullo.

— Prefiero no hablar de tiempos en este momento—gruñó Alen en respuesta, recuperando su postura rígida—. Quiero beber y ganar.

— Y yo quiero escuchar cómo te ha ido estos últimos años, Alen—musitó Jamie.

Alen frunció el ceño.

— Supongo que tú has de tener mucho más que contar que yo—Alen mostró una pequeña sonrisa traviesa—. Venga, acompáñame y así nos ponemos al tanto.

Y Jamie siguió con sujeción los pasos de Alen, que lo guiaban hasta su estudio.

— Que nadie nos moleste—espetó Alen, en dirección a uno de los guardias—. Y díganle a Alicia que nos sirva dos buenas jarras de cervezas.

\* \* \* \*

— Ten cuidado, Alicia—me advirtió Antoinette—. La última criada del palacio fue sacrificada en la cacería del año anterior.

Acto seguido hundió sus hombros con tristeza.

— No te preocupes por mí, Antoinette—le aseguré, sirviendo en la bandeja unos aperitivos junto con las cervezas.

Ella echó la cabeza a un lado pensativa, antes de decir.

— Conozco al Rey Alen, y no creo que sea el tipo de hombre que exhibiría la presa a otro de los jugadores.

— Es muy probable que sí lo sea—dije, apretando los labios en una dura línea—. Aún hay mucho por descubrir de ese hombre.

Aunque sabía que sus intenciones eran buenas, no dejaba de disgustarme cuán cegados estaban ante quien era su verdadero Rey. Pensé que Antoinette era la excepción, pero era otra más del bullicio.

Y sin embargo, seguía existiendo la posibilidad de que Alen me estuviese llevando a la habitación para ser admirada como su presa, antes de servirme en la cena. O exhibirme para ser abusada.

El mero pensamiento me hizo sentir enferma, y tomé con rapidez la bandeja de plata. Sabía que Alen era malvado, tomando en cuenta que era licántropo y, juzgando en base a mi experiencia, debía de encontrar un exquisito placer en cazar y matar.

— Un palacio construido hace casi cien años y en el que no has gastado ni una moneda desde que vives en él—escuche la voz de Jamie, proveniente del interior del salón.

Y entonces toqué a la puerta antes de entrar, a sabiendas de que no debía interrumpirles sin previo aviso.



— No te quejes cuando el techo se derrumbe sobre tus cabezas, Alen—concluyó Jamie, abriendo la puerta para dejarme entrar.

Alen inclinó la cabeza hacia mí y me miró con cierta desconfianza en sus ojos, tomando una fresa de uno de los platos de porcelana colocados a su lado.

— Un palacio con goteras en el tejado, y con jardines de cultivo en lugar de ser vistosos y buenos. Como debe de ser un jardín de la Realeza—Jamie seguía hablando sin escrúpulos.

— Yo solo doy las órdenes, Jamie. Son los jardineros los que hacen el trabajo—repuso Alen—. Si algo no te gusta, ve y cámbialo tú mismo.

— ¡De eso mismo estoy hablando!—exclamó Jamie—. Alguien tiene que dar las órdenes correctas.

— Tengo cosas más importantes en las que invertir mi tiempo.

— ¡No me digas!—una risa sarcástica emergió de Jamie, llena de incredulidad—. ¿Cómo comprar esclavos en el mercado negro?

Me sorprendió ver aquel comportamiento en este nuevo hombre. Al juzgar por cómo se habían recibido eran muy buenos amigos, pero era el único que se había dignado a desafiar a Alen.

Y Alen no parecía responder de manera violenta o desairada como de costumbre. Me pregunté cuánto tiempo tardaba una persona en conocer a otra, pues estos hombres parecían conocerse de toda la vida.

— Creo que fue suficiente Jamie—respondió Alen, arrastrando las palabras impregnadas por el tono de voz grave necesario—. Si has venido a mi hogar para criticarme, entonces será mejor que te largues de una buena vez.

— Solo trato de ayudarte, Alen—respondió él suavemente—. Me preocupas.

Alen susurró algo para sus adentros, y clavó en él una intensa mirada llena de rabia.

— Aprecio tu preocupación, Jamie. Pero no es necesario—contestó con aparente ligereza.

Estaba haciendo un increíble esfuerzo conteniendo su rabia. Si hubiese querido, lo habría asesinado, o al menos le ofrecería una buena paliza.

Jamie se echó a reír.

— Cierto. Mi hermano dedica mucho tiempo y esfuerzo a las labores equivocadas, pero no hay nada que hacer.

Hermanos. Eso lo explicaba.

— ¿Y qué hay de ti?—preguntó Alen, con la voz encolerizada—. Tú también tienes tu título y a lo único que te dedicas es a fornicar con cuanta prostituta se te atraviese, faltándole el respeto a tu esposa.

Alen se colocó de pie para encarar a Jamie, pero miró a su alrededor y notó mi presencia.

— Ya puedes retirarte, Alicia.

Asentí brevemente y en cuanto me hacía espacio entre ambos para salir a toda prisa de allí, Jamie habló.

— Merry está embarazada.

Alen miró a Jamie sin apenas respirar, y sonrió con verdadero cariño en sus ojos. Jamie se levantó de un salto y recibió nuevamente a Alen en un abrazo, capaz de borrar todo rastro de pelea o molestia anterior.

Estaba bastante atónita por el cambio operado en él.

— Vamos por lo nuestro—intervino Jamie—. Tengo un presentimiento que me hace sentir que hoy podría ganar.

Había pensado que se matarían hace apenas un momento atrás y ahora todo estaba olvidado. Era extraño cuán voluble eran los estados de ánimo del Rey Alen. Los caballeros eran un rollo difícil de comprender, sin duda alguna.

— No lo desaproveches—comentó Alen a Jamie, dedicándome una pequeña mirada de recelo.

Siendo aquello mi segunda advertencia para salir del lugar, por lo que empecé nuevamente mi camino de salida.

Jamie tomó la jarra de cerveza de la mesa de vidrio e invitó a un brindis a Alen, con un grácil movimiento de su mano. Escuché como despedida el tenue tintineo de las jarras chocando una vez cerré la puerta.

Suspiré confundida; y justo cuando comenzaba a adentrarme en mis pensamientos, el llamado a la puerta me interrumpió nuevamente.

Los invitados comenzaron a llegar con rapidez, luciendo impacientes y algo agitados. Se encontraban aglomerados en la gran sala de estar, que resultaba pequeña tomando en cuenta el número de invitados en ella.

Divagaban de un lugar a otro, devorando los aperitivos servidos con precipitación, y por ello debían de ser sustituidos nuevamente con rapidez, logrando hacer mi trabajo agotador.

— Caballeros, es hora de comenzar—declaró Sunny, con rigidez.

Algunos de los hombres se dieron un apretón de manos cordial y empezaron a salir lentamente, acompañados por el suave frío del exterior.

La sala se abría hacia el jardín lateral, acompañado por una suave música de contraste, y el personal del palacio junto con los guardias se movía por los alrededores.

Cuando Alen apareció se hizo el silencio, y todos los ojos se volvieron hacia su persona. Vestía un traje negro de etiqueta que le entallaba a la perfección, y recordé cuan atractivo me había parecido la primera vez que lo vi.

Era innegable que tenía un aire muy distinguido.

Un momento después estaba rodeado de hombres que charlaban y reían implorando su atención, particularmente aquellos que nunca antes había visto. Casi esperaba que Alen se retirara del cotilleo a su alrededor, pero él soportó muy bien toda la situación.

Aunque hablaba poco, se mostraba cortés y afable, y alcancé a comprender que lo había subestimado.

Cuando al fin tuvo ocasión de mirar su reloj, hizo una seña en dirección a Sunny, y la música se detuvo.

Acto seguido Alen se disculpó con sus invitados y los invitó a iniciar nuevamente.

— Mis invitaciones para cazar son muy valoradas—dijo Alen, alzando el tono de su voz para que todos pudieran escucharlo—. Siempre tengo más invitados que habitaciones, y aunque no se quiera decepcionar a nadie, me temo que es un hecho inevitable. Así que os pido que aprecien el día de hoy, el mero hecho de estar aquí... Pero en fin, basta de charla. ¿Qué opináis si comenzamos ya mismo?

Los hombres alzaron sus copas en dirección a Alen y emitieron un grito lleno de furor. Y casi como si hubiera sido planeado, detrás de ellos se escucharon los fuertes relinchos de los caballos.

Una pequeña jaula fue traída por un par de guardias del palacio, en la que se encontraba una pequeña y delgada mujer. Lucía joven y desaliñada. Nunca antes la había visto, y pese a ello sentí cierto placer al descubrir que yo no sería la presa de la cacería.

Sus ojos parecían somnolientos, en lugar de expresar miedo o temor, que quizás es la reacción natural de alguien que está a punto de ser devorada por una multitud de hombres. O debería decir bestias.

Y al minuto siguiente, fuimos testigos de la transformación de Alen a su forma de licántropo, temible, exuberante, tenaz. Suficiente para volver cínico a cualquiera.

No ayudaba que el azul de sus ojos quedara aún más intenso, lo que aumentaba la sensación de proximidad. Y hacía que las personas quisiesen salir corriendo en dirección contraria. O, al menos, yo.

El cambio se había completado casi totalmente.

Sus invitados lo siguieron, y en poco tiempo todo el jardín estaba lleno de distintos tipos de bestias amenazadoras, respondiendo a la provocadora llamada de Alen.

La pequeña mujer que servía como presa fue liberada, y fue entonces cuando al fin notó la avalancha de fuerza que se aproximaba a ella. Su rostro se llenó de puro terror y comenzó a correr apresuradamente.

El cuerpo de Alen creció y cobró fuerza, sobresaliendo por encima de los demás. Y emitió un fuerte rugido con supremacía, lo que marcaba el inicio de la cacería.

Todos sus contrincantes se echaron a correr velozmente tras la mujer que servía como presa, pero Alen por el contrario permaneció estable un rato. Alzó la nariz, husmeó un poco en busca de aquello que ansiaba conseguir y atrapar.

Rebuscó con la vista en el horizonte, y de pronto inició su carrera entre el final del jardín y el comienzo del bosque que bordeaba el palacio, perdiéndose entre los grandes árboles verdesos. Arremetiendo contra todo, sometiendo sus patas a un esfuerzo sobrenatural.

Su instinto cazador necesitaba lo que fuera que estuviera ahí afuera. El apetito que lo consumía era

demasiado fuerte.

Un olor envolvente a pino inundaba el aire, mientras la música comenzaba a sonar nuevamente con intensidad; cada vez más alta, incrementándose poco a poco con el compás del ambiente, creando cada vez más tensión.

Y así los segundos transcurrieron, convirtiéndose en minutos hasta que un grito ensordecedor emergió de las profundidades del bosque; y una mujer delgada apareció abriéndose paso entre el espeso follaje del bosque, arañándose el rostro, los brazos y piernas con las ramas y hojas que rozaban su piel.

Sabía lo que pasaría a continuación.

Alen apareció tras de sí, atravesando el bosque con impresionante agilidad, y se abalanzó sobre su carne blanda, consciente del dolor que su tamaño le estaría causando.

Mientras ella se esforzaba con todas sus fuerzas para liberarse de su agarre, pero él la tenía bien apresada con unas garras que parecían de acero, inmovilizándola con gran efectividad.

Echó hacia atrás la cabeza y la necesidad volvió a rugir de su interior, dejando escapar un grotesco gruñido animal, diferente, más puro, más atemorizante, como si fuera un depredador salvaje. Tan desesperado que consiguió atravesar la música y que todos llegaran al lugar de encuentro en pocos segundos, con miradas expectantes, esperando lo inevitable.

La mujer le clavó la uñas en la carne, suplicando entre leves gemidos que le concediera la vida, que no la matase. Cerró con fuerza sus ojos, ella estaba tensa, aplastada contra el suelo, y él era demasiado enorme, demasiado primitivo.

Pero Alen no la escuchó. En un arrebato cortó los músculos de su cuello con una de sus garras y pegó su boca a su cuello, ávido, famélico. Salvaje. Tenía el cuerpo enfebrecido, chorreando de sudor y con una mirada enloquecida en el rostro.

La intensidad que estaba experimentado en aquel momento era demasiado violenta para encubrirla de algún modo, demasiado descarnada, hasta el punto de despojarlo del mínimo de civilización que habitaba en él... Y de repente se dio cuenta de que no estaban solos. La música había cesado, sus invitados ahora lo rodeaban sorprendidos por la majestuosidad del acto. No quedaba ni rastro de la celebración que albergaba el ambiente momentos atrás.

La algarabía había sido reemplazada por la respiración entrecortada de Alen y el insustancial sonido del viento golpeando contra las hojas de los árboles.

Alen apartó los colmillos de ella, emborrachado de su sabor, con los labios rojos e inflamados, para observar un tanto aturdido el pequeño cuerpo de la mujer debajo de él.

Una pequeña sonrisa comenzó a curvarse por su boca, de forma casi imperceptible, hasta formar una sonrisa incandescente; que dejaba al descubierto unos colmillos atterradoramente largos, haciéndolo resplandecer. Algo poderoso y aterrador se abrió dentro de él, pese a que había acabado con la vida de aquella inocente y se había bebido toda su sangre.

Y todos los invitados aplaudieron con orgullo al ganador de la cacería, vitoreándolo con uno que otro grito de felicidad.

\* \* \* \*

— Goza la fiesta—incitó Jamie a Alen—. Tomando en cuenta que esta fiestecita ha costado casi un ojo de la cara, debería disfrutar al menos el gran triunfador—repuso él, quien pensaba que aquel dinero se podría haber gastado mucho mejor.

Alen hizo un gesto displicente, llevando una uva a su boca.

— Las tradiciones y celebraciones de la realeza tienen la obligación de mantener cierto estilo—contestó.

Entonces dos caballeros se acercaron a ellos para presentar sus respetos al anfitrión, llevándose lejos la conversación.

Después de una cena exuberante, la velada transcurría con rapidez. Alen estaba en su mejor momento, debido a que hasta sus rivales más poderosos reconocían su triunfo.

Puesto que todos se encontraban concentrados en actividades misceláneas, y aquel parloteo constante no hacía más que acabar con mi paciencia, decidí que era la oportunidad perfecta para escapar.

Esquivé los macizos por los que paseaban la mayoría de los invitados y me dirigí al jardín del fondo que había sido rediseñado para parecerse al bosque silvestre. Existía el riesgo de ser encontrada por alguno de los guardias, por lo que debía apresurarme y no perder tiempo, pero con suerte incluso ellos estarían más interesados por el vino y el cotilleo que por una simple sirvienta.

Dos cuartos de horas introducida en las partes más asilvestradas del bosque fueron capaces de relajarme, hasta el punto en que sentí que tenía todo en mis manos, y me sentía la verdadera triunfadora de la noche.

Cuando cruzaba un pequeño sendero de arbustos, escuché una voz conocida resonar a la distancia.

— ¡Maldición!

Giré hacia la voz masculina, y unos pasos más allá divisé al hombre que tiempo atrás se había enfurecido al perder una mano de cartas. La tenue luz de la luna que entraba a través de los árboles hacía que pequeños destellos de brillos escaparan de su cabello color miel.

Una enredadera se había enganchado en el ruedo de su elegante pantalón, y él intentaba soltarse tirando de él con renuencia.

— Algunas personas piensan que es una falta de respeto espiar a las personas—espetó él, con su vista fijada en el cielo—. ¿Por qué no te acercas y me ayudas?

Su pregunta me sobresaltó y me detuvo en seco, experimentando la misma sensación de peligro anterior.

— Si no lo hacéis mi pantalón quedará arruinado para siempre—añadió.

Bufé para mí misma, como si me importase su estúpido pantalón.

— Y el Rey Alen se enfadaría terriblemente si se enterara alguna vez que has intentado escapar... Pero bueno—agregó con desdén, se arrodilló y empezó a intentar desenredar el dobladillo por sí mismo.

La enredadera por su parte se mostraba admirablemente tenaz. Y yo sabía que estaría perdida si Alen se enterase. Lo que él tardaría en volver a la fiesta ni en sueños me daría ventaja en comparación con Alen. Por lo que me convenía tenerlo de mi lado.

Así que me acerqué a él con sigilo, dejé libre su pantalón por fin, y él se puso de pie.

— Muy bien—asintió en gesto de aprobación—. Por cierto, soy Scott Darlen.

Acto seguido me tendió la mano y me sonrió de un modo que me hizo sentir aliviada. Aunque no era alto, tampoco era bajo. Nuestros ojos quedaban casi a la misma altura. Y aunque no había tenido ocasión de detallarlos, podría decir que sus ojos eran tan verdes como el pasto.

— No debería estar aquí, señor Darlen—dije, ignorando la mano frente a mí.

— Y tú tampoco—respondió él, recuperando su postura. Parecía haber sido herido ante el hecho de no haber aceptado su mano—. ¿Pero cuál es tu excusa? E insisto, llámame Scott.

Él conocía perfectamente cuáles eran mis intenciones. No tenía necesidad de responder, o tan siquiera él de preguntar. Pero decidí seguirle el juego.

— Simplemente quise explorar un poco más allá del jardín...—dije, encogiéndome de hombros—. ¿Y usted?

Scott, reprimió una sonrisa. Sus ojos se volvieron fríos, y comencé a notar que se generaba calor entre ambos—aumentando mis ganas de saber lo que pasaba detrás de aquellos enigmáticos ojos verdes.

— No lo sé, supongo que mi corazón me ha impulsado a seguirte una vez que te vi salir de la fiesta—admitió.

Sus palabras me enervaron e hicieron que tropezara encima de mis propios pies. Si Scott no me hubiera enderezado rápidamente, me habría caído.

— Has de estar mareada, hace mucho calor aquí—me ofreció el brazo—. Permitid que os acompañe de vuelta a la celebración.

Mientras pensaba en lo maravilloso que era estar libre, y reflexionaba sobre las palabras escuchadas. Aquella era quizás mi última oportunidad. Aunque volviera a ser libre, ya no sería lo mismo.

Entonces sentí una punzada templada en la boca del estómago.

Hubo un instante de silencio, observando con renuencia al caballero delante de mí.

— Muy bien, ambos sabemos los dos posibles escenarios de esta situación—espetó Scott—. Alen te atraparé o te matará. Ven conmigo y evitemos la peor de las posibilidades. No queremos que se sirva tu cabeza en el desayuno.

Sabía que tal vez este hombre solo estaba persuadiéndome, pero miré aquellos gloriosos ojos verdes y acepté su brazo sin pensarlo.

Mientras caminábamos por el sendero marcado, era muy consciente de la leve presión de su agarre, de su delicioso perfume y hermoso perfil.

Cuando lo miraba, veía en él una especie de caballero. Él me salvaría de las garras del temible y malvado Rey, para que no tuviera que preocuparme nunca más por nada. Por primera vez en mi vida me sentía ilusionada.

Scott había elegido un sendero que nos llevó justo al lado del palacio, bordeando el jardín trasero donde se hallaba la fiesta, pero se detuvo con una exclamación en seco... con el Rey Alen frente a nosotros, de brazos cruzados.

Scott se echó a reír y lo miró de un modo que hizo que Alen se sintiera burlado.

— ¡Alen!—interrumpió Scott, con un ánimo falso—. No he tenido ocasión de felicitarte en toda la velada.

Alen tomó una larga respiración, antes de contestar.

— Veo que tenéis una amplia gama de intereses en mis asuntos.

Alen estaba muy furioso. Lo supe por cómo sus mejillas se sonrojaban y el brillo que aparecía en sus amenazantes ojos azules.

Él no se rio, no sonrió. Simplemente se quedó mirándome directamente, sin pestañear siquiera, con aquella mirada que me hacía sentir condenada. E ignorando a Scott Darlen por completo.

Este último vaciló un momento y se mordió entonces el labio inferior con aire culpable.

— Ya me conoces, tengo una pasión, y esta última vez se me ha hecho imposible resistirme—suspiró—. Claro que jamás sería algo que quisiera ocultarte. Incluso podríamos compartir.

Y así Alen plantó un puñetazo en la mandíbula de Scott, causando su caída al suelo y que comenzara a sangrarle la boca.

Esa última declaración había causado algo más que rabia en Alen, y Scott sabía muy bien que lo haría.

Alen dedicó una mirada de desprecio a Scott y vio que el rostro se le iluminaba. Se encontraba satisfecho con la reacción que había causado en Alen. Aunque sus ojos se habían oscurecido, su voz era amable cuando dijo.

— No te molestes en volver—masculló—. El festejo puede continuar sin ti.

Scott se regodeó un poco en ello, emitiendo una risa sorna y áspera.

El corazón me dio un vuelco y comprendí que tenía que alejarme antes de que comenzaran—o siguieran, comportándose como idiotas.

Pero Alen se olvidó de la existencia de Scott en cuanto me tomó del brazo y me llevó al interior del palacio. Dándole la espalda al hombre aun tendido en el suelo. Casi sentía que podía partir en dos mi brazo, considerando la fuerza que estaba imprimiendo.

Y resentí con todo mi ser haber confiado por vez primera en un hombre.



## 4

El ambiente en el palacio se volvía cada vez más tenso desde el festejo de la cacería. Todos en el palacio se habían enterado de lo acontecido, aunque nadie lo había dicho directamente, lo supe por cómo evitaban cualquier contacto conmigo.

En los últimos dos días había pensado en aquello con demasiada, pues cada vez tenía más tiempo para estar sola. Henry, quien apreciaba mucho la compañía femenina, Antoinette que amaba hablar y conversar, hasta Sunny mantenía nuestro contacto al límite.

Incluso Alen había preferido que otro lo sirviese.

Mi mórbida imaginación me estaba convirtiendo en un manojo de nervios.

Hasta que Sunny, me informó que el Rey Alen solicitaba mi presencia en su habitación.

Cuando subí hasta su habitación, la puerta se encontraba abierta y su figura oscura se encontraba de pie frente al gran ventanal de su estancia. Respiré y toqué a su puerta antes de entrar y él se giró para recibirme, haciendo ademán de entrar con un gesto displicente de su mano.

Así que me eche a andar en el interior, tropezando con mis propios pies y empezando a sudar por lo nerviosa que estaba. Alen me ponía aquello fácil... demasiado fácil; pero le sostuve la mirada sin vacilar.

Su habitación era la más lujosa del palacio, aunque no tan ricamente amueblada como el estudio o la sala de estar del piso de abajo.

A un lado de la habitación se encontraba un gran escritorio de madera, siendo el centro de la misma la gigantesca cama ornamentada entre colores fríos y flemáticos.

Alen tomó un sorbo de su whisky y saboreó el calor en su garganta.

— Alicia, tal parece que has despertado el interés de uno de mis colegas—dijo sin poder esconder la furia que asomó sus ojos.

En respuesta me encogí de hombros.

— Quizá deba de conseguir aprender a ver las cosas desde su punto de vista—agregó, terminando el contenido de su trago—. Desafortunadamente está también ese tema del espíritu.

El solo pensamiento me causó repugnancia en el estómago y mi cuerpo habló por sí mismo.

— No me malinterpretes—sostuvo él, al notar el cambio en mi expresión—. Me gusta tu obstinación, pero lo que no me alegra es pensar en ti como un premio que se puede ganar con encanto y amabilidad. Yo te compré Alicia, tú me perteneces.

Cuando me acerqué más vi que su expresión era entonces sombría.

— No te pertenezco—respondí con sequedad.

— ¿No? Entonces dime Alicia, ¿cuál es la etiqueta apropiada en estas situaciones? —preguntó con malicia—. Si fuera el caso contrario, ¿qué harías tú?

Los ojos de Alen se oscurecieron y se adelantó un paso.

— En realidad poco importa lo que tú opines—espetó, dedicándome una sádica sonrisa que hizo que se me pusieran de punta los vellos de la nuca—. Toda mi vida he pensado que la sutileza al hablar no es uno de mis fuertes. Es algo que caracteriza a los hombres débiles y yo no lo soy. Alicia te deseo como mujer y te tendré.

Allí estaba de nuevo, esa parte insoportable de la personalidad de Alen saliendo a flote. Siempre directo al grano, sin importar nada más que sus ambiciones.

— ¿Que buscas entonces? ¿Cortejarme?—pregunté irritada—. Eso huele a orgullo masculino y vanidad, tomando en cuenta que nunca antes ha mostrado un interés particular en mí.

Alen tardó en contestar, dedicándome una vista detenidamente desde mi cabello, que llevaba un poco enredado y grasoso, hasta la punta de mis pies, cubiertos por unas botas viejas y sucias.

— No pretendía ser grosero...—masculló—. Bueno quizá un poco sí. ¡Pero maldita sea! Te deseo. Mucho más de lo que creía posible.

Sólo logré asentir brevemente con la cabeza. El mero de hecho de verlo allí de pie, terminando un trago de whisky lo volvía tan peligroso como un león herido. Y aquellas palabras, me demostraban que había sido llamada para algo más que una simple declaración amorosa.

— ¿Por qué estoy aquí, su Excelencia?—pregunté exasperada, mientras recordaba los pocos momentos en los que había convivido con aquel hombre desde que lo había conocido.

Calculé con precisión histérica y en aquel breve tiempo podía contar con una mano las veces en que habíamos llegado a cruzar palabra alguna. ¿Por qué de repente éste desconocido aseguraba sentirse atraído por mí? De no haber sido por el tremendo miedo que me infundía habría salido corriendo.

— Creo que eso ya lo sabéis, Alicia.

Lo miré a los ojos y pude notar que estaba nervioso. Incluso tanto como yo. Pero no por los mismos motivos.

— Desnúdate—replicó, caminando hacia la puerta para cerrarla con llave.

— ¿QUÉ?—grité en protesta. Esto iba mucho más allá de mis peores pesadillas, de los más viles escenarios que había imaginado.

— Tal como lo has escuchado. Eres mi esclava y como hombre tengo ciertas necesidades—respondió encogiéndose de hombros.

¡Santo cielo! ¡Qué humillada me estaba sintiendo! Parecía dedicarse de lleno a la tarea de acabar con mi orgullo personal.

— Sí que las tienes—estaba haciendo un esfuerzo desesperado por mantener la compostura—. Pero para ello, consíguete una puta.

— No es necesario—dijo acercándose hacia mí sigilosamente—. Tú seguirás mis órdenes. Harás lo que yo te diga, cuando yo te lo pida; o te mataré—agregó entre dientes.

Me encontraba de pie, estoica e impaciente y con las lágrimas deslizándose por mi rostro,

mientras rogaba a Dios por mi futuro. A continuación, Alen se acercó a mí y me sacó por encima de la cabeza el vestido que cubría mi cuerpo.

Cuando el vestido cayó al suelo, dejó al descubierto mis pechos desnudos, Alen alzó mi cabeza y clavó sus dedos entre los rizos de mi cabello con fuerza. Haciéndome abrir como platos los ojos hinchados por el llanto, y me pregunté si era lo bastante buena ocultando mis lágrimas.

Alen aseguró su agarre en la parte baja de mi nuca y musitó.

— Estar nerviosa es algo natural antes de ser poseída por un verdadero hombre. Relájate y podrás disfrutar.

Las rodillas comenzaron a temblarme y él frunció el ceño con desesperación, por lo que intente recobrar la estabilidad y la tranquilidad, temerosa e insegura.

Y aunque eso no podía permitirme demostrárselo, me causaba un revuelto en el estómago que él no se mostrase un tanto humano o sensible. Todos los encuentros furtivos que habíamos tenido, sus conductas inapropiadas e inconducentes, el extravagante banquete y su obstinado carácter, había sido todo origen de él. Y de la misma forma también aquella sensibilidad mostrada frente a la chimenea y con sus amigos más cercanos, por razones que solo él conocía.

Y ahora estaba siendo arrastrada hasta aquí para cumplir nuevamente uno de sus caprichos. Pero este iba mucho más allá, sin opción a elegir.

Un caballero tan poderoso tendría que poder ser feliz con todo lo que tiene, pero no era así.

Después de un tiempo, Alen tomó una larga bocanada de aire. Su tardanza me había hecho dudar sobre si habría cambiado de idea por fortuna de Dios. Fue entonces cuando posó sus labios sobre los míos, plantando un suave beso y retirándose casi de inmediato.

Su expresión se relajó y me rodeo la cintura con el brazo. El calor de su contacto fue lo más real que había experimentado en toda la vida.

Por un instante él lució entregado, pero enseguida se puso rígido de nuevo; como una criatura del bosque con la esperanza de conseguir esconderse de su depredador.

Se deshizo de sus prendas de vestir rápidamente, dejando al descubierto su gruesa erección. Era de esperarse que él también sintiese timidez o nervios, aunque su reacción parecía un tanto extrema. Me colocó las manos en los hombros y descendió con suavidad hasta mis pechos, apretándolos con fuerza mientras me miraba a los ojos.

Bajó el rostro hasta mi pecho e introdujo a su boca mi pezón izquierdo, apretó los labios y comenzó a redondearlo con la punta de su lengua, mientras el segundo se mantenía presionado por su agarre, acelerando mi ritmo cardíaco y logrando entrecortar mi respiración.

En la vida real Alen estaba acostumbrado a ser el depredador salvaje.

Él quería hacerme el amor y yo quería *acabar con esto de una vez*, como si se tratara de pincharse con una aguja. Aunque aquello iba en contra de cualquiera de los deseos de mi voluntad, quizá Alen tenía razón—tal vez si lograba relajarme encontraría placer en la intimidad física.

Acto seguido tumbó mi pequeño cuerpo sobre la cama y se abalanzó sobre mí, forzándome a abrir mis piernas de par en par, y tocó mi interior íntimamente antes de introducir uno de sus dedos.

Sin lograr huir de la sensación asfixiante del deseo que explotaba en mi interior, di un respingo cuando otro de sus dedos se adentró en mis profundidades, rebuscando en mi interior. Apenas y logré soportarlo con las extremidades como si fueran de hierro y mi respiración asustada y superficial.

Retiró sus dedos con brusquedad de mi interior y se colocó de rodillas frente a mí, para comenzar a poseerme. Mi cuerpo se resistió en respuesta y para no gritar clavé con vehemencia mis uñas en las sabanas.

Cuando por fin me penetró profundamente, sentía su miembro presionado por las paredes de mi interior. Entonces empezó a moverse, perdiendo el control al instante. Lancé un grito agudo y lleno de dolor, mientras Alen gemía descontroladamente lleno de placer, embistiéndome una y otra vez.

Su retozo tuvo la ventaja de la rapidez, pues no podría haber soportado mucho tiempo más, aunque lo hubiese intentado con todas mis fuerzas.

Después de la fiera culminación, se apartó y se tumbó a mi lado, con los músculos de su cuerpo aun temblando y yo permanecí inmóvil. Despreciándolo.

El denso silencio de la habitación se vio roto por los pasos de Alen en dirección al baño.

No fue sino hasta después de mucho, mucho tiempo, que apareció nuevamente tras cerrar la gran puerta de madera, para tomar mi ropa en sus manos y entregármela una vez que volvió a la cama.

— Es hora de irse—espetó duramente.

Puesto que lo que menos tenía era ganas de permanecer más tiempo allí, casi de inmediato salí en silencio de la cama y llegué a tientas hasta la puerta de salida, golpeándome en el camino con un taburete de madera.

Había anhelado el cielo toda mi vida, y había terminado aterrizando en el infierno.

Mi desastrosa “tarea” no había resultado algo sencillo, y como si no bastará; había culminado en un rechazo absoluto. El hombre más temible de todos, incluso de mis pesadillas; ahora encontraba algo en mí que le gozaba y parecía haber pocas probabilidades de que eso cambiase en poco tiempo.

Sentía que había perdido todo rastro de esperanza que aún podía tener.

Supongo que podía achacar parte de la culpa al hombre dentro de la habitación y parte a Gavin, quien me había vendido como un objeto, como una esclava. Y por si fuera poco, al peor postor posible. Pero la mayor parte de la culpa, me pertenecía.

Quizá aquello no era más, que producto del karma que debía pagar por todas mis andanzas.

Observé un jarrón de cristal dorado que adornaba el pasillo y con toda la rabia que sentía, lo arrojé contra el suelo dónde se rompió en mil pedazos.

Mi vida estaba maldita.

\* \* \* \*

Alen pasó riendo, cubierto por una fina capa de sudor que hacía que su piel luciese brillante, y con las mejillas rojas por el esfuerzo.

Había salido a correr en el bosque con su compañero favorito de caza, el señor Jamie. Un hombre de lo más agradable y cortés.

— Ha sido posiblemente la competencia más placentera que he tenido jamás—dijo Alen riendo.

— Estoy de acuerdo—respondió Jamie—. Pero debo rogaros que me permitáis un momento para recobrar el aliento. Estoy seco y necesito del aire fresco.

— Claro cómo no, princesa—dijo Alen, a modo de burla.

Alen se mostraba en confianza cada vez que Jamie se encontraba cerca. Supongo que sabía que él no representaba un peligro real, y disfrutaba de su compañía. ¡Y cómo no! Si era un caballero animado, considerado, inteligente y lo más importante, le agradaba Alen.

— ¡Pero que brisa tan gloriosa!—comentó Jamie recibiendo de brazos abiertas una ráfaga de viento.

Alen alzó la cara al cielo e inhaló el aire húmedo. Siendo su expresión tan impenetrable como siempre, ¿no sentía nada nunca? En todo este tiempo nunca había mostrado otra actitud más que bestial, atroz y una que otra vez civilizado en presencia de sus invitados. Tan remoto que casi alcanzaba a ser robótico.

— Vamos dentro—propuso Alen, en tono demandante—. Alicia, síguenos.

Hundí la vista en el espeso césped para reunir el valor necesario y para cuando volví a alzar la mirada observé que el compañero de Alen me miraba con el ceño fruncido. Como si no comprendiese lo que pasaba, o como si buscase respuestas que no era capaz de otorgarle.

Vaciló un tanto antes de abrir la boca, hasta que por fin habló.

— Si no te conociera Alen—comentó él, devolviéndole la mirada—. Diría que tenéis una extraña fijación con esta última esclava.

— ¿Y bien?—respondió Alen con una oscura mirada en su rostro.

Jamie se echó a reír y Alen solo sonrió—Jamie era su mejor amigo, lo amaba sin duda alguna y solo quería su felicidad.

Él suspiró y se apartó, cediéndole el paso al anfitrión del palacio.

Y yo los seguí entonces silenciosamente, tomando una distancia moderada.

Una vez dentro, Alen se posicionó detrás de su escritorio de madera, y Jamie se sentó frente a él en una de las poltronas de cuero.

— Muy bien. Te demostraré como dejar desolado el corazón de una mujer.

Alen dedicó una vista rápida hacia mí y comenzó por deshacerse de su saco.

— De rodillas, Alicia—demandó.

Tragué saliva, dudosa de sus intenciones. ¿Qué pretendía aquella tarde? ¿Humillarme delante de su compañero?

Claro que sí. Como siempre, Alen era un hombre difícil de descifrar pero conforme pasaba el tiempo, parecía descubrir más de su personalidad y era más fácil adivinar sus movimientos.

Alen levantó una mano.

— Si tengo que pedirlo de nuevo entonces iré, y te obligaré.

Aunque sabía que si dejaba que eso sucediera terminaría aun peor para mí, me amargaba la idea de deber cumplir todas las peticiones de Alen, como si fuera su amante.

Comencé a bajar lentamente, hasta que mis rodillas quedaron apoyadas sobre la suave alfombra.

— Libera tu cabello—ordenó de nuevo, Alen.

Respiré profundamente y seguí su orden, dejando caer por mi espalda mis rizos castaños. Mi cabello había crecido toda mi vida, nunca antes había sido cortado. Así le gustaba a mi madre y así lo mantuve en su honor. Pese a ello, había olvidado la última vez que lo había llevado suelto, y la nostalgia causó que un par de lágrimas rodasen por mis mejillas.

— Tengo la sensación de que si le ofrecieses unas cuantas monedas se evaporaría la desolación de su corazón—comentó Jamie, observando con atención el acto—. Con ello lo arreglarías milagrosamente.

— Tengo en mente una idea diferente, camarada—contestó Alen, poniéndose de pie.

El pulso me latía desbocadamente al ver como Alen comenzaba a acercarse. Se movía de una forma demasiado natural, con movimientos depredadores y salvajes; como los de un animal.

Su cuerpo emanaba una especie de energía asombrosa, y descomunal, casi como si fuesen oleadas de calor capaz de derretir cualquier cosa. Abrió desmesuradamente unos ojos maliciosos, y los entornó hacia mí para mirarme fijamente con aquella expresión sombría. Algo peligrosamente fluido, sin esfuerzo alguno.

Dejo escapar una honda carcajada, antes de abalanzarse sobre mí y me rasgó los harapos que cubrían mi cuerpo a la mitad en un instante.

Mis pechos quedaron al descubierto y una oleada de frío causó que mis pezones se endurecieran. Esta vez a Jamie casi se le salieron los ojos de las orbitas y su rostro se puso muy rojo, entreabrió los labios y trago saliva instintivamente, sin quitarme la vista de encima; al paso que una dura erección comenzaba a marcarse en su entrepierna, cada vez más grande.

— Dicen que una mujer capaz de superar las incomodidades encontrará más posibilidades de libertad—dijo Alen, con un tono de voz áspero—. ¿Y eso quieres no? Ser libre.

Alen rió con cinismo y yo negué con la cabeza. Tenía más miedo de él que nunca antes había tenido en mi vida, pero en medio de todo, me sentía extrañamente excitada.

Noté el calor y la humedad que se iba concentrando entre mis piernas. Confiaba en que las intenciones de Alen no serían nada buenas, pero mi cuerpo esta vez había decidido reaccionar de manera distinta. En su lugar, disfrutar del castigo inhumano de Alen.

Seguidamente me puso de pie y me tiró encima de su escritorio de madera, poniéndome de espaldas hacia él, haciendo que mi cuerpo se arquera hacia adelante ante el frío contacto de la madera. Y él me recorrió la espalda con los dientes, haciéndome estremecer.

Un gemido inusual se escapó de mis labios y la situación me pareció tan impropia que solté una pequeña risilla. A él pareció gustarle pues sonrió de oreja a oreja y reanudó su descenso hasta mis glúteos, para depositar una ferviente nalgada que dejó ardiendo mi piel.

A mi madre no le haría ninguna gracia conocer el contexto en el que me encontraba.

— Quieres que te coja, ¿no es así?—susurró él contra mi oído, presionando ahora su erección entre mis muslos.

Asentí brevemente, dándole espacio para percibir mejor su contacto.

— ¿Y qué hay de él?—preguntó Alen—. ¿Quieres que te coja? Dime cuanto lo deseas. Suplícame. Pídeme que te haga gritar y admite que me perteneces.

— Por favor—gemí para ellos, mientras mi cuerpo se sentía al borde del colapso.

Observe a Jamie de reojo y él me sonrió con una expresión deliciosamente traviesa en los ojos.

— Pues no, Alicia. Yo soy el único que puede penetrarte, ¿lo entiendes?—continuó él, con voz ronca al tiempo en que clavaba sus uñas en mi espalda y el calor de su cuerpo comenzaba a asfixiarme.

— ¡Que cínico!—respondió Jamie—. Has heredado el buen humor de tu padre, capullo.

Alen alzó la voz riendo.

— Creo que los dos sabemos la respuesta a eso—dijo Alen—. Y ahora, si hemos terminado de hablar de pretendientes, ¿te importaría correr las cortinas, Jamie?

Me aparté de él para mirarlo, confundida. Pestañeé varias veces tratando de entender y me volví para mirar a Jamie.

— Déjala ya, Alen—respondió Jamie—. No me dirás que en serio estás pensando en liarte con una mujeruca.

Entonces Alen suspiró pesadamente y me sonrió; haciéndome sentir como si flotara. Siendo la curvatura de su sonrisa, tan sensual que mi mente se sentía aturdida.

— Pero es mía—susurró Alen.

Jamie dedicó una mirada de incredulidad a Alen y lo que ocurrió a continuación no fue sino una serie de embestidas celestiales, en las que mi consciencia dio la bienvenida al dolor—un dolor indescriptible.

Alen me separó las piernas y se hundió aún con más fuerza en mis acuosas cavidades, entrando con toda su fuerza y violencia. De tal manera que se escuchaba crujir la madera del escritorio y yo cada vez me sentía más pasmada, pero era como si Alen buscara algo que yo no podía darle.

Sentía la base de su miembro cada vez que se clavaba nuevamente en mí, golpeando contra mis glúteos. Ahora verdaderamente sabía quién era Alen Westron. El hombre que me estaba

poseyendo.

La sangre le hervía, su cuerpo chorreaba de sudor y tenía una mirada enloquecida en el rostro. Mientras que a mí, ya no me quedaban fuerzas para gemir o gritar.

Echo hacia atrás la cabeza y un gruñido áspero y gutural brotó de él. Había llegado a su clímax. Se desplomó pesadamente sobre mi espalda, estremeciéndose todos los músculos de su cuerpo.

— Sois un... degenerado Alen. Pensé que eras mejor que esto—Jamie miró a su amigo y después a mí.

Alen se recuperó con aplomo y se abrochó el pantalón.

— Mejor que tú querido hermano, incluso en la cama. Supongo que Danielle siempre tuvo razón—musitó él, hundiéndose de hombros.

No sabía que pensar, no podía creer que fueran hermanos. Aunque Jamie era atractivo y amable, había demostrado ser demasiado tradicional, demasiado... clásico. Y Alen, un hombre totalmente diferente. Una bestia.

Jamie se atragantó y Alen no hizo nada más que ofrecerle una carcajada sardónica.

Y con aquellas últimas palabras, se retiró de la habitación.



## 5

Disipada alcé la vista al cielo y vi un par de pájaros volando en lo alto del cielo. Se posaron trinando sobre la rama de un pino y se llamaron entre ellos, ignorando mi presencia.

— Esa debe de ser la hembra—dijo la voz de mi madre—. Debes de darles de comer al menos si vienes a degustar de sus espectáculos.

Me cosquilleo todo el cuerpo al oírla, como cada vez que me hablaba. No perdía el nerviosismo desde la primera vez.

Bajé la vista y la observé a ella, con el cabello brillando al sol.

— Y ahora, ¿por qué has vuelto?—pregunto ella, acercándose a mi lado.

Una pequeña cantidad de pequeños temblores recorrieron mi columna y casi pude sentir sus dedos jugando con mis rizos.

— Yo creo que... me he perdido a mí misma, madre—respondí por fin, ahogando mis palabras en un sollozo.

Ella tiro de mí y me tumbó al suelo para sentarnos una frente a la otra.

— Piensas demasiado amor mío—dijo, reacomodando un cabello rebelde, detrás de mi oreja—. Solo debes de seguir tus raíces, recordar de dónde vienes y hacia dónde quieres ir.

Asentí brevemente y mordí mi labio inferior tembloroso.

— Y ya es hora, de que me dejes ir realmente—susurró ella—. Pensé que sería la última vez que te vería en el lago.

Siempre que me reencontraba de nuevo con mi madre, era como si las palabras de mi boca se escapasen y solo lograba articular unas cuantas palabras. Pero no me molestaba, lo único que deseaba era escuchar lo que ella tenía para decir.

Pero esta vez me había quedado muda. Mi cerebro estaba confuso y el corazón me latía muy deprisa; esto significaba un adiós.

Entonces ella se puso de pie y el corazón se me detuvo, era hora de la despedida. Respire con fuerza y la mire a los ojos, ella me observaba con un cúmulo de amor en aquellos ojos, seguidamente plantó un suave beso en mi sien y justo cuando pensé que lloraría.

La voz de Sunny se escuchó por encima del canto de la naturaleza.

— ¡Alicia!—dijo ella—Venga, ¿qué haces allí cuando hay tantas cosas que hacer?

Intente centrarme en la imagen de mi madre, ignorar el llamado de Sunny junto con el calor que corría por mis venas y el nudo que comenzaba a formarse en mi garganta. Pero era muy tarde, ya se había ido.

Al minuto siguiente Sunny posó sus manos sobre mis hombros y me encontró mirando al horizonte, con una sonrisa de oreja a oreja como una tonta.

— ¿Qué haces aquí? ¿Estás loca?—preguntó Sunny.

— No, me estoy escondiendo—repliqué, sin mirarla.

Su mano se quedó inmóvil en mi hombro y me obligó a girarme hacia ella, para mirarme a los ojos. Mis palabras la habían irritado.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla.

Hubo un silencio prolongado entre nosotras hasta que por fin habló.

— Vamos—espetó secamente.

\* \* \* \*

Unas horas más tarde, me encontraba bajo un calor asfixiante dentro del armario de Alen, tarea asignada por Sunny asumo que como castigo.

Era un pequeño espacio, rodeada por perchas y cajas de cartón, donde la única ventilación posible era la puerta abierta; y aquello no era mucho considerando que como una tonta había iniciado la limpieza de adelante hacia atrás.

Por el momento no me había ido tan mal, Alen era si acaso el hombre más desordenado de todo el reino, pero nada que no fuese imposible. Su closet estaba lleno de ropa, hasta libros e incluso platos de comidas.

Hasta que lo hallé.

Lo que tanto había buscado.

En la última de las cajas, la más polvorienta de todas. Un cuadro a tinta natural se encontraba envuelto en papel con sumo cuidado.

La curiosidad picaba en mis oídos y me convencí a mí misma de que debía de saber que era para descubrir si era basura y correspondía tirarlo—me mentí.

Cuando por fin lo observé, entonces me di cuenta que era un retrato de Alen años atrás junto a una hermosa mujer, de tez clara y una gruesa cabellera castaña, casi negra, cuyos rizos caían por sus hombros. Lucían felices y esperanzados, y pensé que debía de ser un viejo amor.

¿Alen enamorado? Entonces mis sospechas tal vez eran ciertas, quizás su melancolía se debía a un viejo amor.

Y casi al instante, noté cuan parecido tenía con aquella mujer retratada. Nuestro aspecto físico era muy similar, nuestras facciones y características. Era algo espeluznante, por lo que me decidí a dejarlo de nuevo en su sitio.

Pero entonces, un sobre blanco en su tiempo pero ahora amarillento, estaba debajo de él.

Limpie el sudor que caía por mi rostro con mi brazo y sentí la camiseta empapada al igual que mi

cabello.

La tomé.

*“Querido Alen...*

*Me dijiste que nuestro amor nunca podría ser, y no sabes cuánto me dolió escuchar aquellas palabras. Lo sabía desde el momento en que nos conocimos, somos un imposible. Pero fue aún más imposible luchar contra esto que nació en mí. Mi amor hacia ti. Ya sabes, desde pequeña he sido terca.*

*El día de mañana se espera de mí grandes cosas, tendré que jurar amor eterno a tu hermano, ante los ojos de Dios. Cuando en verdad Dios conoce todos mis pesares, y sabe que a quien pertenece mi corazón es a ti. Por eso te escribo estas letras apresuradas, para invitarte a luchar por el gran amor que nos une. Luchemos contra lo imposible; contra nuestras familias y las adversidades, soy capaz de eso y más, si te llevo a ti de la mano.*

*Te lo ruego Alen, si te importo, si me amas tanto como yo a ti, no has de dejar morir este amor tan grande que nos pertenece.*

*Te esperaré a las 10:00pm en nuestra banca.*

*Te amaré toda la eternidad, aun cuando la muerte decida que es mi turno solo pensaré en ti y desearé encontrarnos nuevamente en el más allá.*

*Siempre tuya, Danielle.”*

Entonces Danielle, había sido el amor perdido de Alen...

No podía creerlo, no solo que Alen hubiese tenido la capacidad de amar tiempo atrás sino que por desgracia terminó enamorándose de la futura esposa de su hermano.

Pero las piezas seguían sin encajar verdaderamente. ¿Qué había pasado con ella? Porque Jamie había mencionado que su esposa tenía por nombre Merry.

Necesitaba más información pero las piernas comenzaban a entumecerse, y tenía cada vez más calor. Me sentía tan frustrada como Alen aquella noche en la chimenea, pero no pensaba abandonar la historia—o lo que demonios fuera.

Plegue la carta como estaba y la metí al interior de la caja.

De repente, escuche el rugir de la puerta y me apresuré en retomar mi labor. Aparté la caja que había estado revisando junto con el retrato y atraje hacia mí una más pequeña que estaba detrás.

Alen apareció en la puerta, con una cara de malas pulgas y me lanzó un gruñido, cuando alce vista hacia él. Acto seguido apoyo los anchos hombros contra la pared y me observó abrir la caja y revisar el contenido.

Al abrirla me encontré con álbumes antiguos y estuve bajo la fuerte tentación de abrirlos pero noté por el rabillo del ojo que Alen me miraba ahora con gesto hostil.

Me habría gustado tener la oportunidad de echar un vistazo a las fotos y satisfacer mi curiosidad sobre la familia Westron, en especial sobre el irritable Alen Westron, pero en su lugar lo dejé.

Podía sentir sus ojos aun puestos en mí, con el único objetivo de ponerme nerviosa y sacarme de quicio.

— ¿Cuánto más vas a rebuscar entre mis cosas?—refunfuñó él, comenzando a sudar y entornando los ojos hacia mí, con un gesto de frustración.

— Sí quieres que me vaya, díselo a Sunny—respondí—. Es ella quien me ha puesto aquí.

Él exhalo bruscamente con impaciencia, al parecer no sabía nada y ahora estaba verdaderamente molesto con Sunny.

— Ya fue suficiente, vete—masculló frotándose el rostro.

Y en respuesta fruncí el ceño. No podía dejar que me echara tan fácilmente, aun necesitaba respuestas y reflexioné sobre el hecho de que quizás nunca volvería a este lugar.

— Espera—me apresuré en decir—. Ya casi. Cuando termine, me iré.

Él me miró con unos ojos tan oscuros que parecían casi negros bajo la sombra de sus pestañas, un momento infinitamente largo transcurrió hasta que por fin habló.

— Esto—contestó Alen, introduciéndose en el pequeño armario, demasiado chico para ambos, y reduciendo el poco oxígeno que circulaba. Tomó con una mano el retrato enmarcado y permaneció mirándolo unos cuantos segundos, y un pequeño atisbo de sonrisa se asomó por su rostro.

Y en ese momento, lo capté con una absoluta nitidez.

Lo que fuera que pasó entre ellos había sido lo bastante fuerte como para separarlos, y eso era algo que Alen lamentaba hasta la luz del día de hoy.

— ¿Quién es ella?—pregunté, llenándome de valentía.

— La mujer a la que alguna vez amé...

— Háblame de ella. Deseo saber su historia—lo insté.

Alen fijo la mirada en el suelo y tomó una profunda bocanada de aire mientras se resolvía por dónde empezar.

— No es una historia muy bonita—me advirtió en voz baja, con la cabeza gacha. Y comenzando a sudar frío, alrededor de su cuello y en lo bajo del pelo.

Conocía exactamente esa sensación, era el acre sentimiento de la culpa, una culpa que nunca conseguiría dejar atrás.

— ¿Tú... acabaste con su vida?—pregunté.

— En parte, mucha de la responsabilidad la tengo—comenzó él—. Su nombre es Danielle, estaba comprometida con Jamie y yo... me enamoré de ella. Pero era más que un romance fugaz, nos amábamos. Íbamos a escapar pero era demasiado tarde. Cuando Jamie se enteró me acusó tener celos de su felicidad y quiso matarme. No me importaba, pero sabía que cuando terminase conmigo iría por Danielle así que luchamos, cuando casi iba a matarlo llegó nuestro padre y nos ordenó que paráramos.

Alen gimió con amargura, la culpa lo inundaba y me dirigió una mirada penetrante. Entonces supe

por su expresión que la historia no acababa allí. Pero en vez de presionarlo, permanecí en silencio.

— Pensé que había terminado... pero no fue así—apretó los puños a sus costados, llegando a poner sus nudillos blancos—. Jamie decidió esa noche hacer justicia por su propia mano y por eso... terminó acabando con la vida de Danielle.

Las palabras se atascaron en su garganta, tragó la bilis que se le había subido hasta la garganta y pestañeó varias veces para contener las lágrimas. Hasta que al final, se obligó a terminar.

— Pude haber hecho algo, pero no lo hice.

Se detuvo y le ofrecí una mirada triste. Este hombre había sufrido más de lo que podía haber imaginado y por ello se había convertido en una bestia salvaje.

Pero una profunda tristeza lo embargó mientras acariciaba el borde desgastado del marco con la yema de los dedos. Entonces levantó la vista con una expresión insondable.

— ¿Te culpas?—pregunté.

Alen no respondió a la pregunta, pero podía ver la respuesta escrita en su rostro. Podía ver como se retraía, y se encerraba en sí mismo. Conocía mis propios demonios, pero Alen tenía aun sombras ocultas que jamás conocería.

— Fuera—me gruñó entre dientes.

Y antes de que lamentase quedarme más tiempo, salí a toda prisa del pequeño espacio.

\* \* \* \*

La mañana siguiente desperté embargada por emociones contradictorias.

Lo único de lo que estaba segura era de que no podía soportar otro día más aquí.

Me di la vuelta y gemí con frustración para después enterrar mi cabeza bajo la almohada e hice lo posible por no pensar.

Primeramente, por mi parte me negué a seguir cooperando. No podía dejar de preguntarme que pasaría. ¿Alen me mataría?

Pero simplemente no podía seguir. Nada de esto me pertenecía. No era mi almohada, no era mi habitación, y lo más importante no era mi vida. No vine al mundo para esto. Estaba destinada para mucho más.

¿Qué pensaba Alen de la noche anterior? Me sentía mortificada al recordar que había descubierto que vi el cuadro con Danielle. Y aunque intentaba alejar aquello, las imágenes seguían colándose en mi mente. Los recuerdos de una intimidad amorosa y una excitación desconocida ante ello.

Necesitaba mi libertad, a costa de lo que fuera.

Recordé entonces porque había decidido vivir como nómada solitaria. Un mundo sin convivir con otros hombres era infinitamente más sencillo.

Fue entonces cuando Antoinette tocó a mi puerta.

— ¿Alicia? ¿Estás allí?—preguntó ella, desde fuera.

— No me siento bien esta mañana. Me duele la cabeza—caí en cuenta de que a sabiendas de eso, aun me obligarían a cumplir las obligaciones—. Dile a Sunny que no se preocupe. Seguro estaré bien al medio día.

Y claro que lo estaría, si tenía suerte estaría libre.

Hubo un largo silencio de espera, hasta que por fin escuche sus pasos alejarse. A pesar de la inocencia de Antoinette sabía que debía de estar sacando sus propias conclusiones, pero en verdad poco me importaba.

Si quería salir de aquí, antes tenía que idear un plan. Libre de fallas, sin margen de error.

¿Cómo podría escapar sin que Alen se diese cuenta? No podía apartar de mi mente las palabras de Scott Darlen aquella noche—Alen te atraparé o te matará, y ya bien sabía lo bien que Alen podía olfatear un rastro y más el mío.

Pero el círculo vicioso de mis pensamientos se vio interrumpido por otra llamada a la puerta.

— ¡Alicia!—la voz de Sunny resonaba a través de la madera, y parecía molesta.

— Solo necesito descansar, no hace falta que vinieses.

Pero la puerta se abrió de todos modos y Sunny entró.

— Vamos ponte de pie, arriba—me dedicó una vista rápida—. Tienes un aspecto terrible querida, pero hay muchas cosas que hacer y poco tiempo.

En verdad poco tiempo era lo que tenía.

El día pasó y el sol comenzaba a ponerse en su punto medio, marcando el transcurso de la mitad del día. Y mi esperanza seguía manteniéndose ardiente.

Pero ¿habrá sido un error mantener la esperanza tanto tiempo? Desde antes de llegar, no había sino anhelado escapar. Obtener de vuelta aquello que había sido arrebatado de mis manos con crueldad. Mi libertad. Había sido vendida y comprado como una esclava. Abusada y humillada como si no tuviese orgullo o dignidad humana. Y no, era más que eso. Era una mujer lobo.

\* \* \* \*

— Antoinette, precisaré de tu ayuda—le dije a la chica más inocente del palacio, mientras restregábamos el suelo. Sabía que no haría preguntas, me ayudaría sin escrúpulos y juicios tontos.

Ella no pudo evitar sonreír y me ofreció una mirada de complicidad.

— Solo necesito instrucciones y a cambio, la verdad Alicia—respondió.

Mi rostro se endureció y vacilé un tanto. Por supuesto, no sería apropiado que mi plan se supiese, y menos mi objetivo. Pero Antoinette sería la única que estaría dispuesta a prestarme su ayuda, dejando que la confesión de escapar luciese como el menor de mis problemas.

— Me iré de este lugar—confesé—. Y para ello, en verdad necesito tu ayuda.

— Sabes que sí te atrapan... Dios no quiero ni pensar en eso—Antoinette enterró su cara entre sus manos.

Me acerqué a ella y le tomé la mano.

— Estaré bien—le aseguré.

Ella me miró de soslayo.

— ¿No crees que ese deseo ha sido algo repentino?

No podía decirle que había deseado irme hacia tanto tiempo, que había olvidado como me sentía antes de eso. Eso solo haría que ella se sintiera mal y culpable. Y tal vez, habría hecho que también deseara escapar.

Para Antoinette, solo era otra mujer que formaba parte del personal del palacio, quien se mostraba amable con todos. Era demasiado linda y educada para sobrevivir como nómada. Y yo, me había criado teniendo que luchar por conseguir lo necesario. Simplemente, no pertenecía a este lugar.

Sin embargo, me consideraba una mujer astuta y conocía a Antoinette lo suficiente para saber cómo tratarla. Suspiré y me levanté del suelo.

— Está bien, no os presionaré. Sé que implica un gran peligro para usted y ha sido presuntuoso pedíroslo.

— ¡Alicia!—protestó ella. Parecía angustiada—. No he dicho que no te ayudaré. Solo os digo que me pareció algo extraño.

— Ya os he dicho que es lo que quiero hacer—mascullé—. Es la única oportunidad que tendré para regresar a mi antigua vida. Y ya he dicho, no te presionaré.

— Y yo te aseguré que te ayudaré—ella sonrió.

Y me sentí fuertemente aliviada, al oírla. Me levanté fui a la puerta y me asomé al pasillo, para asegurarme de que no había nadie cerca.

Antoinette había aceptado mi propuesta y empezamos inmediatamente a hacer planes.

\* \* \* \*

— Buenas tardes—tartamudeo Antoinette, demasiado tímida para mirarlos a los ojos. Seguidamente se inclinó en una reverencia, hacía uno de los soldados.

— ¿A dónde van, señoritas?—preguntó uno de los guardias.

— Vamos al mercado, se necesitan unas cosas en la cocina—respondió ella, con absoluta naturalidad.

Uno de ellos, me dedico una mirada de recelo como de costumbre y vacilo un tanto antes de decir.

— Espera, pero... ¿ella puede salir?—preguntó él.

— Pregúntale al amo—respondí con una confianza desafiante. Creo que hasta Antoinette llegó a dudar con mi afirmación.

— Me da igual lo que asegure esa prostituta, ella no puede poner un pie fuera del palacio en tanto no lleguen a mi nuevas órdenes—espetó otro guardia.

Antoinette abrió los ojos como platos, y un instante después me habló.

— Alicia—fue su primera palabra—. Corre.

Mientras algo salvaje se escocía dentro del castillo.

\* \* \* \*

Instintivamente escuché la palabra corre, y me eché a correr velozmente, mientras dejaba atrás la imagen del palacio, junto con sus hombres y un grito terrorífico de Antoinette.

La única verdadera oportunidad para conseguir mi libertad, y esta vez debía tomarla sí o sí.

Aunque nada había salido de acuerdo al plan. Se suponía que saldríamos sin complicación y en el pueblo me escondería unos días con la familia de Antoinette, mientras Alen y sus guardias abandonaban la idea de conseguirme.

Y gracias a Dios fue así, porque no sé cuántos peligros nos habrían encontrado en el pueblo a ambas.

Pero no podía detenerme a reflexionar sobre ello. Tenía que concentrarme en correr a toda la velocidad que daban mis piernas, para huir. Tomando un camino empinado y rocoso en el bosque para perder a los guardias.

El descenso era abrupto y violento.

El sol comenzaba a ocultarse, oscureciendo el camino y dificultando la carrera para mis captores. Corrí y corrí, hasta que desaparecieron. Sin saber cómo lograba mantenerme en pie, con todo el cansancio que corría por mi cuerpo.

Logré salir del palacio. Había logrado... ¿escapar? No podía creérmelo.

Solo un pequeño detalle enturbiaba mi placer.

No tenía si no apenas minutos, para hacer lo siguiente. Seguir corriendo o Alen me atraparía.



Y sí que venía en camino...

\* \* \* \*

La tranquilidad del bosque en cuestión de segundos estalló en aullidos. Algo había cambiado en el ambiente, se sentía tenso y álgido. Algo oscuro se acercaba.

Y nada bueno podía significar.

Comencé a escuchar el crujir de las hojas, hasta que alcancé a divisar a Alen acercándose con una rapidez increíble.

Aun en su forma bestial seguía siendo... atractivo y peligroso. Lo que me embelesaba mucho más. Y yo seguía en mi forma humana.

Mantuvimos el contacto visual unos segundos, cargando el ambiente con mucha más intensidad. Acto seguido me gruñó en todo el rostro, empapándome de su aliento y el calor de su boca. Estaba molesto.

Parecía querer maldecir, pero en su lugar mantuvo una extraña calma.

— ¿Qué has hecho Alicia?—preguntó él, escudriñando mi mirada en busca de respuestas.

Desafiándome, apelando a la parte primitiva que formaba parte de mi naturaleza, ahondando en los huecos más recónditos de mí ser.

Podía sentir el comienzo de su presencia, agitándose en mi interior, pero por mucho que lo intentaba, no conseguía surgir.

¿Qué coño estaba esperando?

— Había planeado algo para ti esta noche—dijo con voz áspera, las palabras distorsionadas brotadas a través de su hocico—. Pero será mucho más placentero cogerte en las oscuridades del bosque.

El labio inferior me temblaba con nerviosismo y antes de darme cuenta, me abalancé sobre él, con tanta fuerza que ambos caímos al suelo y rodamos sobre la tierra húmeda.

Mis instintos brotando descontroladamente, y así mi forma de licántropo salió a la luz, después de tanto tiempo, acompañada de una violenta explosión de ira. Lista para pelear.

No pensaba rendirme sin luchar, no después de haber llegado tan lejos.

Y la transformación ahora me daba más ventaja en la pelea, transmitiéndome confianza y seguridad.

Estaba dispuesta a coger ese lado oscuro de mí y permitirle tomar todo lo que necesitase, rendirme a su poder y confiarle no solo mi libertad, si no también mi vida.

Alen me dio un empujón con sus patas para alejarme de él, y casi sonrió con una satisfacción

sádica, con su pálida mirada azul hielo resplandeciente aun en la oscuridad.

Tomé una larga bocanada de aire, y me cargue de la valentía que necesitaba.

— Al parecer has perdido el gusto por la vida—siseó Alen, moviéndose lentamente a mi alrededor—. Pero no te mataré rápidamente. Te dejaré el cuerpo destrozado y ensangrentado, pero sin darte muerte para que puedas darme lo que necesito. Y entonces después, te mataré como te prometí un día.

Montada en cólera junto con una ola de odio visceral, solté un aullido desgarrador. Me pregunté cómo acabaría con aquella bestia inmundada pero solo podía confiar únicamente en el poder de mis garras y mi fuerza para hacerlo pedazos.

Y en ese momento, Alen arremetió contra mí con una lluvia de zarpazos, trataba de repeler el ataque con ambas manos para defenderme, pero era casi imposible.

En un abrir y cerrar de ojos, Alen me lanzó un porrazo al torso que me hizo aullar del dolor, mientras la sangre comenzaba a brotar de los múltiples rasguños ocasionados y ahora de forma incesante de mi abdomen.

— Mía—gruñó él, tirándome al suelo de espaldas de forma que me dejó sin aire en los pulmones y seguidamente me atacó la garganta.

Los brazos me temblaban debido al esfuerzo que estaba haciendo para impedir que me estrangulara pero era inútil, a pesar de mi fuerza él era mucho más grande y fuerte.

La bestia me enterró sus colmillos en mi hombro, desgarrando mi piel hasta llegar al hueso, y hacerlo crujir. El dolor más horripilante que había sentido—un dolor penetrante e inhumano, aquellos colmillos letales clavándose en lo más profundo de mi piel.

Abrí los ojos como platos y entonces miré a los ojos a la muerte, le sostuve la mirada mientras el corazón se me partía de la agonía al saber que había fracasado en mi determinación por conseguir la liberación que tanto había deseado.

Mi libertad entonces había durado unos cuantos segundos más de los que esperaba.

Entonces Alen soltó su agarre, pero manteniéndome clavada en el suelo con el peso de su cuerpo, y una maliciosa sonrisa en sus labios. Observé como sus colmillos resplandecían a la pálida luz de la luna, que se adentraba por entre los árboles y las densas nubes, esperando que ocurriera algún milagro.

Pero no ocurrió.

Sangraba incontrolablemente y no tenía las fuerzas para gritar a sabiendas de que sería inútil pues nadie me escucharía.

Me arrastré por la tierra húmeda con dificultad y avancé hasta la corteza de un viejo y robusto árbol y me recosté de espaldas en él. Empeñada en permanecer con vida, enterré mis uñas en el suelo mojado aferrándome con desesperación a la esperanza.

El calor de mi torso ascendía hasta mi pecho, como fuego líquido bajo mi piel. Apreté los dientes contra el fuego que me abrazaba y puedo jurar que llego a mi nariz, el aroma de mi madre.

— *Ya es tiempo*—escuché su voz, resonar junto con los sonidos de la naturaleza.

Las suaves palabras penetraron en mi cabeza, como una brisa fresca y balsámica. Y supe con una asombrosa lucidez, que ya había mi llegado mi hora de partir.

Fue entonces cuando Alen se giró, pero solo pude vislumbrar el contorno de un hombre, ahora en su forma humana cuya mirada aun resplandecía en la oscuridad.

— ¿Por qué yo?—pregunté con un tono áspero.

Él torció el gesto al notar mi tono.

— Nadie podría haber sobrevivido por el camino que ibas—murmuró.

Negué con mi cabeza.

— ¿Por qué yo aquel día en la subasta? ¿Por qué ofrecer tanto por mí?—mis palabras ahora llenas de frustración y cansancio.

Incluso yo misma me sorprendí con la pregunta, pero en cierta forma sentía como si la situación hubiera ido tomando cuerpo las últimas veinticuatro horas—El amor notorio que había alcanzado a vislumbrar en aquella vieja fotografía. La forma en la que Danielle hablaba de su romance. Y el deseo físico que había sobrepasado por mucho mis expectativas.

El cambio se había ido forjando con cada uno de esos pequeños detalles, un cambio que como la subida y bajada de la marea, me había inundado y había acabado con el muro impenetrable de las emociones de Alen con cada oleada.

O al menos eso pensé.

Alen me dirigió una perezosa y arrogante sonrisa.

— No lo sé—contestó él. Supe por el sutil cambio en su expresión que ahora estaba disgustado—. Supe quien eras y lo que eras desde el principio, Alicia.

— Si sabíais quien era y lo que ocurriría, ¿por qué ahora? ¿No os importa que muera?—exigí saber, tensa de furia.

Arrancándome las palabras que se me habían atascado en la garganta, más allá de la frustración y el dolor que sentía en ese momento.

La sonrisa de Alen se esfumó y apretó la recia mandíbula al tiempo que sonaba sus nudillos. Emitió un gruñido desde las sombras y se acercó con un paso furioso que reverberaba irascible.

— Yo no he dicho eso—respondió él con dureza, y su boca apretada en una línea de expresión fúnebre—. Lamentablemente sí que me importa. Pero fue tú propia decisión la que acabo con tu vida.

Tragué saliva con esfuerzo, deseaba tanto responderle como escupirle la cara.

En ese caso, la decisión de Danielle había acabado con su vida y también era su culpa, bufé en mi interior; pero no pude emitir palabra alguna.

Estaba entonces acabada, no podía seguir extendiendo mi partida.

La ola de calor abrasador seguía fluyendo a través de mi cuerpo, pero estaba demasiado ensimismada pesé al dolor que cada vez ardía más.

— Hay rencores que se olvidan antes que otros—explicó Alen, como si hubiese logrado escuchar mis pensamientos—. Si te hubiese permitido escapar, no tengo la menor duda de que la naturaleza despertaría. Y entonces... ya no me temerían, cualquiera pensaría que podría desafiarme, Alicia.

*¿Qué demonios?* Ahora Alen había decidido explicarme el enredo que habitaba en su cabeza, pero ya no tenía ganas de oírlo. *Acaba con mi vida, de una vez—pensé.*

— ¿Matarte? A este paso sería una pérdida de energía, Alicia—contestó él—. Si te mato antes de tiempo, ocurriría lo mismo que cuando se recoge una fruta antes de tiempo, no lo disfrutaría igual.

— ¿Tú o yo?—logré gesticular lanzando una mirada penetrante a Alen.

Cerré los ojos, concentrándome en alejar el dolor y un caos de sonidos inteligibles comenzaron a zumbar dentro de mi cabeza.

— Hablo de mi satisfacción, claramente—respondió Alen, hundiéndose de hombros—. Con ello también lograré satisfacer mi sed de venganza. Nadie nunca desafía al Rey Alen.

Inspiré aire profundamente y las heridas entonces ya no me dolían, era como si hubiesen desaparecido.

Lo único que sentí fue entonces un dolor insoportable a la mitad de mi cráneo que me hizo gritar terriblemente.

Y de repente, todo se volvió negro.

## “*Bonus Track*”

— Preview de [“\*La Mujer Trofeo\*”](#) —

### Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me críe. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera

frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá.

Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gintonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.



Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## **La Mujer Trofeo**

*Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*

*— Comedia Erótica y Humor —*

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de esta colección?*

*Gracias.*

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

*Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)*

**[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)*

[www.extasiseditorial.com/unete](http://www.extasiseditorial.com/unete)

[www.extasiseditorial.com/audiolibros](http://www.extasiseditorial.com/audiolibros)

[www.extasiseditorial.com/reviewers](http://www.extasiseditorial.com/reviewers)

***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

***La Mujer Trofeo – Laura Lago***

*Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*

*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

***Esclava Marcada – Alba Duro***

*Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso*

*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

***Sumisión Total – Alba Duro***

*10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo*  
*(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*